

La mayor (1969-1975)

A ADOLFO PRIETO

pasos de un peregrino son errantes

Nota de Digitalización:

Texto extraído de la publicación efectuada Seix Barral Biblioteca Breve Juan José Saer - Cuentos Completos- 2001-
ISBN 950-731-321-4

(Pags.123/211)

La mayor

Otros, ellos, antes, podían. Mojaban, despacio, en la cocina, en el atardecer, en invierno, la galletita, sopando, y subían, después, la mano, de un solo movimiento, a la boca, mordían y dejaban, durante un momento, la pasta azucarada sobre la punta de la lengua, para que subiese, desde ella, de su disolución, como un relente, el recuerdo, masticaban despacio y estaban, de golpe ahora, fuera de sí, en otro lugar, conservado mientras hubiese, en primer lugar, la lengua, la galletita, el té que humea, los años: mojaban, en la cocina, en invierno, la galletita en la taza de té, y sabían, inmediatamente, al probar, que estaban llenos, dentro de algo y trayendo, dentro, algo, que habían, en otros años, porque había años, dejado, fuera, en el mundo, algo, que se podía, de una u otra manera, por decir así, recuperar, y que había, por lo tanto, en alguna parte, lo que llamaban o lo que creían que debía ser, ¿no es cierto?, un mundo. Y yo ahora, me llevo a la boca, por segunda vez, la galletita empapada en el té y no saco, al probarla, nada, lo que se dice nada. Sopo la galletita en la taza de té, en la cocina, en invierno, y alzo, rápido, la mano, hacia la boca, dejo la pasta azucarada, tibia, en la punta de la lengua, por un momento, y empiezo a masticar, despacio, y ahora que trago, ahora que no queda ni rastro de sabor, sé, decididamente, que no saco nada, pero nada, lo que se dice nada. Ahora no hay nada, ni rastro, ni recuerdo, de sabor: nada. El fluorescente, que titila, imperceptible, hunde y saca de lo negro, alternadamente, en el atardecer, la cocina. Me paro, con la taza en la mano, y salgo a la penumbra azul. Es fría y cintilante. Está la escalera, desnuda, que sube hacia la terraza. Ahora voy avanzando, en el aire azul, en la terraza, y en la penumbra azul, en la altura, en el cielo, está la luna. El gran círculo amarillo comienza, por decir así, a brillar. Y en la penumbra azul, desde el centro de la terraza abierta, los techos, las terrazas, las ventanas iluminadas, los monoblocs, el rumor de las seis que sube, monótono, desde las calles, mientras voy, con la taza en la mano, hacia mi cuarto. Ahora estoy sentado frente a la mesa, la taza vacía a un costado de las manos apoyadas sobre la carpeta verde donde dice, en tinta roja, en grandes letras de imprenta, PARANATELLON. Estoy inmóvil: una mano apoyada en el dorso de la otra, sobre la carpeta verde, cerrada, donde dice, en tinta roja, en grandes letras de imprenta, irregulares, rápidas, PARANATELLON. La taza vacía está a un costado, junto a la carpeta, contra un fondo de libros amontonados, de papeles, y un vaso lleno de lápices, de lapiceras, de biromes. Y en la pared amarilla, al alzar la cabeza, enmarcado por cuatro varillas negras, entre cuatro márgenes blancos, anchos, el *Campo de trigo de los cuervos*. No pienso nada, lo que se dice nada. Y no recuerdo, tampoco, nada: no sube, por decir así, ¿desde dónde?, ningún relente, nada. No estoy tampoco en otro lugar: es siempre, ahora, el mismo, frío, iluminado, con los libros amontonados, y los papeles, y el *Campo de trigo de los cuervos*, lugar. Estoy estando siempre, ahora, en el mismo, con la taza vacía y las manos cruzadas sobre el PARANATELLON, sobre la mesa, lugar. Y ahora me estoy levantando, estoy yendo por la terraza ahora negra, entre las luces fijas que brillan, en círculo, a mi alrededor,

desde los techos y las ventanas y las terrazas que se han borrado, viendo la luna dura, fría, redonda, que brilla, sin destellar, en el cielo. En el cielo de las siete, en invierno, está, redonda, fría, brillando sin destellar, decía, la luna. Y decía que otros, ellos, antes, podían. Mojaban, despacio, en el atardecer, en la cocina, en invierno, la galletita, y subían, después, la mano, desde la taza de té, a la boca, dejaban la pasta azucarada, durante un momento, en la punta de la lengua, y en seguida, ¿y desde dónde?, subía, como un vapor, el recuerdo. Y decía: que dejaba atrás la cocina, entraba en el aire azul y subía, con la taza en la mano, las escaleras. Con la taza en la mano: las escaleras. Estaba, en el cielo de las seis, dura, brillante, sin destellar, decía, la luna. Y decía: que la luz del fluorescente, titilando, imperceptible, hundía y sacaba, alternadamente, entera, de lo negro, la cocina. Ahora estoy estando en la punta de la escalera, en el aire oscuro, frío, de las ocho: y ahora estoy estando en el último escalón, estoy estando en el penúltimo escalón, estoy estando en el antepenúltimo escalón ahora. En el ante antepenúltimo ahora. Y ahora estoy estando en el primer escalón. Decía que ellos, otros, en otro, como quien dice, lugar, mojaban, durante un momento, en la taza de té, la galletita, se la llevaban, en seguida, a la boca, dejándola un momento reposar sobre la punta de la lengua, y empezaban, después, a drenar, por decir así, el bloque, empastado, de los años, porque había, todavía, para ellos, o en ellos, años, y decía que iba subiendo después, con la taza en la mano, las escaleras, que iba atravesando, en la penumbra azul, la terraza, y que miraba, alternadamente, la luna fría, las luces nítidas, girando, inmóviles, y en su lugar, alrededor, los techos, los patios negros, las terrazas, y que estaba mirando, más tarde, las manchas amarillas, azules, verdes, negras, pardas, enmarcadas, con mucho blanco alrededor, entre las varillas negras, que sobre un fondo, desordenado, de papeles, de libros, estaban la taza vacía, las manos cruzadas sobre la carpeta verde, bajo las letras irregulares, rápidas, en tinta roja, que decían PARANATELLON, que estaba estando, primero, en el último escalón, en el penúltimo, en el antepenúltimo escalón, en el ante antepenúltimo, en el primer escalón, en el patio, yendo otra vez, con la taza vacía, a la cocina que entra y sale, en su lugar, una y otra vez, imperceptiblemente, como todo lo demás, de lo negro. El chorro de la canilla cae sobre la taza vacía, y el agua humeante desborda. Me llegan, desde la sala, peculiares, las voces de la televisión, y subrayándolas, por debajo, o por encima más bien, o detrás, si se quiere, de a ráfagas, la música. Como solo. La carne fría, fibrosa, y el pan de la mañana, amasijados, mezclados, pasan, de a pedacitos, por la garganta. El vino negro los disuelve y los empuja hacia atrás, hacia el fondo. Han de estar, en la oscuridad, uno detrás de otro, bajando. Han de irse depositando en el fondo, donde la maquinaria ha de haber comenzado, ya, a trabajar. Y cuando me levanto, la comida, que ya es recuerdo, queda, en otro, por decir así, y en el que estoy todavía estando, y que debiera, sin embargo, ser el mismo, lugar. Ahora estoy estando en el primer escalón, en la oscuridad, en el frío. Ahora estoy estando en el segundo escalón. En el tercer escalón ahora. Ahora estoy estando en el penúltimo escalón. Ahora estuve o estoy todavía estando en el primer escalón y estuve o estoy todavía estando en el primer y en el segundo escalón y estuve o estoy estando, ahora, en el tercer escalón, y estuve o estoy estando en el primer y en el segundo y en el cuarto y en el séptimo y en el antepenúltimo y en el último escalón

ahora. No. Estuve primero en el primer escalón, después estuve en el segundo escalón, después estuve en el tercer escalón, después estuve en el antepenúltimo escalón, después estuve en el penúltimo y ahora estoy estando en el último escalón. Estuve en el último escalón y estoy estando en la terraza ahora. No. Estuve y estoy estando. Estuve, estuve estando estando, estoy estando, estoy estando estando, y estoy ahora estuve estando, estando ahora en la terraza vacía, azul, sobre la que brilla, redonda, fría, la luna. Fija, en el cielo, lisa, borrando, a su alrededor, las estrellas, y frente a mí, y refractaria, a su modo, chata, imaginaria, un nombre únicamente, una palabra, la luna. Enciendo, en el cuarto helado, la luz. Sobre la mesa, contra un fondo desordenado de libros, de papeles, a un costado del vaso lleno de lápices, de biromes, rojas, negras, verdes, azules, la carpeta verde, cerrada, en cuya tapa estoy escribiendo, en grandes letras rápidas, nerviosas, con tinta roja, PARANATELLON. Y en la pared, sobre el escritorio, con mucho blanco alrededor, detrás del vidrio, el *Campo*, ¿pero es verdaderamente un campo?, *de trigo*, ¿pero es verdaderamente trigo?, *de los cuervos*, y uno podría, verdaderamente, preguntarse si son verdaderamente cuervos. Son, más bien, manchas, confusas, azules, amarillas, verdes, negras, manchas, más confusas a medida que uno va aproximándose, manchas, una mancha, imprecisa, que se llama, justamente, así, porque de otra manera no se sabría, que no es, o que no forma parte, del todo: un límite. Y la llama del fósforo que llevo, con cuidado, hacia el cigarrillo que cuelga de los labios, ondula, una mancha, amarilla y azul, móvil, y se estremece, después, entera, cuando la soplo, varias veces, antes de apagarse. El humo sube, en la habitación, inmóvil. Va, por decir así, dispersándose. En el aire, iluminado, arabescos y láminas, y una bruma tenue, grisácea ahora, en suspensión, alrededor, especialmente, de la lámpara. Han de estar oyéndose, allá abajo, en la sala, las voces, peculiares, de la televisión, y detrás de ellas, y debajo, o alrededor, si se quiere, intermitente, la música. Intermitentes, las voces, peculiares, de la televisión, han de estar oyéndose, allá abajo, en la sala, que es otro, con la luz azulada que titila, y ellas dos sentadas en los sillones desde el atardecer, en la penumbra, lugar. Al sacudir, sobre el cenicero, en la mesa, el cigarrillo, el humo tiembla todo, deshaciéndose. Porque ellos, antes, otros, por decir así, podían: de una cara redonda, mate, con un hoyuelo, uno solo, en el pómulo derecho, de unos ojos, y de una frente en la que el pelo estirado hacia atrás, negro, nacía, de la ancha boca abierta, o cerrada, podían, proyectándose, algún signo, algún mensaje, una evidencia, o mejor, una certidumbre, como, por decir así, un diamante de su ganga, sacar. De un signo a otro, de un mensaje, o de una certidumbre, tiraban, por decirlo de algún modo, las líneas, y ponían, en el mundo, como una madre al parir, en el espacio, sólida, a la vista, externa, o como en el aire, volando, imaginariamente, en el vacío, una paloma, irrefutable, una construcción, que servía: una medida que por estar, solamente, cortaba, despedazaba, clasificando, dividiendo, adelante, atrás, después, antes, arriba, abajo, ahora, la mancha continua, vaga, errabunda, idéntica a sí misma, en cada punto, sin centro, y sin, más oscuro, o menos nítido, arrabal. Ningún mensaje, para mí, de ese hoyuelo, que se abre, con la risa, solitario, en el pómulo derecho, ninguna certidumbre que sacar: nada. Y el humo del cigarrillo que retiro, en este momento, de entre los labios, sube, parsimonioso, complejo, hacia el cielorraso. Ha de estar estando, a mi

alrededor, iluminada, fría, las calles rectas y desiertas entrecortándose cada cien metros, constante, la ciudad. A mi alrededor, y concéntrica, apretándome, como anillos, la muchedumbre de casas, en uno de cuyos cuartos, en cada una, la misma imagen titila, azulada, tocando vagamente las caras vacías, sin expresión, cambiando, organizada, dada, en la televisión racimos de mundos dados, dentro de uno, más arduo, que no se da. Ha de estar estando, mientras sube, hacia el cielorraso, parsimonioso, el humo azul, a mi alrededor, indivisa, la ciudad, como un vagón, por decirlo de algún modo, viajando, ¿en qué camino? ¿y hacia dónde? —en el espacio negro. Han de estar oyéndose, en cada habitación, en la penumbra, las voces, y por debajo, o por encima, o alrededor, si se quiere, una sola, la música. Ha de ser, para cada uno, con la imagen titilante, y las voces, y por encima, o por detrás, e intermitente, la música, el mismo, para cada uno, y otro, para todos los otros, y uno solo, y el mismo, para nadie, con todos y cada uno de los cuartos y todas y cada una de las luces acero, titilantes, lugar: racimos de mundos dados, las casas, los árboles, las terrazas, las calles que se entrecortan cada cien metros, los edificios blanqueados, como huesos, por la luna, los parques negros, los ríos, los bares sucios, todavía abiertos, las siluetas borrosas de los últimos transeúntes que se distinguen más claramente al atravesar, en diagonal, bajo la luz del alumbrado público, las esquinas, los colectivos ocasionales, semivacíos, que pasan iluminados y bramando por las avenidas, con los vidrios de las ventanillas empañados por la helada, los tarros de basura esperando, en el frío, la madrugada, los motores que se escuchan súbitos, a lo lejos, las calles del centro, más brillantes, por el momento, que las otras, el conjunto pétreo en el interior del otro, más arduo, que no se da. Y la mano, al aplastar, contra el cenicero, en la mesa, el cigarrillo, se sacude, desnuda, áspera, sin anillos, la piel llena de hendiduras, las uñas lisas, rosadas, cortas, la mano que ha tocado, una y otra vez, ¿y cuándo?, con los dedos rugosos, el hoyuelo, la mano que al tocar el hoyuelo, una y otra vez, no ha tocado, por decir así, nada, no ha sacado, del contacto, nada, ni experiencia, ni certidumbre, ni mensaje, ni signo, ni recuerdo nada Nada, como no sea, fluctuante, la creencia, de que algo, un poco más arriba, en la frente, y detrás, imaginariamente, sin ningún fondo, negra, fosforece, de vez en cuando, de unos cuerpos, fugaces, la emoción, el recuerdo, el placer, el deseo, la desesperación, el hambre. Nada que caiga, al exterior, de esas galaxias, del gran espacio negro sin forma, sin sentido, sin dirección, sin nada más que el ir y venir, errabundo, de esas fosforescencias, de esos brillos que rayan, dejando una cola ardiente que se borra, gradual, a su vez, el vacío, o emergen, desde el fondo, si es que hay, por decir así, un fondo, que resplandecen, durante un momento, y después, en el mismo silencio, y con la misma parsimonia, sin dejar rastro, se esfuman, titilaciones rojas, verdes, amarillas, errabundas, violetas, blancas, cuyo mensaje, nadie, aunque escrute, atento, ese mapa estelar, podría, como quien dice, captar —porque no se dicen, ni dicen, de nada, nada. Los resplandores que a veces, rápidos, se vislumbran, inesperadamente, en el exterior, como suspiros, como una voz, como risas, no vienen, tal vez, de esos pantanos, de esa mancha. Vienen, nomás, desde fuera, de la membrana que separa, por decir así, del infinito, lo actual. La mano que ha sabido pasar, otras veces, sin dejar en él, ni traer, rastros, del hoyuelo viene y pasa, tibia, por la cara. Por un momento se borra todo: la pared amarilla, la mesa, con el cenicero y los libros, con la carpeta verde en la que ha de decir, en letras rojas,

irregulares, de imprenta, PARANATELLON, las manchas encuadradas de blanco, de negro, las manchas azules, amarillas, negras, el humo en dispersión, la luz, la biblioteca. Todo en el interior de la galaxia, se confunde, se sobresalta y queda, por un momento, temblando, cuando la mano se desliza, apretándose contra ella, por la membrana. Y mientras la mano va, despacio, a reunirse, sobre el abdomen, con la otra, la galaxia, el espacio negro queda, de un modo gradual, otra vez, inmóvil, mientras reaparecen, del otro lado de la membrana, más allá, el escritorio, los libros apilados detrás, contra la pared, el vaso con los lápices, la carpeta en la que estoy escribiendo, en grandes letras de imprenta, con tinta roja, irregulares, rápidas, PARANATELLON. Estuve o estoy estando o estoy estando estando – irregulares, rápidas, con tinta roja, PARANATELLON. Estuve y estoy estando y estoy estando estando – en grandes letras rojas, PARANATELLON. Y ahora estoy teniendo, otra vez, entre las manos, la carpeta verde en la que está escrito, con tinta roja, en grandes letras irregulares, rápidas, de imprenta, PARANATELLON. Y ahora estoy dejando, otra vez, sobre el escritorio, ¿sin haberla abierto?, la carpeta. Hay la habitación fría, titilante, en la que cada cosa está, y yo mismo, en el mismo, entrando y saliendo de algo en su aparente reposo, lugar. Hay en la habitación fría, titilante, la cama, el escritorio verde, la carpeta, los libros, los papeles apilados atrás, la biblioteca, titilantes, entrando y saliendo, como quien dice, de algo, y en el mismo, siempre, aparentemente, lugar. Ahí están: la biblioteca, la carpeta, la silla, las rodillas, el cenicero, la puerta, siempre en el mismo, mudos, con el *Campo de trigo de los cuervos* y la luz ligeramente velada por el humo, titilante, lugar. No dicen, como quien dice, nada. Interrogar: interrogar, por orden, uno por vez, o todo junto, todo, interrogar el escritorio, la carpeta, interrogar el diario con las dos fotografías borrosas que no dicen, o no parecen querer decir, por decir así, nada, interrogar la cama, interrogar la silla, la luz, la biblioteca, interrogar, una y otra vez, las voces que hablaron, las caras sin expresión, los recuerdos que los ojos, elevándose, parecían ir a buscar ¿adonde?, y después, otra vez, el diario, las dos fotografías, borrosas, reproducidas, de una sola vez, sesenta y dos mil veces, y después otra vez las caras sin expresión, las voces, los ojos que se elevaban o giraban hacia un costado, como si buscaran, afuera, alrededor, como el que sopa una galletita en una taza de té y se la lleva después a la boca, el relente, el vapor, la imagen, interrogar el hoyuelo, para que diga, por decir así, y de una vez por todas, algo, interrogar la mesa, el plato, interrogar la silla, interrogar la salida y la puesta del sol, los ríos, el verano, interrogar las hojas blancas, las hojas verdes, la llanura, la arena, probar, en definitiva, otra vez, para ver si algo dice, como quien dice, algo, interrogar lo que está siempre, y desde siempre, en el mismo, indefinido, grande, sin bordes que se derramen ni nada más allá de los bordes donde los bordes se puedan derramar, inmóvil, neutro, titilante, lugar. Borrosas, las dos fotografías, sesenta y dos mil veces, ubicuas, no son, sin embargo, nada. No muestran nada. Unas manchas confusas, negras, grises, blancas, que parecieran ser, un escritorio, una silla detrás, una pared, y entre el escritorio y la pared, en la mancha oscura del suelo, la mancha, un poco más oscura, del cuerpo, encogido, boca abajo, dejando ver, bajo la mancha oscura del cabello, una manchita gris, irregular, la cara: el perfil, con la boca abierta. Y después, abajo, la segunda, una mancha blanca: la pared. Y sobre la mancha blanca, cuatro, ¿o cinco?, manchitas

oscuras, entre negro y gris: ¿las balas? Y eso es, o pareciera ser, de todo el resto, todo. Interrogar, interrogar todavía: el escritorio, la silla, interrogar las cuatro, ¿o cinco?, manchitas entre negro y gris, en la pared, interrogar el cuerpo caído y encogido, interrogar la boca abierta, la cabeza, interrogar el día y la noche, y otra vez el hoyuelo, y la carpeta verde, y la pared, interrogar los árboles, las hojas de los árboles, interrogar las calles, las caras blancas, vacuas, sin expresión, para ver, una vez más, si algo es capaz de decir, de sí mismo o de algo, algo. Algo de la extensión llena, ondulante, entrecortada, continua, entrando y saliendo, una y otra vez, del baño negro, muerte, resurrección, muerte resurrección, y otra vez muerte y otra vez resurrección, a la deriva, hacia ninguna, y de ninguna, parte, estremecida, estremecedoramente presente, al ojo, al tacto, a la audición, hálitos, nítidos que están ahí y que vienen, sin embargo, la mesa, el escritorio, el hoyuelo, el cuerpo caído y encogido, la salida y la puesta del sol, la biblioteca, ¿de qué mundo? Flotando, a la deriva, pasando, reapareciendo, desintegrándose, cristalizando, en una ondulación continua, ardua, deslumbrante. Ahora estoy encendiendo, la llama que ha subido, después de una minúscula explosión, hacia la boca, un cigarrillo, y el humo flota, a la deriva, pasando, reapareciendo, desintegrándose, cristalizando en una ondulación continua, ardua, deslumbrante. En la cabeza negra del fósforo que sostengo, vertical, entre el pulgar y el índice, la llama, anaranjada, ondula, cambia, y sigue siendo, si se quiere, la misma, se tuerce, se retuerce, ondula, hacia la izquierda, hacia la derecha, hacia arriba, se enrosca, lenta, en el cabo de madera del fósforo, ennegreciéndolo, consumiéndolo, la llama que ahora baja hacia los dedos, mientras a su paso, arriba, el cabo de madera, negro, se dobla, se desintegra sin, sin embargo, desmoronarse todavía, el cabo negro que se parte, por fin, en dos, cuando la llama alcanza los dedos haciendo, rápidamente, sacudir la mano cuyo movimiento, violento, repetido, la apaga. Queda, entre los dedos, un pedacito de madera de medio centímetro, con la punta negra. Sobre el pantalón gris claro, la ceniza negra, cuya cabeza, dura, está todavía intacta. Mientras el índice y el pulgar de la mano izquierda sostienen, vertical, el cabito de madera con la punta negra, los dedos de la mano derecha recogen, delicadamente, la ceniza, la cabecita negra, del pantalón, desmenuzándola, dejándola caer entre el sillón y la biblioteca, en el suelo. Los pedacitos, las motas, apenas si se ven sobre el mosaico amarillo. Los dedos de la mano derecha han quedado, en la yema el pulgar, en el costado y en la yema el índice, ligeramente en la yema el medio, tiznados por la ceniza: manchas negras. Queda, entre los dedos de la mano izquierda, no más largo de medio centímetro, con la punta negra, mudo, el pedacito de madera: ¿hubo, alguna vez, otra cosa, entre los dedos, que un pedacito de madera, ínfimo, no más largo de medio centímetro, con la punta negra?; ¿hubo, en el aire, moviéndose, viva, anaranjada, brillante, entre los dedos, una llama? El cigarrillo humea, consumiéndose, en el cenicero. Y si hubo, alguna vez, entre los dedos, brillante, en el aire, anaranjada, una llama, fue, por decirlo así, ¿en qué mundo? ¿Estuvo estando, estuvo estando estando, está estando, está estando estando, está todavía estando, está todavía estando estando? Estuvo estando y estuvo estando estando y está estando y está estando estando y está todavía estando y está todavía estando estando. El cabo con la punta negra cae, cuando los dedos dejan de aferrarlo, sobre el mosaico amarillo. Ahora los dedos

tiznados recogen del cenicero, llevándolo de un solo movimiento brusco a la boca, el cigarrillo. Por un momento no pasa, como quien dice, nada. No vienen, de abajo, de la televisión, ni voces, ni música: nada. Ni de más lejos, de las calles, de las esquinas, de las veredas, de las casas, de las luces inmóviles que han de estar, en el mismo, en la noche, en el frío, lugar, tampoco: nada. Ni de arriba, tampoco, del aire negro, en el que brilla, redonda, gélida, blanca, la luna, tampoco, pareciera, no, tampoco: nada. Hay, únicamente, el humo, que sube, lento, dispersándose, en la habitación, hacia la luz, velándola, ligeramente, y la cama, la silla, la biblioteca, las rodillas, el escritorio con los libros, los papeles, apilados detrás, contra la pared amarilla, el vaso con los lápices, las lapiceras, las manos, el cuadro en la pared, la carpeta verde en la que ha de decir, en grandes letras rojas, irregulares, rápidas, de imprenta, PARANATELLON. Vacío, y más acá, en la superficie, somnolencia. Sobre un fondo de vacío que no es, en rigor de verdad, ningún fondo, aumentando, disminuyendo, avanzando, retrocediendo, acumulándose, el sopor. Y las sacudidas que debieran, por su violencia, disiparlo, son como las sacudidas, por, tratándolo de decir, decir así, de un animal, moribundo, destinadas a espantar una bandada de cuervos: un alejamiento rápido, un revoloteo lento, y después, de nuevo, a asentarse, a devorar. Ya no se sabe, en realidad, dónde queda, por llamarla así, la frontera, ni, en realidad, la realidad. En, por decirlo de algún modo, la probeta del cuerpo, el líquido, transparente, o turbio, del sopor, sube, hasta los ojos, pareciera, y, de golpe, sin, sin embargo, petrificarlos, los coagula. O un hormigueo, u hormiguero, tal vez, que, justamente, no hormiguea, y que se expande, en orden, comenzando, ¿por dónde?, hacia las puntas, desde el centro, hacia las puntas, eso es, para ponerme, en otra, más tarde, nítida, dimensión, después de haber pasado por una zona, digamos, de turbulencia. Entresueño del que podría salirse ¿adonde? O se entra, se diría, más bien, al salir, y por un momento, a una suerte, digamos, de centelleo, de un pedazo, pulido, rápido, nítido, de mundo, que pasa a ser, después, en el recuerdo, lo que llamamos, o lo que creemos que debe ser, no solamente un pedazo, sino todo —el todo— el mundo. Somnolencia, entresueño: y el órgano, que debiera, en todo momento, aferrar, reposa, o se debate, más bien, débil, adormecido, en tanto que adelante, o atrás, o alrededor, desfila, en el humo, grisácea, la materia, y no hay manera, en este estado, de asir, lo que se dice, por el momento, nada. Nada del cenicero, del escritorio, de la carpeta verde, de las dos fotografías, borrosas, repetidas, de una sola vez, sesenta y dos mil veces, ni del hoyuelo, tampoco, nada, salvo, monótono, parejo, estable, el cabeceo. Y, por debajo, sucesivo, móvil, o fijo, tal vez, cambiando o idéntico, en todo momento, a sí mismo, desmedido, el vacío. Fijar la vista en algo, mientras los dedos llevan el cigarrillo hacia el escritorio y lo aplastan, despacio, contra el cenicero. Fijar la vista. En algo. Mientras los dedos. El cuadro: manchas, negras, amarillas, azules, verdes, rojizas, pardas, girando, inmóviles, o en estampida, arremolinándose, trazos aglomerados, inestables, en suspensión, no de conflagración, ni de ruinas, sino de inminencia, sin nada, pero nada, ni de este lado ni del otro, nada más que el telón azul, amarillo, verde, negro, pardo, rojizo, ¿en estampida?, ¿en suspensión?, ¿aglomerándose? ¿dispersándose? ¿antes, durante, después? de la catástrofe, si hay lo que entendemos que es, o que debiera ser, una catástrofe, y sobre todo en torno a qué núcleo, a qué centro, si es que hay lo que

entendemos que es, o que debiera ser, o lo que llamamos, un núcleo o un centro: Una mancha negra superpuesta, con violencia, a una mancha azul, sembrada de unos trazos negros quebrados, y debajo, una mancha amarilla dividida, en el medio, por dos paralelas verdes, tortuosas que, inesperadamente, casi en seguida, arbitrarias, se juntan, y debajo, por fin, los fragmentos pardos, rojizos, en estampida –tortuosas, que inesperadamente, y debajo, por fin, los fragmentos, en suspensión, o aglomerándose, o en estampida. Y sin embargo, ni la mancha amarilla es enteramente amarilla ni la mancha azul es enteramente azul, ni las manchas verdes son enteramente verdes, ni los fragmentos rojizos enteramente rojizos, ni los pardos enteramente pardos, ni los trazos negros, quebrados, ni enteramente negros ni quebrados –las manchas verdes enteramente verdes, ni los fragmentos rojizos, los pardos enteramente, ni los trazos negros, quebrados, ni puede decirse que no haya un centro, siendo, de todos modos, todo él, el centro. La mancha azul y negra se supone que debiera ser, sobre un campo de trigo, el cielo, y la mancha amarilla, debajo de la mancha azul y negra que se supone que debiera ser, sobre un campo de trigo, el cielo, se supone que debiera ser un campo de trigo, y las paralelas verdes, tortuosas, que, arbitrariamente, y de un modo súbito, se juntan, dividiendo en dos la mancha amarilla que se supone que debiera ser un campo de trigo, se supone que debieran ser un camino, y las paralelas verdes, tortuosas, rojizas, pardas, que acompañan, sin sin embargo unirse, sino partiendo, a la izquierda del cuadro, de una mancha común, las paralelas verdes que se supone que debieran ser un camino, se supone que debieran ser, por debajo, ubicua, la tierra, y los trazos negros, nerviosos, rápidos, quebrados, diseminados, sin orden, en estampida, en vuelo, aglomerándose, en suspensión, contra la mancha azul y negra que se supone que debiera ser el cielo, y contra la mancha amarilla que se supone que debiera ser un campo de trigo, se supone que debieran ser ¿en dispersión? ¿aglomerándose? cuervos -de una mancha común, las paralelas verdes que se supone que debieran ser, se supone que debiera ser, por debajo, ubicua, la tierra, los trazos negros, rápidos, nerviosos, en estampida, que se supone que debieran ser, y sobre la mancha azul y negra, vagos, amarillentos, blancuzcos, dos círculos, en una atmósfera no de catástrofe, ni de ruina, no de víspera ni de día siguiente, sino de inminencia, sin que haya, ni antes, ni después, ni de este lado, ni del otro, nada, lo que se dice nada. O fijar, la vista quiero decir, en algo, en otra cosa, y ver, durante un momento, lo que sea necesario, tratando de hacer salir, si fuese posible, por una vez, aunque más no sea, una, por llamarla de algún modo, señal. Pero no, no hay nada: nada en que fijar la vista, nada. Nada dice, por el momento, nada. Y viene, de golpe, o aparece, más bien, todo alrededor, y aquí mismo, sin ninguna cualidad, el silencio. Sopor: y silencio que es ¿permanencia? ¿cambio? ¿permanencia y cambio? ¿permanencia cambio? De ningún modo, nada, pareciera, estaría dispuesto, en el exterior, si alguien, en algún momento, preguntara, a, más o menos claramente, responder. Ni a dejar, como por descuido, o voluntad, sobre todo, de sí o de otra cosa, una punta, rápida, entrever. No: silencio, de este y del otro lado, y de este lado, estable, denso, sopor. En ninguna parte, por el momento, un sonido que se pueda, por decir así, interpretar, o que viniendo, súbito, de las cosas, apareciendo, resonando, se transforme, durante una fracción de segundo, inteligible, en una voz, o sea, para decirlo mejor, o más inten-

cionadamente, si se quiere, en un, anónimo, incluso, impersonal, para nadie en particular, y de nada en particular, para llamarlo de algún modo, llamado. Me paro: el sillón, al crujir, rompe, por decir así, en varios pedazos, y por un momento, el silencio, que en seguida, inmediatamente, se vuelve, como quien dice, a cerrar. Estoy parado, inmóvil, entre el sillón y el escritorio, bajo la luz que el humo, ligeramente, vela, y no viene, desde abajo, desde afuera, ninguna voz, ni la música, tampoco, ningún sonido, de la televisión. No viene, desde afuera, desde abajo, ahora que estoy parado, inmóvil, entre el escritorio y el sillón, desde el lugar en el que ellas han estado, o están todavía, y pueden, muy bien, estar todavía estando, aun cuando estén, ahora, en la oscuridad del dormitorio, acostadas, ningún sonido, ninguna voz. Ahora que estoy abriendo la puerta llega, junto con el aire frío, inmóvil, de junio, desde un reloj lejano, oscuro, imperceptible, una campanada. Inmóvil otra vez, en la puerta, entre la habitación iluminada, llena de humo, cálida, con el sillón, el escritorio, la cama, la biblioteca, y la terraza gélida, oscura, nítida, transparente, sobre la que vigila, por decir así, desde la altura, helada, tersa, la luna. El eco de la campanada resuena, durante unos segundos, evanescente, en mí. No ha dicho, sin embargo, para mí, y sin embargo quiso, probablemente, decir algo, nada preciso: pudo haber sido o bien la de la una, o bien la de la una y cuarto, o bien la de la una y media, o la de las dos menos cuarto, o bien la de la una menos cuarto, o bien la de las doce y media, o la de las doce y cuarto, o también, probablemente, ¿y por qué no?, la última de medianoche; o la última de las once, o bien la de las once y cuarto, o incluso, y probablemente, la de las once y media, o, más seguramente, incluso, y probablemente, la de las doce menos cuarto. Estoy parado en el hueco de la puerta, entre la habitación y la terraza. Y estoy todavía estando, pero no al mismo tiempo, sentado en el sillón. ¿Estoy todavía estando, y no al mismo tiempo, sentado en el sillón? ¿Estoy todavía estando sentado en el sillón y estoy todavía estando parado inmóvil al lado del sillón con el eco de los crujidos que han roto, por decir así, el silencio, y estoy todavía estando atravesando el espacio entre el sillón y la puerta, y estoy todavía estando oyendo, al abrir la puerta, vaga, remota, la campanada, mientras estoy estando, inmóvil, parado, mirando en dirección al frío negro, en el hueco de la puerta, entre la habitación y la terraza? ¿Estoy? ¿Estoy todavía estando? Y si estoy, y estoy todavía estando, estoy y estoy todavía estando ¿en qué mundo? De uno del que no viene, por ahora, ningún llamado. Ninguna voz, en efecto, que obedecer, tampoco, que dé, por decir así, una dirección, cuando me muevo, a mis pasos: no, estoy parado, inmóvil, sin estar yendo, tampoco, a ninguna parte, en el hueco de la puerta, mirando hacia la terraza a la que controla, desde arriba, gélida, la luna, de espaldas a la habitación iluminada en la que el humo pone, delicadamente, una bruma, y he estado atravesando, despacio, el espacio entre el sillón y la puerta, he estado abriendo la puerta, he estado parado inmóvil un momento junto al sillón, he estado levantándome, después de haber estado sentado, en silencio, del sillón, sin embargo haber oído, desde ninguna parte, que me diese, digamos, lo que llamaríamos, austeramente, una dirección, súbito, imperceptible, casi inaudible, viniendo del exterior, un llamado. Y ningún llamado, tampoco, me mueve, ahora, a atravesar, por decir así, el hueco de la puerta, dando un paso, un solo paso, hacia la terraza, hacia el frío, a franquear, como por primera vez, o, lisa y llanamente, por

primera vez, la puerta: y hay, hay un estruendo, inaudible, cuando paso, a otro, sin la biblioteca, sin el sillón, sin el escritorio, sin el *Campo de trigo de los cuervos*, la luz ligeramente velada por el humo, lugar. Es otro, y es, sin embargo, y no más grande, el mismo ¿en movimiento? ¿en reposo?, lugar. Ningún llamado, tampoco, ahora, me fija en mi lugar, inmóvil, me hace girar ahora, y me hace, ahora, volver a atravesar, en dirección contraria, ¿y por qué dirección? ¿por qué contraria?, el hueco, por llamarlo de algún modo, de la puerta. Y si hubiese, es un decir, lo que pudiésemos llamar, por decir así, un sentido, o sea un corte, arbitrario, irrisorio, en la gran mancha que se mueve, ¿cómo? ¿dónde? ¿cuándo? y sobre todo: ¿por qué?, si hubiese, entre dos puntos, uno al que pudiésemos llamar el principio, otro al que le pudiésemos decir el fin o, respectivamente, la causa y el efecto, se podría decir que, sin haber recibido ningún llamado, sin ninguna finalidad, paso, del principio al fin, del cuarto iluminado a la terraza gélida, atraveso, como quien dice, el hueco de la puerta, y, sin que haya intervenido ningún llamado tampoco, ningún llamado, del fin al principio, del efecto, por llamarlo así, a la causa, de la terraza oscura, fría, a la habitación cuya luz, tenuemente, el humo vela, sin que nadie, pero nadie, pueda decir verdaderamente cómo, ni dónde, ni cuándo, ni, sobre todo, por qué. Ahora estoy parado inmóvil, de espaldas a la terraza, bajo la luz envuelta en humo, de frente a la pared amarilla, en algún punto de la habitación, entre el sillón y la puerta. En algún punto. De la habitación. Entre el sillón. Y la puerta. En algún punto de la habitación. Entre el sillón y la puerta. ¿En algún punto? ¿En algún punto de la habitación? ¿Entre el sillón? ¿Entre el sillón y la puerta? ¿En algún punto de la habitación entre el sillón y la puerta? Estoy estando, parado, de frente a la terraza ahora, a la puerta abierta, en algún punto de la habitación, que está, a su vez, en algún punto, inmóvil, que está a su vez en algún punto, entre el sillón y la puerta. Ahora estoy atravesando, despacio, por decir así, el hueco: y resuena, en el aire, por primera vez, inaudible, el estruendo: pero no, tampoco, primera no: resuena, así no más, inaudible, el estruendo, al atravesar, por decir así, despacio, el hueco de la puerta. El aire frío toca, o roza, o se instala en, mis mejillas. Avanzo, despacio, hacia el centro de la terraza, bajo la luna: gélida, redonda, amarilla, velando, a su alrededor, las estrellas. Y toda en círculo, y alrededor, la ciudad: otro, en algún punto, con sus manzanas oscuras, las líneas de punto de las lámparas del alumbrado público, sus patios arbolados, sus ruidos súbitos, en permanencia, o cambiando, quizá, confuso, silencioso, lugar. Y las luces, en la enorme, tranquila oscuridad, indicando, cada una, en su lugar, un fijo, reducido, brillante, lugar. Hay, seguro, en alguna parte, a mis espaldas, otro punto, iluminado, con el escritorio, el sillón, la biblioteca, la carpeta verde en la que he escrito, con grandes letras rojas, irregulares, rápidas, de imprenta, PARANATELLON. ¿Hay, en alguna parte, iluminado, lleno de humo, con la lámpara, la cama, el cuadro, y el sillón, ese lugar? No baja, por decir así, de la luna, con la luz gélida, ningún rumor. Y no pienso, tampoco, nada. Por el momento, ahora, ningún rumor, nada. Ningún pájaro, chillando, en la oscuridad, en la altura, hacia otra parte, resaltando, por un momento, negro, rígido, contra la luna, ni ningún signo, tampoco, de que algo, en este momento, vaya, como quien dice, en el cielo, o por aquí, alrededor, a moverse, o a aletear: nada. Ninguna sombra, tampoco, desempastándose, como quien dice, de la sombra, o cambiando, suave-

mente, de lugar: tampoco, no: nada. Salvo, naturalmente, el sopor, y encima, redonda, gélida, ahora, velando, a su alrededor, y por el momento, las estrellas, la luna. El frío me ciñe. El frío, que hubiese debido, o que debería, más bien, o quizá, ya no sé, que hubiese, si se quiere, o que probablemente, al atravesar, desde el calor de la pieza, el encierro, el hueco, y que viniendo, de golpe, a las mejillas, que debiera, al parecer, contrariamente, disminuir, se diría que hubiese, en efecto, aumentado, en la cara, o, si se quiere, atrás, paradójico, la somnolencia. Es de ese modo que hubiese debido, habitualmente, al parecer, disminuyendo, al salir, y sin embargo, pareciera, al contrario, más bien se diría que, en la cara, o mejor dicho atrás, hubiese, por decir así, nítidamente, aumentado. Errabunda, en flotación, o inmóvil, tal vez, la oscuridad, trae, helada, en un flujo continuo, la luna, las estrellas, luces, manzanas, árboles, alrededor, y se lo vuelve a llevar, y despacio, otra vez, dando una ilusión, paradójica, de inmovilidad, flotando, alrededor, estrellas, luces, árboles. Inesperadamente, al contrario, y por otra parte, en lugar de haber, como se supone que debiera haber sido, en efecto, disminuido, pareciera que hubiese, la somnolencia, atrás, o adentro, mejor, ahora, claramente, al atravesar, desde la pieza iluminada, despacio, el hueco, de un modo nítido, aumentado. Al atravesar, viniendo, o instalado, ya, en la oscuridad, abriéndose, como quien dice, el frío, solidario con ella mejor, o, mejor, uno solo, con ella, me envuelve, ahora, aumentándola y no, como hubiese debido, disminuyéndola. Todo es uno. No pareciera poder, ahora, deslindar nada, lo que se dice nada. No pareciera poder deslindar, en efecto, nada: no pareciera haber, en efecto, por decir así, separación, ni pareciera, tampoco, que hubiese, como parece que debiera haber, un adentro, un adelante, un afuera, un atrás, un, imaginario, alrededor: no, nada. Está, por decir así, la terraza, en el frío oscuro, y la luna, también, y en acumulación, en desorden, diseminados, los patios negros, y los árboles, las casas, las luces, las estrellas también, frías, verdes, inmóviles, todo adentro, probablemente, de algo, y viajando -errabundeando, se diría, más bien, sin ninguna, por llamarla de algún modo, dirección, y sin, por el momento, cohesión, la masa curva que, continuamente, pareciera, se consume, y sigue, sin embargo, igual, y que estando, sin embargo, al parecer, inmóvil, en su lugar, a cada momento, en su lugar mismo, ¿y hacia adonde?, pasa, pareciera, rápidamente en cierto sentido, y se va. Todo, por el momento, al parecer, sería, se diría, uno: sin nada, sin embargo, particular, y ni un adentro, ni un afuera, ni ninguna, como quien dice, vistosa, alegre, diversidad — el flujo, sin períodos, sin ritmo, sin origen, en el que ahora, por decir así, se deriva, y que sería, pareciera, siempre, el mismo, con sus lunas, sus estrellas, sus manzanas abandonadas, sus terrazas frías, el escritorio, el sillón, la biblioteca, el punto entre el sillón y la puerta, renaciendo, consumiéndose, ¿dónde?, ¿cuándo? y sobre todo ¿por qué?, para llamarlo de algún modo, lugar. Está, por el momento, estando, como quien dice, continuo, entero, en su lugar: del sopor, una fragmentaria, sin aplicación, impresión, un magma, por decirlo de algún modo, y nada, pero nada, que sacar. Estoy parado, pareciera, entonces, inmóvil, en la terraza fría, pareciera, sí, momentáneamente, sin poder sacar, de todo esto, nada. Es un estado que, se diría, no debiese, o mejor, no hubiese debido, de ningún modo, en la condición o tal vez, en el nudo, en la raíz, no hubiese debido, o no debiese, mejor, sin embargo, al parecer, apareciendo, confundir, o

fundir, borrando los límites, si la expresión pudiese, en este momento, decir, de un modo preciso, algo, no hubiese debido, decía, o no debiese, no debía haber mejor, apareciendo, confundido o fundido. Se diría que, por decir así, de algún modo, fluyendo, y estando, siempre, más bien, en el mismo, nuevamente, lugar, no le queda, como quien dice, para fluir, ningún otro –ningún otro, es decir, en otra parte, donde no esté fluyendo inmóvil, como decía, lugar. Y ahora estoy dando la vuelta, estoy dejando a mis espaldas la luna, las estrellas, y confusa, silenciosa, la ciudad. Estoy, en este momento, dando la vuelta, dejando, como quien dice, a mis espaldas, veladas, las estrellas, la luna, y confusa, en claroscuro, la ciudad. Y voy, por decir así, avanzando, la izquierda, en el interior, ahora ¿de qué mundo?, la derecha, pasando, y no solamente en el espacio, ¿a qué lugar?, la izquierda, otra vez un abismo, la derecha y de nuevo todo, todo, queda, como quien dice, y para siempre, atrás: avanzando, inmóvil, borroso, en la oscuridad, en el frío, habiéndose borrado, imperceptiblemente, los límites: adentro, afuera, abajo, arriba, alrededor, antes, ahora, atrás. La izquierda, la derecha, la izquierda, la derecha, la izquierda, la derecha: flotando, errabundeando, sin que haya lo que llamamos, por llamarlo de algún modo, un llamado, que imponga, arbitrariamente, lo que pudiese decirse, por decir así, una dirección, en alguna parte, somnoleando, cabeceando, sin que ningún sobresalto produzca, por el momento, un despertar, y distinguiéndose, a pesar de todo, de todo esto, el sopor, como si hubiese, o como si se pudiese estar seguro de que hay, o de que puede haber, en otro momento, otro estado. Es, pareciera, o está, más bien, aunque sería, en realidad, difícil, si se quisiera, en un momento dado, precisar, es, entonces, en ese, parecería, sin de ningún modo querer, como otras veces, afirmar, en ese, continuo, curvo, tal vez, flujo, en el que lento, estragado, ciego, se deriva, donde hubiese debido, o debiese, mejor, debiese, sí, o no, hubiese debido, mejor, hubiese debido, sí, ¿o debiese?, sí, o no, mejor, hubiese debido, decía, al atravesar, aunque habiendo permanecido hubiese, de todos modos, en cierto sentido, continuado en él, el hueco, con un estruendo frágil, inaudible, que debiese, o hubiese debido, sí, hubiese debido, en lugar de, inesperadamente, decía, y tal vez, también, de un modo, por llamarlo de algún modo, imperceptible, aumentar, que hubiese debido, decía, al atravesar, al estar parado, en la oscuridad, frente a la luna gélida, redonda, blanca, a los techos, confusos, alrededor, a los patios, flotando, errabundeando ¿hacia adonde?, dando la posibilidad, improbable, por otra parte, a un cambio de estado, ligeramente, o gradualmente, incluso, en las mejillas, o atrás, mejor, adentro, disminuir. Atravesando, ahora, el hueco, y entrando, por decir así, en la habitación iluminada. Estoy estando parado en la habitación iluminada, ahora, frente a la cama: y ahora estoy sacándome, sin cuidado, el saco azul de lana y colgándolo del respaldo de la silla; desanudándome, despacio, la corbata, desabotonándome el cuello de la camisa. La corbata, a rayas oblicuas, grises y azules, anchas, cuelga ahora del respaldo de la silla, sobre el saco azul. Ahora estoy sacándome el pulóver blanco, estoy todavía sacándome el pulóver blanco, estoy tirando hacia arriba el pulóver blanco para sacarlo por la cabeza, tirándolo por el cuello, y por un momento, ahora, por un momento, veo la habitación iluminada a través del tejido espeso de la lana que transforma el conjunto en una imagen cuadrículada, acribillada más bien de puntos luminosos y de puntos negros. Y ahora

estoy dejando, después de acomodarlo un poco estirando las mangas y doblándolo, el pulóver blanco sobre el saco y la corbata, en el respaldo de la silla. Ahora estoy estando parado inmóvil, en mangas de camisa, entre la cama y la silla, en la habitación iluminada. Hay, pareciera, algo, que quisiera, como quien dice, venir. Pareciera. Como una punta que estuviera, por decir así, desde abajo, desde el fondo, más bien, en este momento: pero no, nada. Inmóvil. En la habitación iluminada que es un, duro, inalterable, frío, velado por el humo, con la cama, la silla, el escritorio, la biblioteca, ¿el mismo? ¿siempre?, lugar. Y ahora estoy sacándome, de parado, ayudándome con los talones, los zapatos. Los pies, enfundados, como quien dice, en las medias azules, tocan, ahora, el mosaico helado. Las manos desabrochan el cinturón, desabotonan, sin apuro, la bragueta: estoy sacándome, apoyándome primero en la pierna derecha, en la izquierda ahora, elevándolo para doblarlo con cuidado tratando de hacer coincidir las botamangas, y depositándolo sobre el pulóver blanco, en el respaldo de la silla, todavía caliente, el pantalón. Que estaba sacándome, sin cuidado, decía, el saco azul de lana, y, decía, colgándolo del respaldo de la silla. Y decía: que me desanudaba, despacio, la corbata, que me desabotonaba el cuello de la camisa, la corbata a rayas oblicuas, grises y azules, anchas, la camisa blanca, colgándola del respaldo de la silla, sobre el saco azul. Que tiraba hacia arriba, por el cuello, el pulóver blanco, para sacarlo por la cabeza, decía, y que veía, por un momento, a través de la malla de lana que me envolvía, como quien dice, decía, la cabeza, el conjunto de la habitación transformado en una imagen acribillada de puntos luminosos y de puntos negros. Que me quedaba un momento, inmóvil, por decir así, en la habitación. Y decía: que después de haber parecido, por un momento, que algo estuviese, como quien dice, tratando, o apareciendo, engañosamente, de aparecer, me sacaba, de parado, ayudándome con los talones, los zapatos, pisaba el mosaico helado con las medias azules, mientras las manos desabrochaban, sin apuro, el cinturón, la bragueta, y decía que apoyándome primero en la pierna derecha, en la izquierda inmediatamente, elevándolo cuidadosamente tratando de hacer coincidir las botamangas, depositándolo sobre el pulóver blanco, en el respaldo de la silla, me sacaba, todavía caliente, de franela gris, el pantalón. Y ahora estoy desabrochándome, blanca, la camisa: tiritando. El calzoncillo, las medias azules, ahora, son, sobre el mosaico amarillo, tres montones oscuros. Estoy, durante un segundo, inmóvil, completamente desnudo, tiritando: en la habitación iluminada, fría, entre el cielorraso y el mosaico amarillo, entre las paredes amarillas, desnudo, durante un segundo, o una fracción de segundo, más bien, somnoliento, tiritando. Un segundo o una fracción de segundo, a la deriva, en el interior de algo, somnoliento, tiritando. La piel entera, ceñida, enteramente, por el aire, apretándose, por decir así, alrededor, y, más que un momento, un estado: o un comienzo, tal vez, o el pretexto, mejor dicho, para un comienzo: porque ellos, otros, antes, podían: mojaban, despacio, detenidamente, llevándosela después a la boca, en la taza de té, la galletita, dejaban la pasta azucarada disolverse en la punta de la lengua, y del contacto venía, férreamente, subiendo, ¿desde qué mundo? el recuerdo. Y ahora estoy sacando, desde debajo de la almohada, plegado, el pijama de frisa, anaranjado. Ahora estoy metiéndome, con el pijama puesto, entre las sábanas heladas, tiritando. Estoy adentro. Y la mano, saliendo de entre las sábanas heladas,

va palpando la superficie rugosa de la pared amarilla hasta encontrar, lisa, la llave de la luz. Ahora estoy en la más perfecta oscuridad. No se ve nada, nada, ni adentro, ni afuera, lo que se dice nada: y algo, sin embargo, transcurre, parsimonioso, por decir así, en lo negro, a pesar de la aparente, y no solamente exterior, inmovilidad. Por un momento no pasa, como quien dice, nada, aunque se sepa, ¿desde cuándo?, que algo, en el interior, o en el interior de lo cual titila, por decir así, la negrura, transcurre: en la más ardua oscuridad. Y ver, ahora, pareciera, sí, ver, desde esta nada, si es posible, como antes, como otros, sacar, como un sueño, por decir así, un recuerdo, algo: porque ellos, otros, antes, podían: mojaban, despacio, en el atardecer, en la cocina, en invierno, la galletita en la taza de té, la alzaban hasta la boca depositándola en la punta de la lengua, y desde ahí, de golpe, o gradual, desde la lengua, o desde la pasta azucarada, desde alguna parte, como un vapor, de los pantanos, subía, victorioso, nítido, el recuerdo, el recuerdo que, aunque no sepa, de ningún modo, de qué es recuerdo, ni si hay algo, fuera, que recordar, podría fundar, sin embargo, en la negrura, algo. Ver de ver algo, ahora: algo que, sin ser el comienzo, sirva, sin embargo, para comenzar, o como ejemplo de lo que, comenzando, seguiría. Ver, como quien dice, de ver algo, decía. Ver, aunque los ojos no tengan, en la cuestión, que ver para nada. Estoy, entonces, en la oscuridad, y, mirando, prestando atención, veo subir, lentamente, del pantano, como un recuerdo, el vapor: en una esquina del centro, o de la mente, o a una esquina, más bien, del centro, siempre, o de la mente, como decía, por decir así, hace un momento, si esquina, o centro, o mente, o si momento, pueden, todavía, como quien dice, querer decir, lo que viene viniendo ¿desde dónde?, a una esquina del centro, entonces, en el sol de las doce, voy, despacio, desembocando. He de ser yo, porque soy yo, me parece, el que recuerda. Y la esquina entera, con su sol, sus transeúntes, sus vidrieras, las sombras cortas que se proyectan sobre la vereda gris, los automóviles, cuyas partes niqueladas, rápidas, destellan, las casas, el ómnibus lleno de estudiantes que dobla, lento, de Mendoza a San Martín, sube ahora de los pantanos, brillando, fosforesciendo, errabundeando, por un momento, y se esfuma. Nada, ahora, y todo negro otra vez: y otra vez, ahora, desde abajo, desde el fondo, si se pudiese concebir que hay, por decir así, un fondo, las cuatro esquinas, en el sol de las doce, y los cuerpos que se mueven, o están inmóviles, al sol, las vidrieras, los automóviles, el ómnibus lleno de estudiantes al parecer de otra ciudad, en el interior del cual uno de los estudiantes, a medio incorporar, apunta con su cámara fotográfica hacia la vereda soleada por la cual voy desembocando, despacio, a la esquina, brillando, errabundeando, y nada ahora: todo negro otra vez. En la ardua o neutra, más bien, oscuridad, se sabe que, sin embargo, algo transcurre, y sería, al parecer, más fácil, si se quisiera, detenerlo que encontrar, en la confusión de las horas, entre las turbias visiones, en el desgano, una razón, férrea, constante, luminosa, para desearlo: que fluya, si quiere, constantemente, así, porque no puede, erosionándonos, gastarnos, como quien dice, nada, ya que no pareciera que hubiese, o que se nos hubiese dado, nada, pero nada, que gastar. Y se levanta, ahora, tenaz, como un sol, en el sol, otra vez, el recuerdo: las baldosas grises sobre las que las sombras que pasan, cortas, se estampan nítidas, las cuatro esquinas en las que se amontonan ya sea los desocupados abrigados con sus pulóveres gruesos de todos colores, que están ahí desde

por lo menos las once, tomando sol y mirando pasar, una y otra vez, las mujeres que recorren San Martín entrando y saliendo de los negocios, ya sea los empleados de comercio que acaban de dejar su trabajo y que, o bien haraganean al sol o bien se dirigen, hacia las cuatro direcciones, hacia Salta, al sur, hacia Primera Junta, al norte, hacia 25 de Mayo, al este, hacia San Jerónimo, al oeste, a esperar, seguramente, el colectivo, para ir, seguramente, a almorzar a sus casas, las vidrieras, perfectamente acomodadas, relucientes, de zapaterías, de tiendas, de confiterías, de joyerías, de bazares, de farmacias, de sederías, los kioscos de caramelos y cigarrillos, el bar Gran Doria, en cuya penumbra matinal que contrasta con la claridad deslumbrante del exterior, los clientes, que toman café o vermut, se han sentado estratégicamente de modo de poder ver, a través de las grandes vidrieras, lo que pasa en la calle, el interior del colectivo que dobla, cuando estoy desembocando en la esquina, hacia el sur, hacia Salta, el interior del colectivo en el que uno de los estudiantes, a medio incorporar de su asiento ubicado junto a la ventanilla, apunta con su cámara fotográfica en la dirección en que yo, en la vereda gris, voy, por Mendoza, de oeste a este, llegando a San Martín, enfundado, parsimonioso, en mi sobretodo negro, mientras un hombre, doblando de San Martín hacia Mendoza, un hombre con un sombrero gris y un sobretodo del mismo color de entre cuyas solapas asoma una bufanda amarilla, me cede, educadamente, el paso, entre el ruido de las voces y de los motores de los automóviles, y de las risas, y de las puertas que se cierran y que se abren, y de los pasos que se arrastran sobre las veredas, y de los llaveros que los tipos hacen tintinear en sus manos enguantadas — si manos, si llaveros, si bufanda, si yo, si San Martín, si oeste, si vidrieras, si claridad, si comercio, si sombras y si esquina pueden, ahora, y otra vez, significar, como quien dice, y si se me permite la expresión, algo. Hay, por decir así, cuatro esquinas, también, en la mente, en el recuerdo. Y es desde la esquina inferior derecha que voy llegando, despacio, a San Martín, y en la otra esquina, en diagonal, en la esquina superior izquierda, los clientes del Gran Doria, sentados en la penumbra matinal del café que contrasta nítida con la claridad exterior, miran, fumando pensativos, la calle; entre las otras dos esquinas se escalonan, se amontonan, los transeúntes, los coches, el ómnibus lleno de estudiantes, las dos calles que se cruzan, las vidrieras, y por encima de todo, el cielo, azul, que destella — si destella, si todo, si estudiantes, y si café y si matinal, tienen, incluso en el recuerdo, o en la mente, una, por decir así, significación. Y estoy estando siempre, ahora, en la negrura, en el mismo, flotando, errabundando, dentro de algo, o en algo, que transcurre, con el recuerdo móvil que sube, desaparece, y vuelve, empecinado, victorioso, a subir, desde el pantano, incierto, cambiante y en reposo, reducido, helado, inabordable, desde dentro o desde fuera, lugar. En las esquinas del recuerdo, móviles, confusas, hay, hacia el centro, más claro, las manchas de la mañana que se mueven, las manchas negras, verdes, amarillas, azules, blancas, pardas, las manchas de la mañana luminosa que flotan, cambiando, no únicamente, como organismos vivos, de forma, sino también, y continuamente, de lugar: el cielo azul, lleno de astillas brillantes, liso, por encima de las casas grises o blancas, los automóviles que avanzan lentamente por Mendoza, de oeste a este, rojos, blancos, verdes, azules, negros, amarillos, los motores ronroneando en primera, los gritos y las risas, y las voces, los pasos arrastrándose sobre la

vereda gris, las cortinas metálicas que bajan con un estrépito brusco, los llaveros que las manos enguantadas hacen tintinear, las vidrieras perfectamente acomodadas, las bocinas, la semipenumbra matinal del Gran Doria, a través de cuyas grandes vidrieras los clientes que toman despaciosamente vermut o café contemplan, abstraídos, fumando con parsimonia, la calle, las mujeres que pasan, después de haber hecho las compras, cargadas de paquetes, del brazo, bajo la mirada de los tipos abrigados con pulóveres azules, verdes, blancos, ladrillo, lila, rojo, que fuman al sol, apoyados contra las vidrieras o parados, rígidos, en el cordón de la vereda, el ómnibus celeste lleno de estudiantes que han de haber venido, seguramente, a visitar la ciudad, en el interior del cual uno de los estudiantes, a medio incorporar en su asiento, manteniendo un equilibrio difícil como consecuencia de la inclinación del ómnibus al doblar, de Mendoza a San Martín hacia el sur, la esquina, apunta, cuidadosamente, con su cámara fotográfica, que le oculta la mayor parte de la cara, hacia el punto de la vereda gris en el que estoy desembocando a San Martín, justo para obligar al hombre de la bufanda amarilla a desviarse hacia la calle y cederme el paso, a mediodía, en el sol, en la calle, en el invierno luminoso —y los bordes carcomidos, o grisáceos, más bien, del recuerdo, se mueven, se estiran, o se retraen, el recuerdo que ha venido subiendo, por decir así, desde lo negro, y que titila, patente, en el centro del abismo, como si estuviese diciendo, o como si estuviese, más bien, tratando de decir, que hay algo, algo, de donde sacar, como quien dice, la prueba contraria, la negación de la negación de que haya habido, en algún momento, mediodía, invierno, semipenumbra del Gran Doria desde la que hombres silenciosos observan, mientras fuman, la calle a través de grandes vidrieras, ómnibus de otra ciudad en el que un estudiante apunta, con su cámara fotográfica, a la vereda, cuatro esquinas inmersas en un estruendo luminoso, y sobre todo, desembocando desde Mendoza a San Martín, lo que habría de traer, como un recipiente negro, con sus coches, sus vidrieras, sus sonidos, su bufanda amarilla, su luz helada, hasta este punto, el recuerdo. Y como si fuese posible saber, si es de verdad recuerdo, de qué, nítidamente, es recuerdo: o lo que puede haber de común, por decirlo de algún modo, entre la bufanda amarilla, y el recuerdo que sube, ¿de qué mundo?, amarillo, en forma de bufanda que se extiende, ahora, de las esquinas hasta el centro. No pareciera, no, que hubiese, o que debiera haber, mejor, común a las dos manchas amarillas, la que recuerdo, la que recuerdo que recuerdo, o la que creo, más bien, al verla aparecer, recordar, que ha estado, fuera, en alguna otra parte, en otro momento, ningún puente, ninguna, por llamarla de algún modo, relación. Y de los hombres que, creo haber dicho, parecieran estar, en la semipenumbra matinal del Gran Doria, fumando, tomando un café, no sé, verdaderamente, por decirlo de algún modo, nada: no podría decir, probablemente, a esta distancia si toman, de verdad, café, o si fuman, o si son, verdaderamente, hombres, a menos que pegue, por decir así, en ese vacío, recuerdos que no son, en el fondo, recuerdos de nada, de nada en particular, y de los que no podría decirse, ni siquiera, que son verdaderamente, en el preciso sentido de la palabra, si una palabra, ha de tener, obligatoriamente, un sentido preciso, recuerdos. La taza, por otra parte, de café que, se supondría, habría estado subiendo, en ese momento, a los labios, no sería, en realidad, en el recuerdo, ninguna taza, y el café, ningún café, ninguna cantidad de líquido

negro, humeante, cubierto de espuma dorada, que no ha ocupado, en ninguna parte, y nunca, ningún lugar, ni pasado, después de no haber sido tomado por nadie, amargo, indiferente, por ninguna garganta: no, no hay, en el recuerdo de ese café, ningún café, y la bufanda amarilla, de la que debiera nacer la mancha amarilla que sube, ahora, sola, del pantano, flota, desintegrándose, ¿en qué mundo, o en qué mundos?

1972

A medio borrar

para Bernard Le Gonidec

Una columna oblicua de luz que entra, férrea, por la ventana, y que deposita, sobre el piso de madera, un círculo amarillo, y en su interior un millón de partículas que rotan, blancas, mientras el humo de mí cigarrillo, subiendo desde la cama, entra en ella y se disgrega despacio, en esta mañana de mayo, de la que puedo ver, por los vidrios, el cielo azul: la vigilia. Dentro de un rato me levantaré, sacaré la ropa de sobre la cama vacía de mi hermano, me vestiré, saldré a la calle para tomar el primer café en la galería, fumando el tercer o cuarto cigarrillo de la mañana, parado al lado del mostrador, mirando en dirección al pasillo, sin hablar, sin percibir el gusto del café ni el del humo, hombre de alrededor de treinta años para los que me miran desde afuera, confundido a veces con mi hermano —alguien vendrá seguro a saludarme creyendo que soy él y no yo, el que sé que soy—, y a través de los ventanales de la *galería*, veré el sol cayendo sobre las mesas de metal de colores en el patio casi vacío: la jornada. Contemplo, ya desembarazado de la perplejidad de estar todavía vivo y despierto otra vez, el cuarto dividido en dos por la columna de luz, oblicua, y veo los muebles, mi propia ropa, la cama vacía de mi hermano, la luz misma, el humo: divorcio. Y en seguida, súbito, rápido, resonando más intenso todavía que mi propio silencio y más alto de lo que mi propio silencio puede soportar, desde lo que mi madre llama la antecámara, violento, el teléfono. Llegando remota, la voz de Héctor me pregunta si he oído anoche las explosiones, y uso mi voz por primera vez en el día respondiendo que cuando sonó la primera estábamos pasando con Tomatis exactamente por el hueco de la puerta de la sala de juego del club Progreso, y que cuando sonó la segunda, jugaban, sobre la mesa, en el sector cubierto de paño verde, arriba el as contra el rey y abajo la sota contra el caballo. Exactamente como en la realidad, dice Héctor, y dice que me pasa a buscar en media hora para ir a ver las brechas abiertas por la dinamita en el camino de la costa. Veo venir, parado en la vereda, el coche, en el sol, el cigarrillo entre mis labios y el humo disgregándose un poco más arriba de mi cara, parado en el punto de la vereda que he estado contemplando desde el balcón, después de colgar y vestirme, en el aire soleado y sin viento pero frío. El coche avanza entre otros, negro, despacio, y sus partes niqueladas brillan al sol. Es una partícula del ruido monótono que produce, desde temprano, la ciudad, una partícula del tumulto de manchas y movimiento que empieza a funcionar desde la mañana. Vamos derecho, despacio, deteniéndonos a cada momento entre los coches que nos siguen y que nos preceden cruzando transversales, y cuando llegamos al correo central y a la estación de ómnibus, doblamos por

la avenida del puerto y empezamos a avanzar más rápido, desembarazados del núcleo apretado del centro, viendo venir hacia nosotros, y después quedar atrás, las palmeras carcomidas y como agrisadas por la proximidad del invierno. Los vidrios laterales del coche están empañados. La luz dura del sol se quiebra en ángulos rectos, filosos, sobre los árboles y las casas. Hombres que andan por las veredas y otros, que trabajan en la playa de maniobras del puerto, se bañan, como quien dice, en la luz fría. Héctor ha sacado, inclinándose, de la guantera, una petaca de cognac, ofreciéndome un trago. Yo he rechazado. Me ha dado, de todos modos, la petaca, forrada de cuero duro, para que desenrosque, mientras él maneja, la tapa de metal. Un olor de alcohol sube hasta mi nariz, más frío incluso que el aire que acabo de respirar en la vereda y que todavía me hace picar la nariz. Detrás del perfil de Héctor, elevado durante el acto de tomar, pasa, detrás incluso del vidrio empañado, una pared blanca, recién pintada, interminable, detrás de la cual sé que unos hombres han de estar en ese momento fabricando barras de hielo. El empedrado grueso hace temblar la imagen blanca en la ventanilla borrosa. Y me acuerdo, de golpe, tranquilo, de un sueño, como si alguien me mostrase el interior de un cajón, abierto apenas, cerrándolo en el momento en que me inclino, cuando estoy empezando a adivinar lo que hay adentro. No recuerdo en qué consiste ese sueño, únicamente que lo he tenido. No ha habido, me parece, ninguna pared blanca en él, ningún coche, no ha aparecido tampoco Héctor en ese sueño, que no pasaba por otra parte en la avenida del puerto, y sin embargo lo he recordado, por un momento, cuando miré, por detrás del perfil elevado, y por detrás también de la ventanilla borrosa, la pared blanca. Un policía, encapotado, serio, se niega, en el puente Colgante, a dejarnos pasar. No hay, parece, certidumbre de que el agua, subiendo incluso más arriba que las brechas, no corte el camino. Héctor saca de la guantera un carnet de periodista y se lo pasa al policía, cuya cara, color madera, medio oculta por la visera de la gorra y el cuello de la capota, asoma por la ventanilla. Al fin atravesamos el puente, empezamos a rodar sobre el camino a cuyos costados se ve únicamente agua: agua y, de vez en cuando, en medio del campo, un rancho semiderruido del que apenas si se divisa el techo de dos aguas y un poco de las paredes; de los espinillos, ni las copas; todo lo demás es agua, lisa y tranquila, a ras del terraplén. Cuando llegamos a la primera brecha paramos el coche y bajamos. El ruido de las puertas del coche al abrirse, el sonido de las voces y el de nuestros zapatos golpeando contra el asfalto sembrado de escombros suenan y se esfuman. Héctor habla de ciencia ficción. Más tarde, cuando estamos inclinados entre los escombros mirando el torrente que atraviesa —¿en qué dirección?— la brecha, donde las dos planicies líquidas se juntan, casi sin ruido, recuerda a Faulkner. Demasiada literatura, para un pintor, digo yo. Héctor no me contesta. Saca la petaca de su bolsillo y vuelve a tomar un trago de cognac, arrugando la cara correosa. Yo paseo mi vista opaca del torrente en el fondo de la brecha a las dos extensiones lisas que el camino separa. No me dicen nada. Los primeros días traté de experimentar asombro, incluso miedo, piedad por los que el agua barría, algo, pero no logré nada. No veo más que una superficie tranquila, casi plácida, que se extiende hasta el horizonte a los dos costados del camino sembrado de escombros, y que no me hace ninguna señal. Lo que más me estremece, dice Héctor, es pensar que la idea que tenemos de que tiene que dejar de

subir algún día y después empezar a bajar, puede muy bien ser falsa. En el centro del camino, con las puertas abiertas, el coche negro, cuyas partes niqueladas brillan al sol, parece abandonado desde hace mucho tiempo. Parece, como quien dice, muerto. Y nosotros, que éramos lo único que se movía en ese paisaje estricto, monótono, ahora también estamos inmóviles. Aparece entonces el helicóptero. Da unas vueltas sobre nosotros, y después se aleja en dirección a la ciudad, hasta que se esfuma. Ha de habernos visto desde arriba, el piloto, dos hombres vestidos con sobretodos negros, en medio del sol, sentados entre los escombros, mirando la brecha, chiquititos, y más allá el coche negro, con las puertas abiertas, abandonado en el centro del camino. Las dos figuras negras aplastadas contra los escombros, al lado de la brecha, y el coche negro abandonado en el centro del camino, con las partes niqueladas refulgiendo al sol y las puertas abiertas. Damos la vuelta despacio, con cautela, cosa de no venirnos al agua, y cuando quedamos apuntando en dirección contraria empezamos a marchar hacia la ciudad. Cuando estamos dejando atrás el puente, y Héctor le hace una seña amistosa al policía que nos ha interceptado el paso a la ida, veo otra vez el helicóptero que pasa sobre nosotros y se dirige hacia el otro lado del puente, sobrevolando el camino en dirección a las brechas. La estructura delicada, de metal rojo y de vidrio, vuela bajo y me pregunto qué ha de estar viendo el piloto desde arriba, aparte de la brecha y los escombros, la cinta azul del asfalto y las dos llanuras líquidas. Todo eso sin nosotros, sin el coche negro, quiero decir, y entonces, cuando empezamos a recorrer la avenida del puerto Héctor me dice que no me preocupe, que aún cuando el agua siga subiendo —y en la radio un informativo dice en ese momento que efectivamente, sigue subiendo, y que incluso seguirá subiendo— puedo quedarme lo más tranquilo, porque después de todo dentro de cuatro días estaré en París. Sé que me mira fijo descuidando el volante, para ver qué efecto me han causado sus palabras —o por lo menos me parece que si me mira fijo es por esa razón—, pero yo sigo mirando la pared blanca a través de la ventanilla borrosa. En realidad, sus palabras no me han causado ningún efecto. Tengo la sensación de que hay como un cabrilleo en las puntas de todo lo que es metal, ahora que el sol sube hacia el mediodía. No he tomado café. Héctor propone que almorcemos juntos. Durante la comida Héctor dice, creo, que el viaje me hará bien, que me sacará un poco de mí mismo. Empieza en seguida, y como de costumbre, a hablar del Gato. El Gato, dice, creo, no quiere madurar. Fin previsible del Gato: el manicomio. Me pregunta si lo veré antes de irme. Y mientras Héctor habla, del otro lado de la mesa, por encima de su cabeza y de su cara correosa, de su cabello perfectamente revuelto y limpio, el tumulto del restaurant, del cual nosotros somos también una parte, el ruido homogéneo en el interior del cual estamos situados, es como el acompañamiento orquestal sobre cuyo fondo la voz de Héctor se valoriza, me parece, ligeramente. Hay, sorda, una confusión de ruidos. Un tipo de sobretodo gris, alto, bien afeitado, abre la puerta de calle y entra, seguido por dos mujeres. Se acerca a nuestra mesa, sacándose los guantes de cuero negro. Tiene la mano fría cuando se la estrecho, porque Héctor me lo presenta. Es un pintor de Buenos Aires, o algo así; tiene el aire de haber progresado, o estar progresando, desde el punto de vista económico. Las dos mujeres lo esperan cerca de la puerta, sacándose los abrigos. Hablan de algo que han hecho juntos la noche anterior, en el momento de las

explosiones. Han estado, parece, en una fiesta, o algo semejante. Comentan algo que pasó, algo cómico pareciera, porque se ríen y Héctor, que está parado junto a su silla —lo mismo que yo, que estoy a medio incorporar, con las rodillas medio dobladas y un vaso de vino en la mano izquierda— dice que en el momento en que se escuchó la primera explosión yo estaba entrando a la sala de juego del club Progreso en compañía de Tomatis y que, según yo, cuando sonó la segunda jugaban arriba el as contra el rey y abajo la sota contra el caballo. Y yo le dije, dice Héctor. Le dije: exactamente como en la realidad. El tipo echa la cabeza para atrás cuando se ríe, mostrando el cuello rasurado. Después se va. Se sienta con las mujeres en una mesa que está detrás de la cabeza de Héctor y yo me quedo viéndolos todo el tiempo más allá de la cara correosa, mientras Héctor sigue hablando del Gato. No solamente madurar: al Gato le hace falta también mostrar interés verdadero y constante por alguna actividad seria. Es demasiado variable. Mientras Héctor habla su plato, sin embargo, va quedando vacío. Por fin pasa un pedazo de pan para absorber la salsa rojiza, y la loza blanca queda atravesada por unas rayas rojizas, de textura árida y de consistencia blanduzca. Ahora el alimento debe estar acumulándose en su estómago, que ha comenzado a trabajarlo a su manera. Dos o tres eructos discretos atestiguan ese trabajo. Después Héctor se acomoda de un modo distinto sobre la silla y enciende, previa preparación meticulosa, una pipa. Yo fumo un cigarrillo. Héctor pareciera estar reflexionando sobre las cosas que acaba de decir del Gato, como si las hubiese dicho por primera vez, y estuviese tratando de pulirlas, redondearlas en su mente, para formularlas de nuevo de un modo más preciso. Pero ya las ha formulado muchas veces, con el mismo estilo inconexo, la misma retórica doblemente debilitada por la falta de convencimiento y por la repetición. Algo del invierno inminente diseminado afuera se ha instalado en el interior del restaurante, y yo pienso un momento, de un modo frágil, en las brechas abiertas sobre el camino de la costa, en el asfalto agrietado en los bordes y sembrado de escombros en las inmediaciones. Creo que Héctor no ha estado mirándome mientras tanto. Creo que no ha estado mirando ni siquiera el humo de la pipa que se desenreda despacio frente a su cara, un humo azul, y que lo que parece contemplar ahora con los ojos entrecerrados no está ni en el humo azul ni en ningún punto del presente, ni en mi cara. Así que entrando a la sala de juego del club Progreso con Tomatis, dice, brusco. Le digo que sí. La cara correosa se arruga toda a causa del humo, y se ve bien que el cuero que la compone está adelgazado y lleno de arrugas, por los años. Y más que extrañar, le respondo, después, cuando me pregunta cómo me sentiré en el extranjero, me ocuparé en extrañarme de concebir una ciudad en la que he nacido y vivido cerca de treinta años que seguirá viviendo sin mí, y después digo que una ciudad es una abstracción que nos concedemos para darle un nombre propio a una serie de lugares fragmentarios, inconexos, opacos, y la mayor parte del tiempo imaginarios y desiertos de nosotros. Y después, lento primero, tímido, pulido y perfecto por la continua repetición, como el pie de un santo de mármol alisado por los besos de interminables peregrinos, en un orden que varía cada vez menos, el chorro de recuerdos europeos de Héctor, su permanencia en París durante tres años, en la rué des Ciseaux primero, en la rué Gassendi después, sus veraneos en Italia, sus exposiciones en Londres, en Amsterdam, en Copenhague. En una de ellas estuvo

Matta, el surrealista chileno, que lo vinculó con Bretón. Había estado en casa de Bretón varias veces, había traducido textos surrealistas que Edgar Bayley trató de hacer publicar en una revista que justo dejó de aparecer. Cuando salimos del restaurante, el chorro continúa, monótono. En la calle, mientras caminamos hacia el coche, en la vereda del Teatro Municipal, ancha y entibiada por el sol, otro conocido que nos para, extendiéndonos una mano helada: si hemos oído las explosiones y si hemos escuchado el informativo de las doce que ha dicho que sigue creciendo y que incluso seguirá creciendo. Respondemos que hemos oído las explosiones; hemos oído también el informativo. Vuelta a estrechar la mano fría. En el coche, después de arrancar, tomamos un par de tragos de cognac de la petaca forrada de cuero, hasta que la vaciamos y la volvemos a guardar en la guantera. Ahora Héctor no habla más. Tiene la pipa apagada entre los dientes, como una prolongación rígida, un poco más pulida pero casi del mismo color, de esa materia inhumana de la que está hecha su cara. Como yo acabo de apagar el cigarrillo, hay un olor a ceniza, disgregado, fuerte, dentro del coche. Con el motor, la calefacción empieza a andar. Hay un contraste neto entre la luz fría del afuera y el aire caliente y contaminado del interior del coche. Ahora estamos en la punta sur de la ciudad, en la Boca del Tigre. Está el control caminero en el centro de tres avenidas que se juntan y detrás del control el puente y la carretera. A los dos costados del puente, agua. Más acá, a nuestra izquierda, en el gran espacio abierto frente al estadio de fútbol, carpas, un campamento, camiones del ejército, y un desorden inacabable de objetos: camas, roperos, retratos, sillas, ollas, carros, colchones, animales, hombres. El sol entibia ese hormiguero desmantelado. Héctor habla del Marché Aux Puces y del Hotel Druot, mercados de objetos usados que hay en París, lugares altamente surrealistas. Cita a Discépolo: ves llorar la Biblia contra un calefón. Deduce que la realidad es surrealista y que él ha renegado del surrealismo porque demasiado amor por los objetos perturba la reflexión metafísica. Pero el genio de los objetos, ellos, dice, lo tenían. Lo tenían. Los objetos tienden a aglutinarse, son gregarios, dice. La decoración es a los objetos lo que el realismo del siglo diecinueve al surrealismo. Él, Héctor, sin embargo, dice, busca una nueva vía, una tercera posición. Por eso, cuando le hacen algún reportaje, dice riéndose, y le preguntan a qué vanguardia artística pertenece, él responde: al justicialismo. Cuando me deja en la puerta de mi casa, dice que esté a las ocho en punto en el taller. Estoy pasando por el cuartito que mamá llama la antecámara cuando suena el teléfono. La voz de Elisa pregunta si el Gato ha vuelto de Rincón. Le digo que no ha vuelto. Me pregunta si las explosiones han sido en Rincón y le digo que no, que han sido mucho más acá, a dos o tres kilómetros del puente colgante, mucho antes de llegar a La Guardia, y que justamente hemos estado viendo las brechas con Héctor, antes de comer. Elisa me pregunta si Héctor está conmigo y le respondo que acabamos de separarnos, que no sé dónde ha ido. Con mi marido nunca puede saberse, dice Elisa, aunque uno lo puede imaginar lo más bien. Por las dudas, no respondo nada. Al silencio corto, reprobatario, mutuo, sigue la despedida y después colgamos. Fumo alrededor de una hora echado en la cama, pensando. Mi sobretodo y mi saco están sobre la cama vacía del Gato. La habitación se llena de humo. Veo a través de los vidrios nítidos declinar la luz fría. Del otro extremo de la casa llega el rumor de la televisión. Es una mezcla

opaca de voces y de música. De la calle, en cambio, el rumor homogéneo, idéntico, aunque quizá más profundo, al de la mañana, que irá despedazándose al anochecer, familiar, sube y resuena. Lo escucho por momentos, continuo respecto de mi atención, sin que quede el más mínimo recuerdo del contacto. Contra la pared, del otro lado de la cama, está la valija, lista desde ayer, al lado del bolso azul. La he cerrado bajo la mirada impaciente de Tomatis que, creo, jugaba con sus guantes, alzándolos con dos dedos hasta la altura de su cara y dejándolos caer después sobre sus rodillas. O quizás no, quizás se golpeaba con ellos las rodillas, la palma de la mano. Es más seguro que haya sido la palma de la mano, o quizás el pecho, o incluso la cara, porque estuvo echado bocarriba en la cama del Gato mientras yo preparaba la valija, impaciente por salir a comer, o más exactamente por salir, porque después, mientras comíamos, también estaba impaciente y quería salir para ir no sé bien adonde. A otro lugar en el que no estuviésemos, supongo, a otro lugar en el que él, quiero decir, no estuviese estando en ese momento, pensando tal vez que había que pasar siquiera unos minutos para controlar un poco —no sé si soy claro en lo que quiero decir—, porque ha de resultarle penoso saber que al mismo tiempo que está en un lugar hay un montón de otros lugares en los que no está para nada. Me levanto y dejo el cenicero, que ha estado sobre mi pecho, en la mesa de luz. En la habitación hay una penumbra azulada. He de haber estado echado como una hora. Me paseo un poco en la habitación azul y después me asomo al ventanal: en la vereda de enfrente pasan figuras borrosas frente a una vidriera en la que hay seis televisores, idénticos, encendidos. En los seis, colocados en dos hileras de tres, una encima de la otra, se ve la misma imagen titilante, azul acero, la cabeza enorme de un hombre que llora, la cara oculta entre las manos. Reconozco el teleteatro de la tarde. Después me retiro de la ventana, atravieso el dormitorio azul y el cuartito al que mamá le dice la antecámara, cruzo el living interfiriendo un momento el campo visual de mamá que mira la imagen del hombre que llora. Cuando llego al cuarto de trabajo enciendo la luz. Están los dos escritorios vacíos, uno frente a cada ventana, de modo que cuando el Gato y yo nos sentábamos a trabajar nos dábamos la espalda. Desde la ventana del Gato pueden verse las terrazas de baldosas color ladrillo, patios con árboles oscuros, el edificio blanco de la municipalidad, contra un resplandor rojizo en el cielo. La mía da a un patio interior, de mosaicos azules y amarillos y macetas alineadas contra la pared. Estoy parado bajo la luz que cuelga del techo, entre las dos ventanas, frente a la biblioteca. No miro nada en particular. Ahora me siento frente a mi escritorio y abriendo el primer cajón saco unas hojas blancas. De sobre el escritorio alzo una birrome verde y escribo: Querido Gato. Iba a pasar por Rincón para verte pero me faltó tiempo. No me queda más que desear que el agua no te haya llegado todavía al cuello. Todo parece indicar que ya te llegará. Espero que hayas tenido noticias de Washington. Mamá no te va a dar mucho trabajo durante mi ausencia: despertarla cuando termine la emisión diaria en la tele y decirle que ya puede irse a la cama y regularle de vez en cuando el sonido y la imagen durante las horas de transmisión. Yo estoy como siempre bien y ya te escribiré apenas me instale en París. Esta noche me hacen una despedida en el taller de Héctor (que me dijo que no se te pudo avisar) así que termino aquí porque se me va a hacer tarde. Un abrazo. Pichón. Ahora abro el cajón del escritorio del Gato para

dejar la nota y veo la fotografía: ahí estamos, en mangas de camisa, sonriendo a la cámara, a los seis o siete años, el Gato o yo, porque ya no se sabe quién de los dos es el que aparece, con parte de la casa de Rincón, blanca, atrás, a la izquierda, y a la derecha, más lejos, unos sauces y el río. Hay que estar dentro para saber quién es uno, y en esa foto, el Gato o yo, hace una veintena de años, en mangas de camisa, riendo hacia la cámara, estamos afuera. Hay otra foto, idéntica, no una copia, sino otra foto, o quizás una copia, en uno de los cajones de mi escritorio. Algún pariente lejano las sacó, el mismo día, en la misma pose, en el mismo lugar, con diferencia de minutos, y sin la previsión de mi madre, que perdió su juventud sembrando el mundo de pistas que ayudaran a distinguirnos, nos mandó las copias unos meses después. Cuando estoy pasando otra vez por el living, interceptando un momento con mi cuerpo la pantalla del televisor, mi madre me dice que, según el informativo de la tarde, el ejército ha hecho explotar dinamita en el camino de la costa, para darle salida al agua y disminuir la presión que viene haciendo desde hace días contra el puente colgante, como si estuviera por llevárselo. Me pregunta si he oído las explosiones. Ahora estoy poniéndome el saco, despacio, y encima el sobretodo. Cierro detrás de mí la puerta de calle, calzándome los guantes. Ya es completamente de noche. El rumor decrece. Parado frente al mostrador del bar de la galería tomo un cognac, despacio, fumando. No hay casi nadie. La cajera, vestida con un guardapolvo verde, hojea una revista de historietas. Un hombre come aceitunas verdes de un plato y toma un vermouth, sentado a una de las mesas del pasillo. Ahora que estoy yendo en el taxi en dirección al taller de Héctor, pienso que ya no estoy en el cuarto con los dos escritorios, en el dormitorio con las dos camas, ni interceptando con mi cuerpo la pantalla de televisión al atravesar el living, ni parado en el bar de la galería. Ya no estoy tampoco en el lugar en que estaba mientras iba pensando, porque el taxi corta la noche helada y va dejando atrás las esquinas cada vez más oscuras. Más que el haber estado un momento parado entre los dos escritorios, bajo la luz, o atravesando el living, interceptando la imagen azul acero de la pantalla de televisión, me llama la atención el hecho de que el living y el cuarto de los escritorios sigan estando en su lugar, vacíos de mí, en este mismo momento. De este mundo, yo soy lo menos real. Basta que me mueva un poco para borrar me. Y veo, mientras vamos alejándonos del centro, por calles cada vez más oscuras, más desiertas, a través del vidrio helado, los barrios inmóviles en cuyas veredas los árboles sin hojas muestran los estragos de la primeras heladas, Constantes ya casi sin vida, sin ningún rumor, alguna luz tardía de farmacia o de almacén proyectada sobre la vereda, algún llamado rápido dicho de una vereda a la otra, algún coche cruzando una transversal, se extienden, alrededor de mí, que paso rápido, los barrios que perseveran. Héctor viene hacia mí para recibirme cuando golpeo las manos. No hay todavía nadie. Ha citado, me dice, a todo el mundo para las nueve. Dice que quería preparar tranquilo el asado y conversar conmigo mientras tanto. Todas las luces del taller están encendidas y las paredes blancas, áridas, refractan la luz y multiplican la claridad. Únicamente el altillo está a oscuras. En el patio de atrás, mientras vigila el fuego y la carne, y el humo arranca a sus ojos lágrimas que se atascan en los pliegues de su cara correosa, Héctor, que ha puesto sobre una mesa cubierta con una hoja de papel blanco una botella de vino y dos vasos, dice que si el agua sigue

subiendo la carretera que arranca de la Boca del Tigre va a cortarse y que el ómnibus que debe llevarme a Buenos Aires no podrá pasar. Le digo que no exagere y Héctor se ríe. Está algo borracho; lagrimea. Dice que exagerar es un arte. En el que el Gato descuella, dice. Hace todo, dice, demasiado bien, el Gato, y está, todo lo prueba, demasiado dotado, como para que sea capaz, aunque trate, y ya por otra parte lo ha hecho muchas veces, de perseverar en algo. Entramos otra vez al galpón y Héctor me muestra el cuadro que está terminando. Es un rectángulo blanco, árido, que no difiere en nada de las paredes del taller. Es tal vez un poco más blanco y más árido que las paredes. La blancura de las paredes tiene, por otro lado, me parece, la facultad de dar la idea de una cierta anchura, además de una altura. En la del cuadro, la cualidad horizontal, tengo la impresión, como quien dice, se borra. Es una blancura exclusivamente vertical. No sé si lo he visto o es el propio Héctor el que me lo ha dicho esta mañana. En los cuadros de Héctor, todo es vertical; no ascendente, ni descendente, sino vertical. Sirviendo vasos de vino, a la intemperie, cerca del fuego, en el patio trasero, Héctor fuma su pipa y trata de explicarme qué es lo que ha querido expresar. Alguien que golpea las manos en la entrada nos interrumpe. Es Raquel. Nos besa rápido, en la mejilla, y desaparece en el taller. Vuelve sin su tapado y con un vaso vacío en la mano. Después de tomar su primer trago de vino nos pregunta, mirando más bien a Héctor, si hemos oído anoche las explosiones. Héctor responde que él estaba con gente, en una fiesta, y que yo, cuando sonó la primera, estaba, en compañía de Tomatis, atravesando la puerta de la sala de juego del club Progreso. Dice que cuando sonó la segunda jugaban en la mesa el as contra el rey y la sota contra el caballo, dice Héctor. Yo le dije que exactamente así pasa en la realidad, dice. Por un momento, mientras la carne crepita sobre las brasas y el humo, oblicuo, sube en una columna densa, fumamos en silencio, tomando vino, de a tragos cortos. Raquel me pregunta qué siento ahora que estoy a punto de irme a París. Le digo que nada. El vestido de lana verde de Raquel se aprieta contra su cuerpo espeso. Estamos, como quien dice, en el borde del frío, entre la intemperie pura y el resplandor cálido de las brasas. Héctor recomienza con el Gato. El Gato es la peste, dice Raquel, riéndose. Nueva interrupción: Héctor desaparece, hacia la puerta de entrada, y después nos llega, cada vez más alto, un tumulto de voces conocidas, masculinas y femeninas. Miramos, callados, el fuego. Ahora, antes de que Héctor y el grupo que acaba de llegar aparezcan en el patio, se oyen otros golpes en la entrada y el sonido de las voces se multiplica. Son todas demasiado conocidas como para que les prestemos atención. En voz baja, Raquel me pregunta si iremos a tomar algo juntos después de la fiesta. Antes de que yo pueda responder, Héctor reaparece en el patio. Nos dice si queremos pasar. Los recién llegados, que son seis, contemplan, dispuestos en semicírculo frente al cabellete, el último cuadro de Héctor, la superficie blanca. Lo admiran, cada uno de distinta manera. Ahora el semicírculo se rompe y nos saludamos, en grupos dispersos. Hablamos de las explosiones. El informativo de la noche, dice alguien, ha dicho que el agua sigue subiendo, y que incluso seguirá subiendo. Alicia, vestida de azul, desaparece en dirección al patio, porque Héctor se ha asomado por un momento a la puerta, observándonos con seriedad, la pipa apagada en la boca, sobresaliendo de la cara correosa. Exactamente en el momento en que Alicia desaparece, entra Elisa

por la puerta delantera, sin llamar. Saluda seria, sin frialdad. Al besarme en la mejilla, percibo que se crispa un poco, como si hubiese estado guardando para mí la poca hostilidad de que es capaz o tal vez porque ha visto, por sobre mi hombro, en el momento de darme el beso rápido, aparecer a Alicia desde el patio, seguida por los ojos como empañados de Héctor, que contrastan con la cara reseca, correosa. En la mesa, Elisa se sienta a mi derecha, Raquel enfrente. Como una radiación espontánea, lisa, incluso cálida, la hostilidad de Elisa choca todo el tiempo contra mi perfil circunspecto, que a veces gira, delicado, hacia ella, y rebota contra su cara pétrea, ancha. Nadie que no nos conozca bien, que no esté habituado a nuestras particularidades más secretas, e incluso a veces ni en esas condiciones, es capaz de distinguirnos, e incluso a veces nosotros mismos miramos las dos fotografías que están en los cajones de nuestros escritorios y dudamos, nosotros, el Gato y yo, espejo en el que nos contemplamos recíprocamente, idénticos, y ella, que hace por lo menos cinco años que piensa noche y día en el Gato, que se acuesta con él dos o tres veces por semana desde hace por lo menos dos años, no puede estar a menos de dos metros de distancia de mí sin que empiece a irradiar en seguida repugnancia y hostilidad. Es como si yo fuese el negativo del Gato. Y él va a quedarse: va a seguir despertándose cada mañana frente al río, en la casa de Rincón, va a andar por los bares de la ciudad emborrachándose hasta el amanecer, va a atravesar la puerta de la sala de juego del club Progreso en compañía de Tomatis, va a mirar la municipalidad blanca sentado en su escritorio, sin escribir ni leer nada, va a salir después a la calle a encontrarse con ella, a tenderse desnudo sobre ella, desnuda, en algún hotel, en la casa de Rincón, a la que Héctor sabe que no debe ir sin previo aviso, idéntico a mí, saludando en la esquina de San Martín y Mendoza a algún tipo que le ha dado las buenas tardes confundiéndolo conmigo, va a estar parado en la esquina en el atardecer, en mangas de camisa, recién bañado, en verano, fumando. Héctor habla de las brechas. Las ha visto, dice, conmigo, esta mañana. Tienen varios metros de ancho y los bordes resquebrajados parecen la boca de un volcán; todo el asfalto está sembrado de escombros; inspeccionan la zona con helicópteros; y alrededor, hasta el horizonte, lisa, monótona, amarillenta, cada vez más alta, el agua. Alguien cuenta que estaba durmiendo en el momento en que sonó la primera explosión; otro, haciendo el amor. Uno de ellos me pregunta desde dónde la escuché: Estaba entrando con Tomatis en la sala de juego del club Progreso, digo. Ahora, algunos atraviesan caminando el gran galpón blanco en que aparte del caballete con el cuadro, la mesa desordenada y las sillas, hay muy poca cosa. Estoy sentado en un diván adosado a la pared, entre Raquel y Alicia. Veo gente que cruza, a lo lejos, el galpón, grupos que conversan, caras que se ríen, que se me acercan, y me hablan: de vez en cuando me sirvo vino y fumo, hablo. Las palabras se me forman entre los dientes y los labios, de modo que salen medio mordidas, medio húmedas. Y no estoy, todavía, sin embargo, ausente; estoy aquí. En ninguna otra parte. Aquí. Veo salir a Elisa; se ha despedido de algunos, no de todos, pero no de mí. Ha de haber sido por no aproximarse a Alicia. Veo su vestido de flores azules y rojas, estampado sobre un fondo blanco, desaparecer bajo el tapado negro y después desaparecer toda ella, de golpe, por la puerta de la calle. Ahora el gran galpón blanco está casi desierto. Héctor, Alicia y una pareja están parados frente al caballete, mirando el rectángulo

blanco, árido y vertical. Alguien cruza, despacio, en diagonal, el galpón vacío, y va a sentarse en una silla, detrás del caballete. Raquel está estirada sobre el diván, la cabeza apoyada sobre mis muslos, los ojos cerrados; la mano, que cuelga fuera del diván, sostiene un cigarrillo que se consume solo, humeando, entre los dedos. Las cuatro figuras, que se recortan nítidas contra el gran fondo, hablan en voz baja y de vez en cuando sacuden la cabeza o levantan una mano, que vuelven a bajar en seguida, señalando, sin euforia, el cuadro. Ahora no estamos más que los cuatro en todo el taller. Los cuatro sentados en el diván, Héctor, Alicia, Raquel y yo, mirando, sin hablar durante un momento, en la misma dirección, la pared blanca que está frente a nosotros, del otro lado del galpón vacío, donde termina el piso parejo de ladrillos. Ahora la luz está apagada; veo la forma del cuerpo de aquel echado al lado del mío, en la penumbra rojiza producida por la estufa eléctrica que trabaja cerca del diván. Las paredes blancas, en la penumbra, emiten una ligera fosforescencia. El cuadro blanco, a lo lejos, es, como quien dice, como una ventana desde la que se estuviese viendo el amanecer. Palpo, por debajo del vestido, la carne tibia, un poco blanda, de Raquel. Ahora estamos los dos desnudos, cubiertos por una frazada. Llegan, desde el altillo, ruidos de la madera del piso y de la cama que crujen, voces apagadas, risitas, y después los gritos y los quejidos de Alicia. Al oírlos, Raquel pega un gritito rápido, que ahoga apretando su boca contra mi hombro. Queda así, un momento. Hay una boca contra mi hombro, abierta, la misma boca que unas horas antes me ha preguntado si iríamos a tomar algo después de la fiesta. La misma boca que me ha preguntado si he oído anoche las explosiones está ahora contra mi hombro. La boca va bajando por mi brazo derecho hasta la altura del codo y vuelve a pararse ahí. Todo el cuerpo ha estado removiéndose bajo la frazada. Ahora que la boca se para sobre el brazo, se queda quieto. Del altillo no llega nada. El cuerpo, parado, plegado, se mueve un poco, antes de que la boca comience a hacerlo, y deja de hacerlo ahora que la boca sigue haciéndolo, ahora que la boca pasa del brazo al vientre y baja todavía un poco más. La boca comienza a hacer unos ruidos que suenan en el galpón vacío. Entreveo al Gato, durmiendo en Rincón. No es yo, él. Yo no soy, tampoco, el que ahora sueña, tan idéntico a mí el que él sueña que únicamente que porque es el soñador el que designa sabe que es él y no yo, así como no seré tampoco el que esté parado en la esquina, en verano, en mangas de camisa, recién bañado, saludando con la cabeza a alguno que lo ha confundido conmigo. Un verano demasiado grande como para que yo pueda, como quien dice, ocuparlo todo. Y la boca, sin el cuerpo, sin mí, trabaja, con ritmo regular, en la penumbra rojiza, mientras mi pensamiento, confuso, se mezcla, como si pasara del insomnio a un sueño nítido y después, gradual, comenzara a despertar. Ahora está otra vez la luz encendida, Raquel y yo bajo la frazada, desnudos, y Héctor y Alicia, vestidos, parados al lado de la estufa, frente al diván. Hacemos un lugar en la punta de la mesa, entre los restos de comida fría y nos sentamos a picar, tomando vino. La boca de Raquel recibe los pedazos de carne fría, los mastica despacio, muestra la lengua cuando la pasa sobre los labios estriados, habla. Héctor habla: una vez, en París, habían hecho también un asado en un *atelier* que compartía con una pintora griega, surrealista. La pintora era lesbiana. Fumaba cigarrillos. Tomaba kirsch y a la madrugada salía a la calle a robar las botellas de leche que los repartidores dejaban en

la puerta de los almacenes. Ahora se dirige a mí: si es verdad la historia que sabe contar el Gato, sobre un hermano de nuestra bisabuela que era interno en un hospital de Buenos Aires cuando la fiebre amarilla y que según el Gato hizo abandono de la guardia por miedo al contagio y se apareció en la ciudad, en casa de nuestro tatarabuelo, sin que nadie supiese qué diablos había venido a hacer a la ciudad; y que, según el Gato, dice Héctor, había traído la fiebre con él y murió a los cuatro días, sembrando la peste. Héctor me pregunta si es verdad. Digo que si el Gato lo ha dicho, ha de ser verdad. Héctor se ríe. Pichón lo apaña siempre, al Gato, dice. Son muy diferentes, dice Alicia. El Gato es la peste, dice Raquel. Se necesita ese harzago, ese abandono, ese olvido, esa muerte, para que empiece, gradual, como un sol, levantándose, trazando una parábola con un cénit y un nadir, con su misma periodicidad, el tiempo de las historias que se mezclan, se confunden, se superponen, se corrigen, perfeccionándose, falseándose, en una madrugada fría y en un galpón iluminado, de paredes blancas, calentado con estufas eléctricas. El Gato, que una vez en la escuela de Bellas Artes, había hecho pedazos un calco de la Venus de Milo; la vez que el Gato y yo teníamos la misma mujer, y nos acostábamos con ella una semana cada uno, haciéndole creer que éramos una sola persona; la versión que el Gato había inventado, según la cual también la mujer tenía una hermana melliza, que se turnaba con ella para recibirnos; el tipo que el año pasado se tiró por la ventana de los tribunales, desde el despacho del juez, mi primo; la época en que Héctor y la lesbiana hacían copias de cuadros célebres y los vendían en el Pont des Arts; historias de Washington. Fijas, cerradas, las barajamos como naipes durante dos horas. Pasan de boca en boca, como consignas. Se han como quien dice pulido tanto, lo mismo que piedras, sus contornos son tan precisos, se distinguen tan claramente unas de otras, que es como si, en cierto momento, dejaran de ser historias, algo que ha pasado en el tiempo y en el espacio, para convertirse en objetos, en algas, en floraciones. Es fácil, porque ya están en el pasado. Pero lo que está ocurriendo en el tiempo, lo que está ocurriendo ahora, el tiempo de las historias en el interior del cual estamos, es inenarrable. Ahora estamos otra vez parados frente al rectángulo árido, vertical. La boquilla de la pipa de Héctor, cuya cara correosa se ha agrisado un poco, traza líneas imaginarias, verticales, frente al cuadro. Raquel pregunta si le ha llevado mucho tiempo pintarlo. Una punta de semanas, dice Héctor. Ahora estamos otra vez sentados en la esquina de la mesa, tomando café. Héctor echa un terrón de azúcar en un vaso de agua y nos dedicamos a mirarlo disolverse. La *durée* objetiva, dice Héctor. ¿La cómo?, dice Alicia. La *durée* objetiva. La *durée*. *Durée*. Duración, dice Héctor. Para que sea objetiva, dice Héctor, hay que medirla, hay que estar. Su cuadro, dice, es un fragmento ampliado de la *durée* objetiva. En el fondo del vaso queda un sedimento arenoso, de cristallitos. Después más nada. Queda el vaso solo, con el agua, sin ninguna *durée*. Vean: ni rastro de la *durée* objetiva, dice Héctor. Para escuchar a Héctor, que ha explicado la significación del cuadro, he vuelto la mirada hacia su cara correosa, desviándola del vaso. Al volver a mirar, está primero el sedimento arenoso y después más nada: el vaso con el agua, sin la *durée*. Ahora estamos saliendo Raquel y yo a la madrugada helada, en dirección al coche de Raquel, estacionado al otro lado de la avenida desierta. El interior del coche está helado. Mientras calienta el motor, Raquel enciende un cigarrillo y me lo pasa, y

después enciende otro, que deja colgar de su boca. Ahora acaba de estacionar frente a mi casa. Te reirás de mí, dice. Dirás que no avanzo, pero es más fuerte que yo. Le beso la mejilla. Ya querrás tener hijos, alguna vez, con alguien, digo. Me dice que ella también irá a la estación, pasado mañana, a las doce menos diez, para despedirme. Y ahora estoy acostado, fumando: veo por la ventana el cielo azul, frío, y un rayo de sol, en el que bailan un millón de partículas, atraviesa el vidrio para inscribir un círculo claro en el parquet. Mi ropa está sobre la cama intacta del Gato. Parado junto al escritorio, veo, a través de la ventana, el bloque blanco, vertical, lleno de perforaciones rectangulares oscuras, de la municipalidad. Ahora estoy mirando los helechos del patio, en las macetas alineadas contra las paredes amarillas. Hay luz, en el patio, pero ni una sola mancha solar. Estoy parado junto al mostrador del bar, en la galería, mirando a la cajera enfundada en su guardapolvo verde. El dueño del bar sale de la trastienda, con una taza vacía en la mano, que deja sobre la cafetera. Mi taza tiene todavía, en el fondo, un resto frío de café. El dueño del bar me dirige la palabra, de un modo vago, habitual en él, debido, creo, a que nunca está seguro de si habla conmigo o con el Gato. Habla de las explosiones, dudando de los resultados: hubiesen debido esperar, dice, que el agua alcance el punto más alto pero — mira el patio vacío, por encima de mi cabeza — ¿quién puede asegurar cuál ha de ser el punto más alto? ¿Qué se puede tomar como referencia? ¿El pasado? Hubo la inundación del año cinco, la del veintisiete, la del sesenta y dos; fueron todas de las grandes. Ninguna alcanzó la misma altura, todas diferentes. Se queda callado. Cuando suben, despacio, durante meses, enterrando, bajo un agua oscura, provincias enteras, estos ríos de agua confusa ganan no únicamente nuestras tierras, nuestros animales, nuestros árboles, sino también, y tal vez de un modo más seguro y más permanente, nuestra conversación, nuestro coraje, nuestros recuerdos. Sepultan, inutilizan nuestra memoria común, nuestra identidad. Y hay, aunque frío, el sol del mes de mayo cayendo sobre las mesas vacías de metal, de todos colores, acomodadas en el patio. Hay un silencio soleado. Hay la mancha verde, inmóvil, de la cajera sentada sobre el taburete, una mano apoyada sobre la palanca de la registradora. El rumor de la ciudad, intermitente, continuo, llega apagado. Ahora que me dejo envolver por la muchedumbre, en la esquina del banco, parado inmóvil, fumando, pienso, sin premeditación, en el bar vacío de la galería, en el patio soleado, en la mancha verde de la cajera, la mano apoyada en la palanca de la registradora. Han de persistir, sin mí, vacíos. Súbito, suave, parado a cincuenta centímetros de mi cara, un tipo, en la solapa de cuyo sobretodo gris hay una escarapela, bien afeitado, de unos treinta años, me palmea el brazo, sonriendo, la cabeza algo inclinada hacia mí y los ojos verdes, entrecerrados: que qué es lo que ando haciendo tan pensativo parado en la esquina a las once de la mañana, aunque el solcito valga la pena. Su cara me es ligeramente familiar. Ha de ser, pienso, uno de esos amigos que el Gato hace cada vez que sale de farra con Tomatis o con Héctor, en el club Progreso o en el Copacabana. Uno de esos tipos que creen que el Gato puede haberse olvidado de ellos — el Gato no se olvida de nadie que haya cruzado dos palabras con él, nunca — cuando me confunden con él en la calle y son recibidos de un modo seco. Ahora se ha ido. Pasa gente a mi alrededor, por la vereda y por la calle, y cuando lo tiro, mi cigarrillo choca contra el cordón y sigue humeando sobre el asfalto. Llevándome a la

boca un pedazo de carne tibia, en el restaurant, en la misma mesa en que he comido ayer con Héctor, frente a la silla vacía de Héctor, entre ruidos acolchonados, me detengo, sin brusquedad, a mitad de camino, recordando la cara afeitada, los ojos verdes, el sobretodo gris, la escarapela: acostumbrado al error, a punto de irme, con la valija preparada al lado de la cama, el pasaje de avión, el desgaste, advierto que no haber reconocido en la esquina del banco al pintor que Héctor me ha presentado ayer, fugazmente, en el restaurant, demuestra que ser tomado por el que soy no es concebible más que como duda y error. Sacudo la cabeza, riéndome; trago el bocado. El taxi se detiene antes de llegar al puente, cuando el policía parece querer separarse de la garita y hacerle alguna seña. Con vehemencia, mirándome de tanto en tanto por el retrovisor en uno de cuyos ángulos se refleja un fragmento de mi cara, el chofer, cuya cabeza calva y oval parecía incapaz de quedarse quieta un momento, ha venido diciéndome que las explosiones han sido una medida errónea, propia del ejército, y que esas brechas quedarán sin cerrar durante años. Pago y bajo. Hasta no ver el coche dar media vuelta, después de dos o tres maniobras trabajosas, y alejarse por el bulevar, el policía no me mira. En el sol de la siesta, una cabeza más alto que yo, las manos separadas del cuerpo, la cara oscura, bajo la visera, el cuerpo cubierto por el sobretodo marrón que ciñe la bandolera, las piernas abiertas, el policía, por estar fuera de mí, parece como más nítido, más perfecto. Emplea no únicamente la mirada, sino todo el cuerpo en ver alejarse el coche negro. Ahora sus botas lustradas chasquean roncadas sobre el asfalto al girar hacia mí. Sí, salen vaporcitos y canoas para Rincón. Se baja en La Guardia, se toma una chata tirada por un tractor y después, en la entrada del pueblo, de nuevo canoas. Por hábito, se cuadra, sin ostentación, o me parece, cuando me alejo. La brisa enfría la luz en el medio del puente, plataforma débil por encima del agua, que domina todo y de la que sobresalen, intermitentes, árboles, postes, construcciones. Abajo, contra el pilar central, corrientes, visibles en la superficie, se arremolinan, rompiendo la tersura de la gran extensión líquida, mostrando crestas que se sacuden, ásperas y espumosas, como si alrededor del pilar hubiese, por así decir, un hoyo profundo en el que toda el agua viene a caer. Desde el puente, antes de salir por la otra punta, veo la construcción del Yacht Club, de tejas rojas y paredes blancas, a medio sumergir: el agua entra y sale por las puertas, por las ventanas. Del otro lado del club hay una barranca y un caminito angosto que bordea el agua, entre los árboles. Se ven soldados, gente, canoas, un vaporcito. Un oficial dirige el embarque. Hay una franja seca de unos diez metros de largo y no más de dos de ancho. Me acerco al grupo y permanezco en silencio; casi nadie habla. Hay ya algunos subidos al vaporcito. Otros se preparan para subir. Otros miran, como si no fuesen a viajar. Suena, súbito, un teléfono. Veo, entonces, que el oficial, euforizado por su trabajo y por la situación general, da un salto hacia un costado y hunde los pies en el agua y diviso, sobre una mesita alta y estrecha, en el agua, cerca de la orilla, el teléfono. Sigo con la vista el cable que va, por encima de los árboles, a perderse en el interior del Yacht Club. El oficial habla un momento por teléfono, los pies hundidos en el agua. Cuando termina, vuelve a dirigir nuestro embarque. Ahora, buscando a ciegas, después de haber dejado la costa, lo que hasta unos meses antes era el curso de un arroyo, navegamos, precarios, lentos, apiñados, en el vaporcito, el ritmo de cuyo motor se quiebra por momentos, en medio de la gran

extensión acuática de la que sobresalen matas altas de pajabrava, camalotes, y a lo lejos, de vez en cuando, árboles y ranchos ya medio hundidos. Junto a uno de ellos distingo, ya casi sin pintura, el metal del techo comido por el óxido, un colectivo sumergido en el agua. Pasamos por detrás de La Guardia, toda inundada. Desembarcamos sobre el camino de asfalto. Hay gente que espera el vapor, parada en la orilla. No se ve ningún tractor. Cuando el motor del vaporcito se para, antes de atracar, y vamos aproximándonos despacio a la orilla, el silencio es tan grande, tan vasto, que percibo, de un modo fugaz, arduo, complejo, la creciente, el éxodo, el miedo generalizado, la miseria, la muerte. Al tocar tierra tropiezo y me voy hacia adelante. Alguien me sostiene; se oyen exclamaciones y algunas risas. Muchas de esas caras oscuras, parecidas entre sí, me son familiares. Algunos me saludan. Gran parte de los que esperaban en la orilla suben al vaporcito. Soldados, un suboficial, dirigen el embarque. A un costado del embarcadero, armado rápido con madera y chapas de cinc hay, precario, un despacho de bebidas. Alguien informa que el tractor y la chata acaban de salir para Rincón y que no estarán de vuelta antes de una hora. Otros hablan de las explosiones, de los informativos, del ejército. Una familia entera, que no alcanza a subir en el vaporcito y que se queda en la orilla esperando su regreso, pide información a un soldado sobre el campamento de la Boca del Tigre. Por el modo en que le contesta, vago, rápido, indeciso, percibo que el soldado ni siquiera sabe que existe ese campamento; el conjunto de una catástrofe es un privilegio de espectadores, no de protagonistas. En el despacho de bebidas tomo ginebra, entre dos hombres que hablan en voz baja. Compró una botella para el Gato. Hay algo más que recupero, por un momento, en el sabor de esa ginebra tomada en el sol tibio que ya empieza a declinar, más que mis años ya perdidos, más que un cierto olvido y una cierta inmovilidad, un cierto reparo, y es, mezclada al olor del agua y al olor de la pobreza, algo invisible y férreo como una raíz, un alimento, una relación preexistente mediante la cual mi divorcio no es la separación de dos partes distintas que coexisten, enemigas, dentro de mí, sino el fin de un matrimonio con algo que por falta de una palabra mejor designo como el mundo. Agujas, como quien dice, de oro, todavía altas, rayan el cielo azul. Antes que el tractor, dejando oír sus explosiones débiles, irregulares, llega, otra vez, cargado de gente, maniobrando despacio para atracar, navegando por lo que antes ha sido una calle de La Guardia, frágil, antiguo, el vaporcito. Veo, con un vaso de ginebra en la mano, por entre el grupo que se ha apiñado en la orilla preparándose para subir, saltar la gente a tierra. Ahora estoy parado en la chata que remolca el tractor, trabajoso, y me aferró a los travesaños, mirando el campo a los costados del camino. No demasiado alta, almacenada, mostrando, sin embargo, en esa mansedumbre, que será la última en retirarse, el agua cubre los campos, ciñe los troncos de los árboles, golpea, imperceptible, contra las paredes, las alcantarillas, los terraplenes. El asfalto está manchado de barro, de detritus, de escombros. En Colastiné, en un trecho relativamente alto alrededor del cual el agua muerde tranquila, hay otro campamento. El tractor se para; hacia la gente que baja vienen, corriendo, niños y perros desde las carpas, y mujeres y hombres, ocupados en hervir agua, en hachar, alzan la cabeza, interrumpiendo un momento su trabajo, para mirar en dirección a la chata. Soldados andan, ociosos, entre las carpas, alrededor de las cuales se acumulan, en

desorden, cachivaches, colchones, cacerolas. Después el tractor, anaranjado, vuelve a arrancar, con el conductor, cuya espalda, cubierta por una campera de lana, se mantiene rígida delante de mí, y un soldado que lo acompaña, parado en el pescante, la cara enrojecida por el aire frío. No he tenido, en meses, del agua, ninguna impresión de violencia, sino más bien, y más todavía cuando el hábito de la creciente se instaló entre nosotros, de discreción, de placidez, de silencio, y ha sido necesario ver a los hombres en la Boca del Tigre, en Colastiné, en campamentos, amontonados frente a las pizarras de *La Región*, comentando las explosiones, los informativos, para percibir, como en ráfagas, como quien llega a zonas, las atraviesa y por fin las deja atrás, estable, la violencia. Ahora salto de la chata, en la entrada de Rincón; mis pies, flexionados, se adhieren firmes al asfalto y me yergo para contemplar el agua que cubre, rojiza, la calle ancha, derecha, a cuyos costados las casas abandonadas, de material o de adobe, nítidas en el sol todavía alto, están sumergidas hasta la mitad en el agua. El sol de las cuatro, pálido, destella débil en un cielo verdoso. Hay, a pesar de las canoas que esperan en la orilla, contra el terraplén, a pesar de las carpas diseminadas en el camino, alrededor de las cuales se mueven figuras humanas, a pesar de eso y a causa del silencio, ahora que el tractor se ha parado y que las pocas voces que suenan se esfuman casi de inmediato, difusa, en todos nosotros, la sensación, más que de estar frente a un pueblo abandonado, de llegar, por primera vez y sobre todo los primeros, a un lugar virgen, sin vida animal, sumergido en un agua ciega en la que todavía no se ha formado la vida. El hombre de la canoa, que rema frente a mí por el medio de la calle inundada, en dirección al centro del pueblo, inclinándose rítmicamente hacia adelante y hacia atrás, con un cigarrillo apagado entre los labios, girando de vez en cuando la cabeza para mirar los patios sepultados por el agua, me pregunta, después de un momento de remar en silencio, por encima del chapoteo regular de los remos que es el único sonido que se disemina en el aire verdoso antes de que se oiga su voz, si he estado en la ciudad o si he llegado únicamente hasta La Guardia, y si he ido únicamente para comprar la botella de ginebra y volver. Le digo que vengo de la ciudad. Ha hecho rápido, me responde, incrédulo. Después dice que no hubiesen debido volar el camino: que un soldado le había dicho la tarde antes que el ejército estaba preparando las explosiones y que él no había creído hasta que las oyó; que estaba durmiendo en la carpa y que no únicamente había oído el ruido sino que había sentido, las dos veces, temblar la tierra sobre la que estaba acostado. El, dice, no es del pueblo sino del norte, de más allá del Leyes, donde prácticamente no queda tierra seca. A San Javier, desde la ciudad, dice, se va en lancha; al pedo han parapetado el terraplén con bolsas de arena, porque el agua se filtró igual. Ahora está callado; avanzamos por las calles desiertas, y los remos, al golpear, levantan una marejada débil que va abriéndose a los costados, cada vez más, y choca sobre las veredas, contra el frente de las casas; donde no hay construcciones, la marejada leve atraviesa los tejidos de alambre y va a perderse, silenciosa, en el fondo de los patios, entre los troncos de los árboles. Al doblar por una calle lateral veo, de paso, por la puerta, abierta de par en par, de una casa, el agua que corre entre las patas de los muebles y, sobre la pared, a un costado de otra puerta abierta que da a una habitación interior, un espejo, y sobre él, en la pared celeste, un gran retrato oval. Y después de doblar

dos o tres veces, en completo silencio, en el cancel del crepúsculo, hacia las afueras del pueblo, adormecido más por el agua y por el atardecer que por el ritmo de los remos, sin ansiedad, sin euforia, diviso, por sobre la cabeza del hombre que se inclina hacia adelante, se yergue un momento y se inclina después hacia atrás, creciendo, aproximándose, único punto seco del pueblo a pesar de estar construida a la orilla del arroyo, sobre la barranca, nítida, compacta, con las ventanas abiertas, con alientos humanos que salen de ella aunque nadie sea todavía visible, separada del agua por muchos metros de tierra seca, en declive, un poco extraña para mí por el cambio salvaje del paisaje en el centro del cual se eleva, blanca, enorme, la casa. En el frío, parece todavía más blanca, más árida. Frente a la puerta hay algunas canoas que se sacuden un poco por la marejada que levantamos al aproximarnos y atracar. Al empujar la puerta entreabierta escucho, apagado, el tableteo lento de una máquina de escribir. Ahora que he atravesado el primer cuarto veo, en el segundo, a la luz de una lámpara a querosén, rígido sobre la silla, contemplando la hoja puesta en la máquina, las manos elevadas a punto de golpear las teclas, la figura de Washington, cuya cabeza blanca, brusca, se mueve hacia mí, sin sobresalto. Se queda mirándome un momento, fijo, sin parpadear, mientras avanzo hacia el interior de la esfera de claridad que difunde el farol. Creí que era el Gato, dice Washington, tendiéndome una mano huesuda, reseca, que retira en seguida. Le pregunto como está. Ya lo ve, dice. Del patio llegan un grito de niño, una risa, voces. Es la familia de don Layo, dice Washington. El Gato los ha alojado, lo mismo que a él: no han querido parar en la casa y tienen unas carpas del ejército. Han perdido todo, esta vez, dice, porque la isla está bajo agua. Se queda en silencio. La decepción al comprobar que era yo y no el Gato ha de mezclarse en él al sentimiento de ser un intruso, simplemente porque, a sus ojos, mi amor, mi veneración, que pudo haber sido en otros tiempos más grande que la del Gato, tiene el defecto de no ser la del Gato. Baja los ojos, jugando con el mate ya frío que está sobre la mesa. El Gato, me dice, circunspecto, ha ido a la ciudad, para verme: estará de vuelta a las seis. Pero a las seis sale también, por última vez en el día, el tractor hacia La Guardia, donde combina con el último vapor. Le digo que siga trabajando, que yo esperaré. Lo contemplo de un modo fugaz, dos o tres veces, mientras escribe a máquina. Ahora está sentado en esa silla. Ya no está, como la última vez que lo he visto, en noviembre, en el patio de su casa, con un mate en la mano, parado cerca del Gato y de Tomatis, hablando de los fundamentos Tendai, bajo el sol fuerte, contra un fondo, fresco y florecido, de paraísos y laureles. Ahora está sentado frente a mí. Suenan las teclas de la máquina, golpeando contra la hoja blanca, en un clima de circunspección. Es, frente a mí, con su cabeza blanca, su cara reseca, color tierra, a pesar de su camisa de lana a grandes cuadros rojos y blancos bajo cuyo cuello entreabierto asoma la camiseta de frisa, a pesar de sus movimientos joviales que todos le conocen y que reduce en mi presencia, a pesar de lo invisible del tiempo que ha vivido, o quizá sobre todo por eso, en el que ha sido niño, adolescente, adulto, a pesar de su vida múltiple, sentado frente a la máquina, sin anteojos, pulcro, extravagante, un anciano. Continúan llegando, de a ráfagas, desde el patio, rápidas, las voces, y cuando la máquina se para y Washington queda con las manos suspendidas en el aire, sobre el teclado, la mirada fija en la hoja de papel, se hacen más altas, más nítidas. Ahora

estoy parado en la galería del fondo, viendo las carpas diseminadas en el patio, entre los árboles, y entre ellas, una fogata, cuyas llamas más altas son más altas incluso que las carpas, expande un resplandor rojizo en el aire todavía claro. Me ha saludado, don Layo, entre el tumulto de sus sobrinos y de las mujeres que preparan ollas, pavas, en las proximidades del fuego. Después ha desaparecido en el interior de una de las carpas. Cinco o seis perros merodean en los fondos, detrás de las carpas separadas de la galería por una gran extensión de terreno abierto en la que no hay ni siquiera árboles, sembrada de baterías de auto medio enterradas en la tierra y entre el pasto amarillento, las puntas de cuyas hojas han sido calcinadas por el frío. Hombres, carpas, árboles, confusos, apagándose con el día, están envueltos y como amortiguados por una penumbra lila, ahora que he salido otra vez con un vaso de ginebra en la mano y me paseo por la galería mientras oigo, atenuado, parándose por momentos y recomenzando otra vez, intermitente, débil, dubitativo, el tableteo de la máquina que llega, de a ráfagas, desde el interior de la casa. Nuestras dos sombras se proyectan, silenciosas, contra la pared blanca, enormes. Acaba de decirme que el Gato, salvo que encuentre medios excepcionales, ya no vendrá. Para poder llegar, dice, debería existir la posibilidad, remotísima, de obtener permiso de la policía o del ejército para atravesar, a pie, de noche, el puente colgante, y la posibilidad, después, de que salga, excepcionalmente, alguna embarcación particular desde el Yacht Club para La Guardia, y además caminar desde La Guardia hasta la entrada de Rincón, y conseguir que alguien lo traiga en canoa desde la entrada del pueblo hasta la casa, en plena noche, lo que obliga, se quiera o no, a descartar de antemano la idea de que pueda volver esta noche. Toma un largo trago de ginebra, uno más corto, deja el vaso sobre la mesa, introduce un cigarrillo, parsimonioso, en la boquilla negra, muerde la boquilla sobándola un poco con los labios mientras busca los fósforos sobre la mesa, enciende el cigarrillo, echa una bocanada de humo, deja los fósforos otra vez sobre la mesa y retirando la boquilla negra de entre los dientes, apoyándola sobre el borde de la mesa y sacudiendo la mano frente a su cara para dispersar el humo, emite una sonrisa breve y agrega que si bien todo indica que ya no vendrá puede muy bien suceder lo contrario, porque con el Gato, yo lo sé por otra parte muy bien, nunca se sabe. Ahora estoy sentado frente a la máquina de escribir, las manos elevadas sobre el teclado, esperando que Washington me dicte. Si cuando suene su voz, y yo me incline rápido, golpeando las teclas con la yema de los dedos, alguien entrase, viéndonos, sin saber, desde el marco de la puerta, alzando la mano para saludarnos, afables, creería, y seguiría creyéndolo si no lo sacáramos del error que soy, inclinado sobre las teclas, otro. Y yo mismo, en el momento en que comienzo a golpear, va cío de prevención, despecho, miedo, indiferencia, dedicado sencillamente a escribir, me suspendo, borrándome, sin ser yo, y teniendo, por un momento, si no la posibilidad de ser otro, la certeza, por lo menos, de no ser nadie, nada, como no sean las frases que vienen de la boca de Washington y pasan a través de mí, de mis brazos, salen por la punta de mis dedos y se imprimen, parejas, en el papel acomodado en la máquina. El humo de nuestros cigarrillos va llenando la esfera de luz que expande el farol y de afuera no nos llegan ni ruidos, ni voces, ni el horizonte de sonido animal, polifónico, que el agua empuja, como quien dice, según Washington, hasta las franjas secas, donde lo almacena. No hay, ahora que

Washington, absorto en el texto de la traducción que me dicta, no piensa ni en mí ni en el Gato, sino únicamente en las frases que va puliendo con la mirada fija en su cuaderno mientras arruga la frente y arquea, reflexionando, las cejas blancas, más que mi convicción, debilísima, mi certeza, pobre, para sostener que no he estado todo el día aquí, sentado frente a la máquina de escribir copiando la traducción de Washington, y que en cambio he debido llegar hasta aquí hace unas horas, en lancha, en un tractor anaranjado, en canoa. Únicamente yo conservo, débil, confusa, dispersa, la llamita encendida, que ahora, de gol pe, en el momento en que me pongo a releer, a pedido de Washington, una frase ya escrita, cuando mi atención se desplaza, insignificante, se apaga. Salgo de eso pensando que estamos los dos afuera de algo, que algo nos ha despedido dejándonos afuera y cerrando la puerta por detrás, a costa de una oscuridad, aún cuando estemos, y quizá los únicos, en el punto negro de la noche repleta de agua, expuestos en plena luz, áridos y lentos, como para ser observados. En esa exterioridad yo no estoy; está, aunque ausente, el Gato. Ahora Washington está dictándome: Una buena obrera una buena obrera no hace con el huso más que cinco una buena obrera no hace con el huso mas que cinco puntos por minuto coma más que cinco puntos por minuto coma por minuto coma mientras que ciertas máquinas circulares mientras que ciertas máquinas circulares de tejer hacen treinta mil en el mismo tiempo treinta mil en el mismo tiempo punto mientras que ciertas máquinas circulares de tejer hacen treinta mil en el mismo tiempo punto Cada minuto de la máquina Cada minuto de la máquina equivale entonces Cada minuto de la máquina equivale entonces a cien horas a cien horas equivale entonces a cien horas de trabajo de la obrera punto y coma cada minuto de la máquina equivale entonces a cien horas de trabajo de la obrera punto y coma o bien cada minuto de trabajo o bien cada minuto de trabajo o bien cada minuto de trabajo de la máquina le permite a la obrera le permite a la obrera diez días de reposo punto diez días de reposo punto le permite a la obrera diez días de reposo punto Ahora voy caminando detrás de Washington, que lleva el farol, con la botella de ginebra y los vasos, siguiéndolo en dirección a la cocina, atravesando, detrás del farol que se balancea y que produce un movimiento irregular y continuo de sombras y luces alrededor, dos de las grandes habitaciones blancas, casi vacías. Ahora Washington corta, en tajadas finas, una cebolla sobre el fogón mientras yo voy pelando, el cigarrillo colgándome entre los labios, una tras otra, y metiéndolas en una olla llena de agua, papas que ahora comienzo a secar y a cortar en tajadas para echarlas en el aceite que crepita en la sartén negra, sobre el fuego. Nacido del vientre de una mujer, alimentado por dos grandes tetas blancas y amparado en la falda dura y contra el vientre amplio de su madre, en los años de su infancia, obsesionado durante la adolescencia por el delirio de los cuerpos de las mujeres, casado, divorciado, vuelto a casar y a divorciar, padre de una hija, frecuentador de prostitutas a los sesenta años, rodeado de mujeres como un estambre de pétalos, Washington no parece, ahora que está inclinado sobre el fogón, mientras corta la cebolla, ni andró-

gino ni hermafrodita sino asexuado, como si la compuerta del sexo se hubiese cerrado para él, en él, y ahora fuese, al mismo tiempo, una pareja de ancianos conviviendo al fin, tranquilos, reconciliados, en el mismo cuerpo. Y en la comida, ahora, separados por el pan y la botella de vino, veo, firme, su vejez. Mastica despacio, erguido, ascético, sin que ni sus manos ásperas, arrugadas, ni sus labios llenos de estrías, se manchen, se vuelvan brillosos por la grasa. Condesciende a hablar, aunque no soy el Gato. Sos tiene el vaso de vino en el aire, masticando, serio, y afirma: viajar, ya lo veré, es pasar de lo particular a lo universal, y a medida que uno va viajando lo particular va volviéndose universal y lo universal, particular; no hacen, dice, más que cambiar de lugar. Ahora está dejando el farol sobre la mesa, cerca de la máquina de escribir. Yo lo contemplo; puedo, si quiero, me di ce, dormir, aunque más no sea unas horas, en la cama del Gato; don Layo, a la mañana, me llevará hasta el camino. Desde la cama oigo la máquina, en el otro cuarto. Sobre la mesa de luz arde, tranquila, una lámpara; ni titila. Echado boca arriba, mientras fumo, extendiendo, sin mirar, la mano hacia la mesa de luz y recojo el vaso alto de ginebra. Me incorporo para tomar un trago. Ahora la máquina no se escucha. No se oye nada. Sin oír nada, se sabe que se está dentro del punto negro del presente, un grano de arena, como quien dice, en la esfera lunar, el punto negro del presente que es tan ancho como largo es el tiempo entero, en la cama de otro. Y ahora, en el sol, en el corredor de atrás, veo los chicos jugar contra las carpas y el humo, mientras escucho a don Layo que chupa el mate, un pie apoyado sobre una de las baterías de auto medio enterradas: le han dicho, sí, de las explosiones; en cuanto a la isla, está toda bajo agua. Un perro negro salta dos o tres veces a la cara del viejo y después se tiende a sus pies. Don Layo vuelve a llenar el mate y me lo ofrece. Washington sale de la casa, con su propio mate y otra pavita. Quedo entre dos viejos que hablan, tranquilos, de una catástrofe que, en cierto modo, ni los roza, yo, que me alejo de ella casi temblando. Dos viejos que hablan serenos, respetuosos, y que han tenido tiempo, pagándolo con sus años, de llegar a este punto en el que, rodeados por el agua que sube, y que incluso seguirá subiendo, están parados, firmes, pulidos, como huesos, mateando en el sol frío de la mañana, más cálido, paradójicamente, que el de las doce. No dan, sin embargo, como quien dice, ninguna lección. No dan nada. Más exteriores que la casa, los árboles, el humo, y más fugaces, no sacan, ni siquiera para ellos, ninguna conclusión. Ahora miro a Washington chupar el mate, retirar la bombilla de la boca, tragar, y traga para él, en él, mientras don Layo, mirándolo, esperando, me tiende otra vez el mate lleno. Trago a mi vez, del otro mate. Vaya echarle un vistazo a la paré de los federados, cuando llegue, me dice, en la puerta, mientras estoy subiendo a la canoa. Le respondo que iré. Dele saludos a su mamá, me dice don Layo, cuando me deja en el camino. Y después, otra vez, en sentido inverso, parado en la chata que tira, lento, el tractor anaranjado, recorro el camino, viendo como se alejan, desvalidas, entre los perros, los niños, el humo, oscuras, las carpas. Y después: La Guardia bajo el agua, el puente, la ciudad. Atravieso, como quien dice, un lugar inmóvil del que creo, porque viajo, que va quedando atrás. En la galería, Elisa, con un vestido azul, está sentada ante una mesa en la que hay dos pocillos, vacíos. Se volvió a Rincón, me dice. Me siento frente a uno de los pocillos; Elisa está sentada frente al otro. Te anduvieron buscando ayer, con Tomatis, dice.

Me mira. Piensa que, sin embargo, no soy el Gato. Me pregunto qué es lo que tiene que ir a hacer a Rincón, dice. Washington está con él, digo yo. En el silencio que sigue, monótona, la voz del propietario comienza a llegar hablando, desde detrás del mostrador, con la cajera. La cara correosa de Héctor, detrás de la pipa, aparece por el corredor de la galería, y cuando se sienta con nosotros, Héctor, después de darme dos golpes suaves en el hombro, pregunta por el Gato: alguien, dice, le ha dicho que lo han visto ayer por aquí. Se volvió esta mañana. Ha debido venir a despedirse de mí, digo. Elisa dice que hay que pasar a buscar a los chicos a la salida de la escuela. Héctor le da las llaves. No creo que yo pueda ir esta noche a la estación, dice Elisa, parándose. Siento, por última vez, contra mi mejilla árida, la suya, lisa, fugaz, fría, cuando me paro y la rozo, como despedida, mi mejilla izquierda contra su mejilla derecha, después de haber rozado, rápido, durante una fracción de segundo, mi mejilla derecha contra su mejilla izquierda. Héctor está mirándome mientras sigo parado, viéndola atravesar la puerta vidriera, entrar al corredor, desaparecer entre los locales iluminados, pensando, sin precisión, vagamente, que no es el amor lo que despierta la nostalgia, sino, más mecánicamente, la experiencia, la percepción, la familiaridad con lo que incluso nos rechaza, rodeándonos, inerte. Ahora estamos los dos parados en el sol, en la vereda, la pipa que sale de la cara correosa dejando subir una columna de humo débil entre la gente que pasa y que debe, distraída, desviarse para superar el punto de la vereda que interceptamos con nuestros cuerpos. Ahora, después de haber rechazado la invitación para ir a almorzar que me ha hecho, diciendo que debo ir a mi casa a preparar un montón de cosas, después de habernos despedido hasta la noche en la estación, cruzo la calle soleada, gano la otra vereda, camino entre el rumor del centro como sumergido en un río trasparente, opaco, continuo, en dirección a mi casa. Ahora estoy en el dormitorio, parado entre las dos camas, viendo la del Gato, deshecha, y la mía intacta. Sobre mi almohada hay una nota: No te encontré por ningún lado. No habrás ido a Rincón. Te estuvimos buscando con Tomatis. ¿Qué me contás de las explosiones? Volví pronto que en una de esas no encontrás nada. Mándame tu dirección en seguida así te escribo. Abrazos. Gato. Otrosí digo: como no nos alcanzaba para pagar la cuenta —comimos en El tropezón— firmé la boleta con tu nombre. No te preocupes que Tomatis va a pasar a pagar apenas cobre. Más abrazos. Ahora estoy mirando la municipalidad blanca por la ventana. Se hunde, como quien dice, en el cielo azul. Es un solo bloque blanco que relumbra al sol de las doce. Y yo estoy parado, mirándola. Yo estoy parado ahora al lado del escritorio del Gato mirando el bloque blanco de la municipalidad que relumbra en el sol de las doce y que se hunde, como quien dice, en el cielo azul. He llegado esta mañana de Rincón, he estado con Elisa y con Héctor en el bar de la galería, he venido caminando hasta casa, he estado en el dormitorio viendo la cama desarreglada del Gato y la mía intacta, he leído la nota que me ha dejado sobre la almohada, y ahora estoy parado al lado de su escritorio, mirando a través de la ventana el bloque blanco de la municipalidad que relumbra al sol de las doce y que se hunde, como quien dice, en el cielo azul. Masticando con dificultad, despacio, escuchando mi relato impreciso sobre la familia de Layo y la isla inundada, sin demasiada fuerza, mi madre, más joven que su cabeza entrecana que le da el aire de una actriz madura maquillada

para representar a una anciana en la televisión, disimula, bajo una pátina delgada de resignación, cierta indiferencia. Una suerte de cansancio le impide mostrar más efusión. De ese embarazo nos saca, súbito, el teléfono. La sirvienta viene a decir que es para mí. Estoy tragando un bocado cuando alzo el tubo y escucho la voz de Tomatis. Esto, dice, se hunde. Se hunde. Sigue creciendo. Esta noche van a volar más terraplenes. Dichosos los que se van. Le digo que he estado en Rincón para ver al Gato y que el Gato, en cambio ha venido a comer a la ciudad con otros atorrantes. Tomatis se ríe: él le ha sugerido, dice, que yo podía haber ido a Rincón. Bueno, Pichón, dice Tomatis, por última vez: desistí de ese viaje absurdo. Te prometo, a cambio, para lavar tus pecados, agua, mucha agua. Tus limitaciones, le digo, son las mismas que las del demonio: no tiene poder más que para tentar. Único poder real, dice Tomatis: el resto es pura demagogia. El será también de la partida, para eso ha llamado, dice, esta noche, a las doce menos diez, en la estación de ómnibus, y entre el final de su frase y el sonido del aparato al cortarse la comunicación, hay un silencio, una vacilación, algo impreciso, como si la voz, ya desvanecida, estuviese, infructuosa, tratando, indecisa, de decir algo, y no, de ningún modo, para rectificar, para ir más lejos, para consolar, sino simplemente, y de un modo casi mecánico, para continuar un poco hablando, para llenar, con un corte, la duración, que no es más que un momento al que la voz, fragmentaria, se adhiere, así como mi madre, ahora, en seguida, demora en terminar la comida, me ofrece dulce, una naranja, café, de modo de adherir algo neto, preciso, formal, a la duración sin medida que no es, si se quiere, más larga que un momento, y ancha, sin embargo, como el tiempo entero. Ahora estamos sentados los dos frente a la luz azul acero del televisor, viendo el informativo. Sigue subiendo, e incluso seguirá subiendo, dice el informativo. Vemos soldados evacuar, por el norte, un barrio entero: catres, colchones, calentadores, animales, niños, pasan, precarios, a lanchas, a camiones, se recortan, en fila india, sobre terraplenes, rodeados de agua, contra un fondo de árboles desnudos y ranchos semiderruidos y sumergidos hasta la mitad en el agua. Vemos, por el lado de la costa, una cinta más clara y casi imperceptiblemente más serena que las dos grandes planicies que la aprietan, tomadas desde el cielo, las brechas, y al costado de la primera, como achatados contra el pavimento y los escombros, el coche negro y dos figuras humanas. Después que la imagen se esfuma me reconozco, retrospectivamente, parado al lado de Héctor que contempla, inclinado, el agua de las brechas. Ahora vuelven a verse las brechas, vacías, siempre desde lo alto, y la imagen avanza, comiendo el camino, el agua, dejándola atrás, hasta que se ven los mástiles del puente colgante cuya plataforma, vista desde arriba, parece ya a ras del agua; en la boca del puente, saliendo, lento, en dirección al bulevar, un coche negro – nosotros – y las primeras casas. Me levanto, interceptando, por un momento, la imagen azul acero. Atravieso, despacio, la antecámara, el dormitorio, y veo, desde la ventana, en la pantalla de los seis televisores, otra vez, la imagen azul acero mostrando, achatadas, desde arriba, a un costado de las brechas, dos figuras humanas, Héctor y yo. Después me recuesto y fumo, en silencio, con el cenicero en el pecho mirando, sin verlo, el cielorraso. No pienso, propiamente hablando, durante quince minutos, mientras fumo, en nada. Soy, por así decir, el centro, la pared blanca, donde ondulan, como banderas, imágenes. Ahora estoy pasando otra vez frente a la

pantalla azul acero que titila, interceptando, durante un momento, con mi cuerpo, la visión de mi madre que se remueve, ligeramente molesta, en su asiento. Ahora, parado, inmóvil, estoy otra vez mirando la municipalidad blanca que se hunde, como quien dice, en el cielo azul. Un hombre, chiquitito, visible únicamente del torso para arriba, camina al sol, en la terraza, borrado hasta la mitad por el parapeto blanco. Se apoya un momento en él y mira para abajo. Es más fácil, así, a la distancia, estar parado, mirando hacia abajo, sin vértigos, recuerdos, sin el viento frío que ha de golpear, allá arriba, y más ahora que la luz comienza a declinar, de a ráfagas, sus mejillas. Está como a sus anchas, compacto, contra el cielo. No pareciera subir nada, desde el fondo de sí mismo, a su cabeza, ni subir tampoco, hacia los músculos, la piel, el rumor, inestable, continuo, de las entrañas que trabajan, complejas, en la oscuridad. Avanza, perfecto, opaco, indestructible, media figura oscura emergiendo del parapeto blanco, en la terraza, y ahora que giro en dirección a mi escritorio desaparece, se vuelve un recuerdo nuevo que traigo conmigo y que comienza a bajar, como un alimento, hacia el nudo de combustión de la memoria que lo tritura, lo mezcla, lo pule, lo almacena en un gran recinto móvil en el que todas las cosas, cambiando sin embargo de tamaño y de lugar, permanecen. Voy, del tercer cajón del escritorio, abierto, sacando papeles, rompiéndolos sin mirarlos y dejándolos caer en el cesto de mimbre. Estoy en eso cosa de media hora. Miro, de vez en cuando, las macetas en el patio estricto, cegado por paredes amarillas. Y ahora estoy otra vez interceptando, fugazmente, con mi cuerpo, la imagen azul acero, que titila, en la habitación que a medida que avanza la tarde va poniéndose cada vez más fría y oscura. Los brazos cruzados sobre el pecho, la cabeza entrecana, demasiado lisa y bien peinada y pareja como para aparecer natural, inmóvil y medio levantada en dirección a la imagen titilante, mi madre me pregunta, distraída, sin escuchar mi respuesta afirmativa, lacónica, si tengo ya todo listo. Ahora voy acomodándome el cuello del sobretodo mientras bajo, despacio, las escaleras. Al abrir la puerta, el rumor de la ciudad, homogéneo, se hace más variado y más fuerte de lo que ha estado llegándome mientras bajaba, acomodándome sin apuro, y sin éxito, el cuello del sobretodo. Me ciñe, innumerable, la ciudad. Es más que las veredas derechas, grises, por las que camino, más que las vidrieras de los negocios, abarrotadas y diversas, que voy flanqueando, que la gente que viene caminando en dirección contraria por la misma vereda, por la vereda de enfrente, que pasa al lado mío rozándose levemente, que cruza la calle, que se para frente a las vidrieras y a los quioscos de cigarrillos, que me mira pasar desde el interior de los bares, que pasa manejando automóviles, más que las casas amarillas, blancas, grises, de una o dos plantas, y que los ómnibus y los coches que se amontonan en las calles principales y esperan la señal de los vigilantes, con el motor en marcha, más que los sonidos, los barrios, los olores, más incluso que los recuerdos entrecruzados en un espacio común que no es sin embargo el mismo que los cuerpos atraviesan, más que los baldíos, que el agua que sube, lenta, rodeándola, más que el material opaco siempre presente a la mirada y refractario sin embargo a la memoria entre el que avanzo moviendo los brazos y las piernas como si nadara, con los ojos abiertos, en un agua pétrea. Ciudad sin memoria, los que recuerdan, en tus calles derechas como destinos, erróneos, funestos, se equivocan, compongo, tratando, infructuosamente, de memorizar mientras

llego, a paso lento, a la estación de ómnibus. En tus calles derechas, corrijo, continuo, como rayos, erróneos, funestos, se equivocan. Cruzo los andenes, manchados de lubricante, pasando entre grandes ómnibus amarillos y rojos. Suenan, confusos, perentorios, altoparlantes. Hay montones de valijas entre los quioscos de revistas y cigarrillos. Discuto durante unos minutos, inclinado ante el hueco de la ventanilla y consigo, por fin, urgido de un modo discreto por una cola impaciente, cambiar el pasaje. Y ahora estoy otra vez, el humo del cigarrillo mezclándose al más débil, más transparente, del café, parado frente al mostrador del bar de la galería, de espaldas al patio lleno sobre el que la claridad fría del fin de la tarde cae monótona, y a la caja de guardapolvo verde las yemas de cuyos dedos prolijos rozaron la palma de mi mano en el momento de darme el vuelto de cien pesos. Los que recuerdan, establezco, por fin, desgano, flojo, sabiendo que olvidaré, en tus calles derechas como destinos, erróneos, funestos, crédulos, se equivocan. Y ahora estoy otra vez subiendo las escaleras de mi casa, desembarazándome del sobretodo, interceptando otra vez con mi cuerpo, durante un momento, la imagen azul acero que titila en la habitación cada vez más oscura, percibiendo otra vez, al pasar, la cabeza blanca de mi madre que se sacude un momento, se hace a un lado, para recuperar sin pérdida de tiempo la imagen que yo he tapado. Ahora están la valija y el bolso de mano, azul, sobre la cama. Veo, por la ventana, en la vereda de enfrente, repetida seis veces, en dos hileras de tres, una encima de la otra, la cara de un hombre que habla y después de un cambio rápido, repetida también seis veces, otra cara, la cabeza cubierta con una gorra militar. Me paro un momento a escuchar cuando voy pasando del dormitorio a la biblioteca: es un coronel que informa a la población: sigue subiendo, e incluso seguirá subiendo. Estan evacuando la Boca del Tigre, Barranquitas. Habrá nuevas explosiones. Y empiezan, después, mudas, las imágenes: camiones del ejército que avanzan, oscuros, por una avenida, que tuercen por calles laterales, en un convoy monótono, que se dividen, al llegar a una esquina, en dos hileras que llevan dirección contraria; una gran extensión de agua de la que emergen, medio tapados, endebles, ranchos; carpas del ejército amontonadas en un enorme baldío, entre las que unas mujeres reunidas en círculo, vestidas de negro, hablan con dos soldados; otra vez, en detalle, sacudiéndose con un ritmo regular, comiendo el borde, reforzado con bolsas de arena, de un terraplén, firme, apacible, el agua. Y de nuevo, desde el aire, la cinta más clara del camino entre las dos extensiones interminables y al costado de las brechas, un poco más acá del coche negro abandonado en el medio del camino, con las puertas abiertas, dos figuras irreconocibles, achatadas, y en seguida, también desde arriba, los mástiles del puente colgante y su plataforma en cuyo extremo, en la entrada a la ciudad, el coche negro de Héctor va saliendo despacio y entrando, con maniobras, en el bulevar. Otras imágenes, espontáneas, me acompañan cuando entro, quizá por última vez, al escritorio y me siento, mirando el patio cegado por las paredes amarillas y las macetas en las que los helechos empiezan ya a fundirse o a borrarse en la penumbra: la casa blanca, árida, al sol de enero, y el río, desde el que el Gato sale chorreando agua, pasando, estrecho, dorado, en dirección al sur; Washington hablando, mientras el humo de su cigarrillo sube en el sol, de los fundamentos Tendai — primera proposición: el mundo es irreal; segunda proposición: el mundo es un fenómeno transito-

rio; tercera proposición, y, atención, la fundamental: ni el mundo es irreal ni es un fenómeno transitorio — cerca del Gato y de Tomatis, contra un fondo, fresco y florecido, de paraísos y laureles; y por último, móvil, armoniosa: el Gato, bajando, recién bañado, las escaleras, en mangas de camisa, una gota de agua cayendo desde el pelo aplastado por la frente quemada por el sol, el olor, crudo y salvaje, del río, impregnado todavía a su cuerpo, más fuerte que el del jabón y el del verano, llegando después, tan idéntico a mí que saluda dos o tres veces con la mano, de una vereda a la otra, a algunos tipos que lo han confundido conmigo, a una esquina del centro donde se para, fumando. No es, compongo, me doy cuenta, ni el amor, ni la nostalgia, ni ninguna raíz elemental lo que convoca, brillantes, estas imágenes, sino el misterio del tiempo, del espacio, sus operaciones inertes, densas, sólidas, más puras y más nítidas, más reales que nuestra adhesión, débil, compongo, como la sombra, acribillada de luz, de un árbol sobre el río; y así de espesa. Más aguerridas, más fuertes, las calles, las casas, amarillas y grises, parejas, sobre el cimientado del planeta, en las mañanas, en las tardes, no habrán de tener, como quien dice, más rastros que el del tiempo del que están hechas, hacia el exterior, para nadie, constantes, ciegas, refractarias, mojadas de vez en cuando por el péndulo de la lluvia, calcinadas regularmente por el vaivén del verano, ahora que me levanto en el oscurecer y voy, silencioso, a la cocina, para ver humear, frente a mi madre, del otro lado de la mesa, mi plato de sopa. No hablamos casi, separados por el mantel a cuadros blancos y verdes, el pan partido en dos, la soperita que brilla a la luz de la lámpara y humea, la botella de vino a medio llenar y los vasos llenos, los platos blancos de loza gruesa, la carne, la pimienta, el aceite, las naranjas, la sal. Es cuando le digo que he cambiado el pasaje, que viajaré a las diez en vez de hacerlo a medianoche, que sacude, sin efusión, la cabeza entrecana, demasiado cuidada como para parecer natural, hipa dos o tres veces, y se echa a llorar. Es un llanto de segundos, que enrojece su cara y pasa en seguida. Y ahora estoy poniéndome el sobretodo, acomodándome el cuello, recogiendo el bolso y la valija después de haberme despedido, bajando despacio las escaleras y llegando a la calle justo para ver tres camiones del ejército, en hilera, venir desde la oscuridad, pasar bajo la luz de la esquina, idénticos, lentos, y continuar envueltos en la oscuridad de la próxima cuadra. No pienso en nada, no compongo nada. Y no son, por otra parte, las calles, las esquinas, los letreros, lo que, mientras camino hacia la estación, va quedando atrás, retrocediendo, sino yo, más bien, lo que se borra, gradual, de esas esquinas, de esas calles. El ómnibus verde espera, semivacío, iluminado por dentro, en el andén. En el quiosco de revistas compro *La región*: sigue subiendo e incluso seguirá subiendo. Hay, entre otras, una fotografía borrosa, tomada desde el aire, de las brechas: las grandes extensiones blancas, la cinta un poco más oscura sobre la que se ve un coche negro, con las puertas abiertas, como abandonado, y al costado de las brechas, franjas desiguales de una negrura árida, dos figuras achatadas, vestidas de negro. Es exactamente cuando pongo el pie en el estribo, el pie derecho en el estribo, alzando con la mano izquierda el bolso azul en el que he guardado el diario, que suena, súbita, lejana, la explosión. Vibran los vidrios, los metales, fugaces, del colectivo. Atravieso, como quien dice, entre un murmullo de comentarios discretos, el pasillo, buscando mi asiento. Hay todavía como un eco, vago, de la explosión en mi cabeza. No es ningún

recuerdo, es demasiado fresco todavía como para ser algo más que un residuo, ya delgadísimo, de percepción. Y ahora, el colectivo iluminado por dentro arranca, despacio, va, como quien dice, porque soy yo el que está arriba, dejando atrás la estación, las calles del centro, como un nudo de luces rojas, verdes, azules, amarillas, violetas, las esquinas, las casas parejas, monótonas, de una o dos plantas, los parques entreverados en la oscuridad, las avenidas humildes, los barrios diseminados entre los árboles, la ciudad que va cerrándose como un esfínter, como un círculo, despidiéndome, dejándome afuera, más exterior de ella que del vientre de mi madre, y ella misma más exterior, con todos sus hombres y los recuerdos y la pasión de todos sus hombres que se mezclan, sin embargo, en una zona que coexiste, más alta, con el nivel de las piedras. Nos paramos, antes de llegar al control, detrás de una hilera de camiones militares. Del otro lado de la avenida está el estadio de fútbol, y más acá, en el enorme baldío que separa el estadio de la avenida, las carpas tendidas en desorden, más oscuras que la noche helada que las envuelve y más bajas que la punta de las fogatas que arden, dispersas, en los claros y que forman unos círculos áridos, móviles, de luz amarilla en la oscuridad. La luz en el interior del colectivo se apaga: alguien, *algo*, contempla o mejor dicho mira, o, mejor todavía, *ve*, a través del vidrio frío, el basural, el amplio invierno, las carpas mudas, las fogatas, y unas sombras anónimas que se mueven en la proximidad del fuego, pilas de objetos sin nombre almacenados en desorden, cuerpos, más densos, como las carpas, que la noche, pero más altos, a veces, que las llamas, cruzar la intemperie negra que ha de estar impregnada del olor del agua, y en la que han de sacudirse por momentos, con un ruido de llamas, los paños rotos de las carpas y el rumor de los camiones, y el cristal de la escarcha y el grito de las bestias acumuladas en las franjas angostas de tierra todavía firme. Arrancamos. Suena la segunda explosión. Entro en la Boca del Tigre.

1971

Argumentos

(1969-1975)

a Arnaldo Calveyra

Pensamientos de un profano en pintura

Reflexiono más sobre los marcos que sobre la pintura. Mi predilección: los retablos y el Vía Crucis. Entre estampa y estampa, en el Vía Crucis, está la pared vacía. No se valora en su justa medida al marco, que contiene la magia patética del sentido sin permitir que se derrame por los bordes hacia el mar de aceite de lo indeterminado. El marco nos enseña que Cristo fue crucificado, nos conserva su sacrificio y nos ahorra la confusión de sus vacilaciones, de su testarudez y de su miedo. Al marco le debemos la perspectiva, perfiles perfectos, y la victoria más sorprendente de la pintura, la abstracción concreta.

El ordenanza del museo municipal me cree loco, porque me la paso mirando la pared vacía. Parece blanca en el sentido del rojo blanco: el rojo, símbolo del calor y de la pasión, se vuelve invisible a fuerza de abundancia y de exceso. Tanto sentido junto se neutraliza y enceguece y entonces nos parece indigno mirar. ¿Cómo explicarles una cosa semejante a mis amigos pintores? Todo cuadro se me presenta como una pared blanca que ha sido atenuada, disminuida. La palabra cortada también puede servir, como cuando la usamos para decir que se corta el vino con agua. Por lo tanto, el arte de la pintura es para mí el arte de la reducción. Honremos al marco, porque saca de lo uniforme la variedad de la pasión. El arco iris reina en el cielo por un momento y después se va, al atardecer, en los brazos de una noche más negra y más pareja que el fuego.

De una discusión literaria

Empezamos a la mañana bien temprano. Cuando siete horas más tarde discutíamos todavía después de almorzar, algo había en la habitación en la que estábamos que ahora era diferente, y no hablo de la luz que desde luego había cambiado, ni del humo de los cigarrillos, ni de las anotaciones y los dibujos abstraídos manchando ahora las hojas que habían sido blancas. ¡Discusiones en el cancel del verano! Sé a qué me estoy refiriendo, pero por más que trato no lo puedo decir. Es un estado del mundo demasiado incierto y banal como para que alguien se haya puesto a inventar una palabra adecuada que lo nombre. Tal vez en realidad no está pasando nada y yo,

por puro vértigo, me estoy dedicando a instalar lo innombrable en el centro mismo de la nada. Pero pongámosle que algo pasó: ni el humo, ni los papeles, ni la luz, ni las mesas, ni los hombres, ni los temas de discusión éramos los mismos que a las nueve de la mañana. Variante barroca: no hubo nunca mañana o sea está este momento solo, la palabra *estuvo* es únicamente real cuando se la pronuncia (vale decir no es más que ruido), y ahora no hay más que el gran espacio amplísimo en el que todo está nítido, según lo veo ahora, acabando de brotar y hormigueando y al que llamamos el presente.

Bien empleado, un solo ejemplo puede servir para sugerir la diversidad, incluso lo infinito. Miembros de una comisión de cultura, discutimos la posibilidad de difundir y reactualizar para el público de la ciudad la obra de un clásico, digamos Cervantes. Partimos de la idea básica de la importancia del Quijote, producto de dos datos fundamentales. El primero, por decir así de orden histórico, es la gran envoltura en el interior de la cual nacemos y a la cual llamamos el mundo, una de cuyas partes es la opinión general de que el Quijote es una obra maestra. (Otra de sus partes es el Quijote, naturalmente.) El segundo dato es nuestra lectura del Quijote. Me gusta comparar esa lectura a las veces en que me he quedado jugando con un espejo durante horas, haciendo refractar contra su cara lisa la luz solar y llenando la habitación de manchas móviles de luz y de destellos deslumbrantes. Siete horas después de empezar, los dos supuestos se han alejado tanto de nuestra experiencia inmediata que sin atreverme a afirmar que se han borrado sostengo, sin embargo, que su relación con nuestro debate es la misma que mantienen los cimientos de una casa con su estilo y con la disposición de sus cuartos; los sostienen pero ya nadie los ve, nadie los ha visto nunca aparte de los albañiles que los han echado. En la boca del túnel de tiempo cálido que transcurrió desde esta mañana, lo que el mundo sabe de Cervantes y del Quijote está ahora empastado, denso, sin transparencia, no menos árido que las paredes áridas contra las que nuestras voces repercuten ni menos compacto que las palabras que bajan continuamente de la mente a las bocas y suben continuamente del aire a las mentes. Y ahora otra vez empiezo a sentir que algo cambia, sin saber qué, sin saber cómo decirlo, sin saber ni siquiera si algo cambia de verdad, sin saber siquiera si podré o si valdrá la pena decirlo, si es que algo cambia. De este estado de extrañeza al horror no hay más que un paso. De ahí a la posibilidad de escribir un nuevo clásico, casi ninguno: por eso yo decía discusiones en el cancel del verano.

Biografía de Higinio Gómez

Higinio Gómez nació en una casa desde la que se veía el río Paraná, en 1915. Era una quinta de fin de semana, porque en aquella época los ricos buscaban el río. Fue hijo único. Su madre murió en el parto y, cuando Higinio cumplió diez años, el padre, que quería enseñarle a andar a caballo «para que se haga hombre», subió

borracho a uno y se mató. El tutor de Higinio vendió la casa de fin de semana y puso a Higinio en un colegio inglés, en Buenos Aires. Cada tres meses, las tías lo visitaban. Cuando cumplió dieciocho años dejó el colegio y se fue a Europa. Vagabundó, tuvo amoríos con una inglesa y conoció a André Bretón y a los tipos de su gavilla. Asistía de vez en cuando a las clases de poesía que Paul Valéry dictaba en el College de France. Un anochecer de abril participó en una discusión literaria que terminó a los golpes y que produjo otro cisma serio en el movimiento surrealista y después, cansado, tomó el vapor y se volvió a Buenos Aires, justo antes de la segunda guerra mundial. Le dijo a unos amigos que el extranjero lo mareaba, como el vino, y cuando se entrevistó con su tutor, que estaba ciego, se enteró de que no le quedaba un centavo. La mujer de Botana le consiguió un empleo en *Crítica*, después que pasaron los tiempos heroicos. Discutía con los otros periodistas sobre la imposibilidad de amar pasados los veinticinco años — pensaba en la inglesa mientras hablaba, sin que sus interlocutores se diesen cuenta — pero en realidad él sabía para sí que desde ese punto de vista ya le quedaba poco o nada por hacer. «Mi sexo», sabía decir a sus íntimos, riéndose suavemente, «es como un globo desinflado». Y otras veces: «Ninguna compañía de seguros me haría una póliza si yo quisiese asegurar mi sexo». Escribía poemas narrativos, larguísimos. Tomatis, que después compaginó y prologó una plaqueta con dos poemas de Higinio — «El balneario» y «Regiones» — dice que entre sus papeles había un montón de aforismos escritos, cosa curiosa, a lápiz. Le costó descifrarlos porque ya estaban medio borrados. Uno de ellos decía que es más fácil caerse de un caballo y morir que encontrar alguien digno de ser amado desde los talones hasta la cabeza, aunque uno viva en un planeta donde no exista la especie de los caballos. Otro aforismo, según Tomatis, decía que se muere de parto por remordimientos, y un tercero que la poesía no es un río majestuoso y fértil sino una piedra firme en medio de la corriente que se deja pulir por el agua.

Carlos Tomatis tuvo el privilegio de conocer sus manuscritos porque una tarde de febrero, una vieja actriz que había sido amiga de Higinio en Buenos Aires, apareció con ellos en la oficina, en el diario *La Región*, y poco menos le puso una pistola en el pecho para que se ocupara del asunto. La acompañaba un viejo de más de sesenta años, muy flaco, con el pelo teñido y vestido con una chomba color ladrillo, vaqueros y sandalias. Gracias a la actriz, porque el viejo ni se dignó abrir la boca, Tomatis se entusiasmó y se ocupó de la publicación de la plaqueta. Higinio había vuelto a la ciudad alrededor del año sesenta y estuvo medio mezclado con la vida literaria, pero un par de años más tarde alquiló una pieza de hotel y se envenenó. Dejó los aforismos y un montón de poemas narrativos en los que habla de un río amarillo y en los que se burla de la transparencia del mar.

El intérprete

Ahora me paseo por la orilla del mar, sobre una arena más lisa y más amarilla que el fuego. Cuando me paro y miro para atrás veo la guarda entrecruzada de mis pasos que atraviesa intrincadamente la playa y viene a terminar justo bajo mis pies. El borde blanco, intermitente, de espuma blanca, separa la extensión amarilla de la playa de la celeste del mar. Si miro el horizonte, me parece que empezaré a ver, otra vez, los barcos carniceros avanzando desde el mar hacia la costa, puntos negros primero, filigranas llenas de coladuras más tarde, y por último cascos panzones sosteniendo las velas y una selva de palos y de cables deslizándose rígida hacia adelante y mostrando de un modo gradual la fiebre de una muchedumbre de hombres activos. Cuando los vi, cerré los ojos porque sus pechos de piedra cintilaban, y el rumor del metal y de las voces ásperas me dejó sordo por un momento. Me avergoncé de nuestras ciudades toscas y humildes y comprendí que no eran nada ni el oro ni las esmeraldas de Ataliba (que ellos pulverizaban a martillazos buscando la pepita, como se hace con una nuez), ni los grandes corredores pavimentados y amurallados de plata, ni nuestros calendarios de piedra, inmensos, ni la guarda imperial que reaparece, una y otra vez, en las fachadas, en la vestimenta de la corte y en los cacharros. Vi fluir desde el mar un chorro desplegado de gloria y abundancia. Los carniceros tocaron con una cruz la frente del niño que yo era, me dieron un nombre nuevo, Felipillo, y después, lentamente, me enseñaron su lengua. La vislumbé, gradual, y hacia mí, Felipillo, las palabras avanzaron desde un horizonte en el que estaban todas empastadas, encimadas unas sobre las otras para ser, otra vez, como los barcos, puntos negros, filigranas de hierro negro, y por fin una selva de cruces, signos, palos y cables desagregándose de un grumo hirviente como hormigas despavoridas de un hormiguero. Entonces dejé de ser la criatura desnuda en cuyos ojos destelló el metal de las armaduras y en cuyos oídos resonó por primera vez el estruendo de las velas, y empecé a ser Felipillo, el hombre dotado de una lengua doble, como la de las víboras. De mi boca sale ya la bendición, ya el veneno, ya la palabra antigua con que mi madre me llamaba al atardecer, entre las fogatas y el humo y el olor a comida que flotaba en las calles de la ciudad rojiza, ya esos sonidos que repercuten en mí como en un pozo seco y sin fondo. Entre las palabras que la voz le arranca a la sangre y las palabras aprendidas que la boca come ávida de la mesa de los otros, mi vida se balancea sin parar y traza una parábola que a veces borra la línea de demarcación. Me siento como atravesando una región en la que hay zonas diurnas y nocturnas, alternadamente, como el gallo que canta a deshora, como el bufón que improvisaba para Ataliba, entre la risa de la corte, una canción que no estaba hecha de palabras sino únicamente de ruido.

Cuando los carniceros juzgaron a Ataliba, yo fui el intérprete. Las palabras pasaban por mí como pasa la voz del dios por el sacerdote antes de llegar al pueblo. Yo fui la línea de blancura, inestable, agitada, que separó los dos ejércitos formidables, como la franja de espuma separa la arena amarilla del mar; y mi cuerpo el telar afiebrado donde se tejió el destino de una muchedumbre con la aguja doble de mi lengua. Las palabras salían como flechas y se clavaban en mí resonando. ¿Entendí lo mismo que me dijeron? ¿Devolví lo mismo que recibí? Cuando mis ojos, durante el juicio, se clavaban en las tetas azules de la mujer de Ataliba, tetas

a las que la ausencia de la mano de Ataliba permitiría, tal vez, la visita de mis dedos ávidos, ¿la turbación desfiguraba el sentido de las palabras que resonaban en el recinto inmóvil? De una cosa estoy seguro: de que mi lengua fue como la bandeja doble sobre cuyos platos elásticos se asentaban cómodamente la mentira y la conspiración. Sentí el estruendo de los dos ejércitos, como dos mares que se juntan, el mar de la sangre y el agua negra del mar extranjero y ahora, en el atardecer, camino por la playa, un hombre viejo encorvado bajo la bóveda de voces enemigas que se extiende interminable sobre mis ruinas comidas por la selva. No morí con los que murieron cuando proferí la sentencia, como un chorro de agua que se sorbe, se gargariza y después se escupe, pero tampoco vivo la vida feroz de los carniceros cuyas voces el viento me trae de noche, cuando me acuesto en la selva.

Cuando los carniceros empezaron a construir su ciudad, hicieron una pared gruesa de adobe y la pintaron de blanco. Pero una parte se desmoronó y la abandonaron. Quedó esa pared blanca en medio de un campo pelado, y a mediodía destella la luz sobre la superficie blanca que la intemperie ha mellado. A veces me siento en el suelo y la miro, durante horas. Pienso que la lengua carnícera es para mí como esa pared, compacta, inútil y sin significado y que me enceguece cuando la luz rebota contra su cara estragada y árida. Una pared para arañar hasta que sangren los dedos o para chocar contra ella, sin una casa atrás a la que entrar para que nos defienda su sombra. No soy más que un indio viejo que vaga por la selva en silencio, entre las ruinas, y ya no suena para mí, al atardecer, la voz de mi madre llamándome al hogar por entre las fogatas y el humo y el olor a comida que flotaba en las calles de una ciudad rojiza escalonada hacia el cielo.

Memoria olfativa

En el interior, y en estos tiempos, no se puede ser empirista, aunque uno haya llegado a los sesenta y seis años y dé clases de filosofía en la Universidad. Yo diría que no se puede ser empirista sobre todo por eso, máxime si uno tiene tres hijos (el mayor también es profesor de filosofía pero está en el Canadá), ocho nietos, y una esposa que el santo día anda atrás de uno con las medias de lana, porque es consciente de que a esta altura un enfriamiento puede ser fatal. Y sin embargo, es la vejez, creo, la que me ha hecho empirista, porque prefiero un mundo que renace a cada momento, entero, a un pasado muy semejante a una fábrica abandonada en la que los minutos crecen como los yuyos entre los escombros y las máquinas. Me escribí con Francisco Romero durante años pero nunca me atreví a decirle que su humanismo me parece una locura —la mano que escribe avanza ahora horizontal y segura y va llenando de signos el gran espacio blanco—, que todo lo que supone la existencia del pasado no es más que delirio, saludable en algunos casos, lo reconozco, pero al

fin de cuentas delirio. Para mí —cómo se reirían los muchachos si yo dijese esto en clase— no existe más que el presente (no el hoy, porque «hoy» es un concepto demasiado «ancho» para la idea que yo tengo del presente): la mano que levanto en el aire, ahora, que se detiene a la altura de la lámpara (detención, lámpara y altura son tres presentes separados, absolutos, que únicamente la pereza me hace reunir en una sola frase), y la habitación de al lado, la biblioteca que está detrás de mí no son más que delirio. Es mi filosofía. Sería deshonesto exponerla en un sistema. Además, para mí la relación causa efecto no existe (no hay más que un universo entero que se sumerge en la nada y después reaparece, que se sumerge, entero, y reaparece indefinidamente), y es de la relación causa efecto que se constituye el esqueleto de todos los discursos filosóficos, incluso de los que se proponen negar la relación causa efecto. Cicerón, Tomás, Kant y Hegel, y el francés pedante que fue a Holanda a buscar el «cogito», no son para mí más que espectros chisporroteantes en los que pienso tan poco que no pueden darme miedo. A veces, percibo un olor que despliega ante mí la fantasmagoría de un pasado tan vivido que por momentos me hace vacilar. Pero en seguida reflexiono que no he hecho más que percibir un olor nuevo, de una especie tan particular que despierta en mí sensaciones que llamo recuerdos pero que no lo son, simplemente porque no hay nada que recordar. Soy famoso entre los estudiantes de filosofía por mi gusto por los pescados a la parrilla y el vino blanco, por mi jovialidad y unos botines toscos y mal lustrados que mi mujer me obliga a usar en invierno y en verano para que me protejan del frío.

Insomnio de un historiador

Un mate envuelto en una ganga de plata va y viene hasta mi mesa de trabajo. A veces, el último se enfría sobre el pedestal. Mi estudio es un nudo de frescura y penumbra, amurallado de libros contra el verano que centellea detrás de toldos anaranjados. Mi ojo ávido recorre, incesante, daguerrotipos de hombres barbados y óleos que representan batallas inmóviles de las que no sube un solo rumor. La vida de esas muchedumbres, ¿ha sido más rica y ruidosa que esta vida mía que disminuye mientras mi cuerpo se atrofia entre cuatro paredes? A veces, un fragmento perfecto se despliega inesperado y creciente bajo mis ojos, un informe de San Martín, una carta, diamantes felices de un siglo de sol y de sangre. Pero, por lo común, todo se limita a copiar documentos de los archivos y a hilvanar pruebas que cambien una gloria por otra en un horizonte abarrotado de muerte. Y sobre todo, la tensión de cuidar que esa pesadilla abierta en abanico detrás de mí —¿y por qué digo detrás?— no se evapore o se borre.

Trabajo hasta tarde en la noche antes de irme para la cama. Cualquier pretexto me sirve para demorar cada noche un poco más. Pero por fin ya no quedan excusas y me desvisto, lentamente, me pongo el pijama, y me extiendo al lado del bulto de

calor y respiración que es el cuerpo dormido de mi mujer. En seguida comienza la procesión, el estridor mudo del insomnio, entretejido en formas cambiantes, que me asalta y no me abandona hasta el amanecer. Casi siempre, termina con una disgregación cada vez más enloquecida cuyas últimas fases la mayoría de las veces se me pierden porque, o bien ya me he dormido, o bien creo que ya me he dormido, o bien estoy absorto en un pensamiento del cual no soy consciente y que sin embargo creo dominar. Todo esto no es, después de todo, lo más grave. Algunas noches no es el sueño lo que sucede al insomnio sino una lucidez ciega, una vigilia incandescente, que no es lucidez de nada ni vigilia para nada, y que me deja inmóvil, fascinado. Llegado a ese punto, me siento como vacío de recuerdos —yo, para quien el recuerdo es el brazo viril que separa las aguas y al mismo tiempo el río turbulento cuyo fondo va retirándose a medida que uno gana profundidad— y sin nada en qué pensar. Entonces, en el cielo lila, el agujero blanco de la luna comienza a subir lentamente y a cintilar sobre las telas metálicas.

El poeta septuagenario

Comí los alimentos del mundo. Mi mano tocó piedras de ciudades famosas y mi cuerpo, reducido ahora, pero sano y salvaje, atravesó calles más numerosas que las arrugas de un río. ¿Qué hombres no conocí? ¿Qué libros no he leído? ¿Qué ha de haber en el almacén de lo visible y de lo invisible que se me pueda vender como novedad? En las mañanas del mes de octubre, llenas de sol y de palomas, contemplo la explosión lenta de las flores del duraznero y me paseo tranquilo, gozando de buena digestión y de buena respiración, la lengua llena del gusto del café y un cigarrillo que humea entre mis dedos. Debí pasar por todo eso, la larga noche del deseo y la posesión, para llegar hasta aquí.

En mi mente martillean versos férreos, ajenos. Resuenan en mí como la primera vez. La belleza, que para Platón era reminiscencia, para mí, indefenso y libre, no es más que actualidad. La misma música aliterada me estremece de nuevo, cada vez, con delicias flamantes. El café: una sombra en relación con su regusto, con esa pesadez perfumada que se irradia, sutil, desde la punta de mi lengua, ahora. Lo que nos salva a nosotros, los viejos, es ver arder detrás el mundo, depositado sobre un lecho de ceniza palpitante. Sobre ese colchón estoy parado contemplando mi propia sombra que encoge lentamente en la mañana.

Que otros gocen hoy de la maravilla del nacimiento y del sabor de la primera entrega perfumada del mundo, o de una muchedumbre de fiestas nocturnas. El sol de los ciegos es más negro que la noche y el nacimiento más perfecto es la muerte. Mi luz es única. No la puedo cambiar. Y el humo de mi cigarrillo es más sólido y más azul que un ramo de ciudades.

El parecido

Un amigo mío escritor que descubrió que la mujer lo engañaba con un empleado de banco cuando lo más común es que las mujeres de los empleados de banco sueñen que engañan a sus maridos con escritores, se fue un día de su casa y después de vagabundear un tiempo por la cordillera, trabajando en un diario de Mendoza, *Los Andes*, creo, y viviendo a costillas de un bodeguero que protegía a los poetas y a los pintores, desapareció por completo, sin que yo o algún otro de sus amigos tuviese la más mínima idea de dónde podía estar, hasta que una mañana de marzo en que tuve que levantarme temprano para ir a la ciudad (yo vivo en las afueras, en Colastiné Norte), cuando abrí la puerta de calle, me encontré de golpe con un hombre de a caballo que me dijo que había pasado por la estafeta y que como había dicho que venía en dirección de mi casa le dieron para que me la trajera una carta que amarilleaba en la estafeta desde hacía más de dos meses: era correo aéreo, porque el sobre, de papel fino, estaba bordeado de franjas coloradas y azules, y cuando lo abrí comprobé que traía una postal –la reproducción de un cuadro de Hans Memling, el retrato de Sibylla Sambetha– al dorso de la cual mi amigo, desde Brujas, Bélgica, me mandaba decir que estaba lo más bien, que había rejuvenecido diez años, y que vivía con una japonesa chiquitita que no hablaba nunca y que había aprendido a cebarle mate.

La gente que no vive en la zona no puede imaginarse el calor que hace todavía en marzo, así que al sol de las ocho el rocío desde hacía horas ya no estaba en las hojas y la luz me calentaba la cabeza mientras esperaba el colectivo, al costado del camino, mirando el retrato de Sibylla Sambetha, tan familiar para mí, aunque era la primera vez que lo veía, que la cara de la que me hacía acordar, aun cuando yo no supiese exactamente de quién era, crecía en mí desde la amplia y rígida mancha de rosa marmóreo, extendida todavía más porque los cabellos tensos desaparecían hacia atrás recogidos en un rodete cónico cubierto por un tul que caía en pliegues geométricos hacia los hombros, y porque el vestido de un color que llamaré petróleo se abría alrededor del cuello en un escote circular. Tenía la revelación de ese recuerdo, la identidad de ese rostro, en la punta de la lengua, por decirlo de algún modo, y con todas mis fuerzas trataba de saber por fin de quién era, trataba de conseguir que por fin el recuerdo avanzara desde las bambalinas negras hacia el círculo errático de luz en el gran escenario de la mente, que dejara de ser recuerdo que no tenía de qué acordarse y se convirtiera en una imagen palpable y actual. Estaba todavía en eso cuando llegó el colectivo, semivacío, lento, plateado, solitario en la cinta azul del asfalto, brillando al sol y lleno de ruidos de metal y motores. Saqué el boleto y me iba a sentar cuando de golpe vi a Sibylla, sola y plácida, mirándome con sus ojitos pensativos desde el último asiento. La luz oblicua y porosa del sol le daba en la cara en la que el rosa marmóreo se había convertido en un resplandor dorado. Toda la piel estaba salpicada de pecas y de granitos, algunos coronados por un puntito blanco de pus. Pero la

frente amplia era la misma y el cuello se elevaba también, libre, desde el escote redondo de un vestido de algodón estampado en grandes flores verdes y coloradas. Yo la había visto muchas veces —la cara estragada, el pelo oscuro y tenso recogido hacia atrás, la mirada más plácida y pensativa que una mano golpeando a la otra con un ramo de glicinas mojadas—, sentada en un banquito de madera, mirando el río desde la puerta del rancho de su padre, un pescador que yo iba a ver de tanto en tanto para encargarle un amarillo o una yunta de patos salvajes. Estuve a punto de mostrarle el retrato pero soy un hombre tímido, casi débil de carácter, y después de todo ¿qué importaba?

He visto gemelos muy parecidos entre sí, pero nunca tan parecidos como Sibylla Sambetha y la chica de la costa. Y sin embargo, ¿puede haber dos personas más diferentes? Nada me hizo pensar que eran tan diferentes como el hecho de verlas tan parecidas. Durante muchos días ese parecido me inquietó y me hizo sentir, por contraste, la realidad de lo diverso más que la de lo semejante, porque la realidad de lo diverso revela la realidad de lo único, de la que Marx se burló, y, melancólicamente, pensé mucho en la infinidad de las piedras y de los árboles, de las caras, de los pájaros, de los excrementos, de las raíces, cada uno irrepitible y solitario, único; experimenté el lugar común de las impresiones, la de las infinitas olas del mar y la de la arena innumerable, la del pasado, el presente y el porvenir que fluyen, según cómo se los mire, en distintas direcciones y se entrechocan entre sí formando nudos y colisiones que creamos inteligibles, y de golpe (era mediodía y yo estaba echado desnudo, al sol, para que la luz me socarrara, los ojos cerrados y los poros abriéndose lentamente con un estridor secreto), eufórico, deseé por un momento ser una clase especial de cantor, el cantor del mundo visible, el cantor de todas las cosas, considerándolas una por una, el cantor de las dos Sibyllas, para darle a cada cosa su lugar con una voz ecuánime que las iguale y las recupere, para mostrar en el centro del día un mundo completo en el que estén presentes todos los paraísos y todas las hojas de todos los paraísos y todas las nervaduras de todas las hojas de todos los paraísos, para que el mundo entero se contemple a sí mismo en cada parte y en el honor de la luz y nada quede anónimo.

Discusión sobre el término zona

Lugar: Un restaurant de nombre «El dorado», del otro lado del puente colgante, sobre el camino de la costa; en rigor, un cubículo desaparejo de lata, dividido en dos por un tabique de madera, con una galería de madera que da sobre el camino y un patio trasero lleno de árboles, separado del río por una baranda de troncos. Después de la baranda viene un declive abrupto, la barranca, y en seguida el río. En la otra orilla, casas elevadas sobre pilares de madera dan sus fachadas frágiles al agua.

Época: Un día de febrero de 1967, a las dos de la tarde.

Temperatura: Treinta y siete grados a la sombra.

Protagonistas: Lalo Lescano, y Pichón Garay. Han nacido el mismo día del mismo año, 1940, pero mientras que miembros de la familia Garay sostienen descender del fundador de la ciudad, Juan de Garay, el día en que Lalo Lescano nació unas vecinas tuvieron que hacer una colecta para mandar a la madre de Lalo al hospital ya que su padre, que era mozo en un restaurant, se demoró muchas horas antes de volver a su casa, se supone que en las carreras de caballos.

Circunstancia: Comida de despedida, porque Garay saldrá dentro de unos meses para Europa, donde se quedará a vivir unos años.

La discusión comienza cuando Garay dice que va a extrañar y que un hombre debe ser siempre fiel a una región, a una zona. Garay habla mirando hacia el agua —están sentados a una mesa defendida del sol por la sombra de los árboles— mientras amasa con el índice y el pulgar un pedazo de papel de diario, que ha servido de envoltorio a los pescados a la parrilla. Ni Lescano ni Garay son sibaritas, pero van a ese restaurant (ninguno de los dos lo confiesa), porque saben que años atrás lo frecuentaban Higinio Gómez, César Rey, Marcos Rosemberg, Jorge Washington Noriega y otros que pasaban por ser la vanguardia literaria de la ciudad. Cuando el pedacito de papel está bien amasado, Garay lo tira en dirección al río, sin cuidarse de mirar dónde cae. Lescano sigue la trayectoria de la bolita gris con la mirada, y dice entonces que no hay regiones, o que es más bien difícil precisar el límite de una región. Y explica: ¿Dónde empieza la costa? En ninguna parte. No hay ningún punto preciso en el que se pueda decir que empieza la costa. Pongamos por ejemplo dos regiones: la pampa gringa y la costa. Son regiones imaginarias. ¿Hay algún límite entre ellas, un límite real, aparte del que los manuales de geografía han inventado para manejarse más cómodamente? Ninguno. Él, Lescano, está dispuesto a admitir ciertos hechos: la tierra es diferente, tiene otro color, y en tanto que en la pampa gringa se siembran trigo, lino, alfalfa, en la costa, en cambio, pareciera que la tierra es más apta para el arroz, el algodón, el tabaco. Pero ¿cuál es el punto preciso en que se deja de sembrar trigo y se empieza a sembrar algodón? Étnicamente, la pampa gringa está compuesta más bien por extranjeros, italianos sobre todo, en tanto que en la costa predominan las familias criollas. ¿Pero acaso no hay italianos en la costa y criollos en la pampa gringa? La pampa gringa es más fuerte desde el punto de vista económico, y sabemos con precisión que mientras que ella está más cerca de Córdoba, la costa en cambio limita con Entre Ríos y con Corrientes. Todo esto supone un principio de diferenciación, admitido. Pero ¿no existe también la posibilidad de definir la pampa gringa como una costa que está más lejos de Entre Ríos (la parte de la costa más alejada de Entre Ríos, digamos), una costa en la que por las características de la tierra se siembra más trigo que algodón? Yo admitiría que se trata de una región diferente si hubiese la posibilidad de marcar un límite con precisión, pero esa posibilidad no existe. La proximidad del río no es un buen argumento, porque hay partes de la costa que no están en la proximidad del río, y se las llama sin embargo la costa. No hay ningún límite pre-

ciso: el último arrozal está ya en el interior de los campos de trigo, o viceversa. Pongamos, si te parece, otro ejemplo: la ciudad. ¿Dónde termina el centro y dónde empiezan los arrabales? La línea divisoria es convencional. El boulevard Gálvez, digamos. Pero cualquiera de nosotros sabe muy bien, porque ha nacido aquí y ha vivido aquí y conoce por lo tanto la ciudad de memoria, que al norte del boulevard Gálvez hay muchísimas cosas que podrían estar, tranquilamente, en el centro: casas de varios pisos, monoblocs, negocios, buenas familias. Y la ciudad ¿dónde termina? No en la caminera, porque la gente que vive más allá de la caminera dice, cuando le preguntan dónde vive, que vive en la ciudad. Por lo tanto, no hay zonas. No entiendo, termina Lescano, cómo se puede ser fiel a una región, si no hay regiones.

No comparto, dice Garay.

Biografía anónima

A veces pensamos en las explosiones nucleares o en este planeta gastado que cuelga en el aire negro porque Dios es grande, y un estremecimiento nos recorre enteros y nos dan ganas de ponernos a gritar, pero en seguida nos olvidamos y empezamos a imaginar otra vez todo lo que seríamos capaces de hacer si un día recibiéramos una carta de California, lacónica, informándonos que un pariente desconocido nos acaba de legar un millón de dólares. En invierno esperamos el verano con impaciencia, pero cuando estamos bajo el sol de enero, dorándonos, lentos, sin hacer nada, empezamos a sentir que la mente gira alrededor de un agujero retráctil, un maelstrom diminuto que tira hacia abajo o hacia adentro, en espiral, implacable. Después vienen los días iguales: trabajo, la escuela para los chicos, la posibilidad de un ascenso o un cambio súbito de dirección para nuestra vida, que discutimos cuidadosos con nuestras esposas en la cama, antes de dormir, o bien otro domicilio, un recuerdo, alguna fiesta en la que las primeras copas nos excitan un poco hasta el punto de hacernos decir locuras que nos envanecen un poco porque los demás las encuentran divertidas. Nuestro cuerpo cambia; si nos damos un baño a la mañana no pasa nada, porque hay que salir en seguida para la oficina y además estamos todavía un poco dormidos, pero a veces, de tarde, después de habernos tirado un rato a la vuelta del trabajo porque esa noche iremos con nuestra mujer al cine o a cenar a la casa de unos amigos, nos quedamos un rato bajo el agua tibia y después miramos con atención nuestro cuerpo desnudo en el espejo del baño o del ropero, en el dormitorio, mientras nos secamos. Con todo, nos mantenemos bastante bien. Un día que hubo revolución decidimos no trabajar y seguimos los acontecimientos con una radio a transistores, discutiéndolos. Nos acordamos muy bien de que nos acaloramos, sobre todo contra un tipo nuevo, joven, que no nos gustaba mucho porque tenía los dientes amarillos, medio carcomidos, y que un día, de golpe y porrazo, desapareció sin siquiera dar el preaviso o despedirse de sus compañeros. Ya ni nos acordamos de cómo se llamaba. Si todo sale

bien, el año que viene iremos al Brasil o a Punta del Este, en Uruguay. Cuando estamos melancólicos sacamos el auto y nos vamos a dar unas vueltas por la ciudad, solos; si podemos, nos gusta incluso pasar el control caminero para internarnos en el campo, y una vez llegamos hasta Esperanza. Era una noche de verano y la gente tomaba cerveza sentada en la vereda, en los bares desplegados alrededor de la plaza. A la vuelta, vimos cómo la luna blanqueaba el interminable trigo inmóvil, que parecía metálico. Dormimos muy bien y no soñamos nunca. En otros tiempos, antes de casarnos, nos sabían dar ataques de insomnio y veíamos los listones verdes y colorados de un letrero luminoso colarse a través de las hendijas de la celosía, intermitentes, y proyectarse en la pared blanca del dormitorio. Más problemas de salud, gracias a Dios, no hemos tenido nunca, ya sea porque no fumamos o ya sea por pura casualidad, y venimos manteniéndonos a salvo de esas cosas terribles que siempre les pasan a los otros. Cuando nuestra esposa queda embarazada nos entretenemos, el último mes, en poner el oído sobre su vientre y oír lo que se mueve adentro, el rumor de la criatura que empieza a preparar su desprendimiento y su caída hacia el interior de esta maravilla múltiple que es el mundo. Instintivamente, cerramos los ojos, palpitantes, aterrados, porque nos parece que de un momento a otro podremos oír, nítido, el estruendo de ese choque formidable.

Manos y planetas

Los dedos diestros y familiares de Barco desenroscaron la tapa de metal niquelado del salero, volcaron la sal sobre el mantel y después, bajo la mirada tranquila pero atónita de Tomatis, comenzaron a diseminarla, apoyando las yemas sobre la sal y haciéndolas girar lentamente, de modo de desplegar bien desplegado el montoncito blanco sobre la tela azul. Las yemas de Barco tenían una forma extraordinariamente peculiar: eran ovaladas y terminaban en punta; se parecían a la forma clásica con que se representan las lágrimas. No debía haber en el mundo manos con yemas de esa forma, y Tomatis las hubiese podido reconocer de inmediato donde quiera que estuviesen.

—Probablemente —dijo Barco— en muchos de estos granos de sal hay Grecias antiguas en las que Heráclitos piensan que los acontecimientos del mundo son el producto de un juego de dados jugado por criaturas.

—Probablemente —dijo Tomatis.

—Anoche vi por televisión el último viaje a la luna —dijo Barco—. Esos viajes a la luna ya no le interesan a nadie. Todo el mundo está convencido de que la luna ya pertenece al pasado, y la ciencia ficción se está convirtiendo en una antigualla. Ya no hay, dice, ficción que supere a la ciencia. Probablemente, dentro de quinientos años todos serán científicos, así como en la actualidad todos manejan automóviles.

—Probablemente —dijo Tomatis, sin dejar de mirar los dedos de Barco que ahora se habían apoyado sobre la sal diseminada y estaban inmóviles.

—Pasó algo curioso —dijo Barco—. Todo iba bien mientras se veía en la pantalla el interior de la nave espacial y las manipulaciones de la tripulación. Pero de golpe empezaron a verse fotografías de la tierra que iba alejándose, volviéndose cada vez más chiquitita, y entonces los tipos que estaban mirando la televisión en el bar se pararon, o empezaron a incorporarse despacio sobre la silla, o a estirar el cuello, todo eso para tratar de ver la tierra de más cerca, haciendo contorsiones para ayudar a la tierra a detenerse, como cuando uno tira una bocha y empieza a retorcerse todo para que la bocha vaya por el camino que uno le ha fijado imaginariamente ¿viste? Tratábamos de que ese alejamiento impúdico se detuviera, para que la tierra no se borrara y desapareciera del todo. Yo me quedé tieso. Y cuando la voz del locutor anunció que los astronautas todavía distinguían Méjico, todos tuvimos un momento de alivio y por un segundo todos nos sentimos mejicanos: Méjico fue la última cresta, la más alta, amontonada en la ola de nada que empujaba desde atrás, la ola de nada que cuando Méjico dejó de divisarse inundó todo y lo dejó más liso y más uniforme que esa pared. Entonces todos nos sentimos tristes y confundidos, un poco aterrados, y no creo que nos hayamos sentido mejor cuando terminó el programa sobre el viaje lunar y empezó la transmisión directa desde el estadio de Chacarita. Estoy convencido de que anoche rompimos la barrera de la identidad. La de la luz o la del sonido no son nada al lado de la barrera de la identidad. Nos fuimos poniendo cada vez más borrosos, hasta que desaparecimos del todo. Pensamos que la cosa iba a detenerse en un punto razonable, un punto desde el cual todavía pudiese divisarse Méjico, por ejemplo, pero no, nada de eso, desaparecimos del todo. Y yo tuve un vértigo adicional: sentado en la silla del bar, la pantalla me mostraba como la tierra iba disminuyendo de tamaño, es decir, cómo yo, la silla, el bar, la pantalla y la tierra que mostraba la pantalla, achicándose, íbamos siendo apretados por el puño del cosmos que se cerraba, vertiginosamente, hasta macerar nuestros cuerpos y convertirlos en una lava endurecida. Y lo sentí hasta tal punto que cerré los ojos y esperé el momento en el que las paredes del bar comenzarían a avanzar, súbitamente, fundiéndose las cuatro en una sola con nosotros adentro, en una contracción inconcebible, hasta dejar la tierra reducida al tamaño de un dado de los más chicos con el que criaturas se pusieran a jugar el destino del mundo. Probablemente esas parrilladas que trae el mozo son las nuestras.

—Probablemente —dijo Tomatis, viendo las yemas familiares oprimir la sal y después subir hasta los labios gruesos de Barco, yemas que, como ningunas otras en el mundo —y ahora también por su sabor— hacían pensar en la forma densa de las lágrimas.

El que se llora

Un día de noviembre que amaneció lloviendo me desperté después que aclaró. Se oía el rumor del agua, complejo y monótono —¡cuántas veces se ha dicho lo mismo sobre la lluvia! Por las celosías entraba en el dormitorio una luz verdosa. Me quedé

tirado en la cama, con los ojos abiertos, mirando la penumbra que era cada vez más débil pero que se espesaba cerca del cielorraso. Un sueño que acababa de tener permanecía en mi mente, obstinado, un sueño en el que había visto a mi tío Pedro, hermano de mi madre que trabajó mucho tiempo en la usina y que después se independizó y compró una panadería. Mi tío había muerto el mes antes. En el sueño aparecía llorando su propia muerte.

Los sueños me dan miedo, y sueño mucho. ¿Tengo miedo de lo que sueño o simplemente tengo miedo porque sueño? Me sentí triste esa mañana pensando en mi tío Pedro que vino a morir justo cuando la panadería empezaba a andar bien pero después –afortunadamente– la curiosidad venció a la tristeza y medité sobre el significado del sueño hasta cerca de las nueve. Durante todo el tiempo llovió sin parar y el ruido de la lluvia me mantuvo como adormecido, así que ahora no sé bien si por momentos no me puse a soñar el sentido de lo que había soñado. Una chica amiga, maestra de escuela que después se casó con un profesor de matemáticas y se fue a vivir al Perú, me contó que ella siempre soñaba que lloraba frente a su propio cajón. Que se miraba muerta y lloraba. ¿Qué lloramos de nosotros mismos cuando nos lloramos en sueños? Lo sabe únicamente el que se llora. Buscar en esa fuente de llanto es un trabajo difícil y la mirada tranquila de la curiosidad no alcanza a ver tan hondo. Para ver el dolor, tenemos que estar en él. Pero lo que sorprende todavía más es que el que se llora, el que ve su cadáver o se conduele de su propia muerte, está parado en un punto tan singular de la gran llanura de la pena que su llanto es al mismo tiempo recuerdo y anticipación. En las grandes llanuras el horizonte es siempre circular, idéntico, vacío y monótono.

De las siestas de otoño

El sol de los días de abril no declina, adelgaza. Salimos a caminar después de comer, tranquilos, evitando la sombra fría y parándonos a cada rato para mirar una fronda amarilla, el ornamento de una fachada. Discutimos de sexo y de política. Para mí, son siestas de estatuas y de sol fino; después de muchas cuadras, las sienes empiezan a picar. Pasamos por la plaza de las palomas, vamos a la costanera, nos inclinamos sobre la baranda y miramos el río. Calculo que es a esa hora que se achatan y se despliegan las ciudades. Me ha parecido, algunas veces, saberlo todo sobre las estatuas, sobre el orín que las desfigura y las mancha, sobre las casas viejas que atestiguan vidas más perfectas.

Más refinada, la luz solar –a una hora precisa–, polvorienta, es suave y omnipresente. Nos sentamos en un banco de madera, sobre caminitos de ladrillo molido, para que se nos caliente la cabeza. De golpe nos quedamos sin hablar. Lo que llamamos el murmullo, el rumor de los años vividos, el ruido de lo que recordamos, va pasando, poco a poco, hasta que enmudece por completo. Entonces se empiezan a

escuchar los sonidos de afuera: un auto, lejos, el grito de dos chicos que se llaman uno al otro más allá del parque y de la gran rotonda de la costanera, o bien los chasquidos de zapatos femeninos que se arrastran sobre el ladrillo pulverizado. No conozco nada más vivido. En el corazón — ¿puedo llamarlo así? — resuena el eco vacío de esos susurros. Me he sorprendido, en esos momentos, preguntándome con un pavor súbito: «¿Quién soy yo y qué hago aquí?». Como después cuando caminamos de nuevo y entramos en el primer bar la sensación desaparece, he elaborado la teoría de que el sol de abril que fluye en declive lento sobre las ciudades no es saludable y de que sus efectos son parecidos a los de la marihuana, pero más difusos.

Amigos

Ángel Leto, un viejo amigo de Barco y Tomatis del que éstos habían estado sin noticias durante años, estaba solo en una casa esperando el momento señalado para matar a un hombre. Era un amanecer de invierno, verde y lluvioso, y Leto, que acababa de levantarse, venía desde la cocina, por el pasillo en penumbra, al cuarto de estar iluminado, trayendo consigo una taza de café. Si el plan se cumplía, al día siguiente a las ocho y media de la mañana el hombre ya estaría muerto y Leto de regreso en la casa solitaria donde los libros de Tomatis, cuidadosamente alineados en la biblioteca, iban cubriéndose de polvo mientras su dueño se paseaba por el verano europeo.

Era, en efecto, el departamentito de Tomatis, del que Barco le había dado las llaves dos días antes. Barco lo había encontrado en la cocina de su casa, en otro amanecer lluvioso, y sin indiscreción ni sorpresa, aunque habían pasado ocho años desde la última vez que se habían visto, le dio las llaves. Y, como pensó Leto esa misma noche, en la cama, mientras hojeaba con credulidad y placer los originales de Tomatis, fumando un cigarrillo a la luz de la lámpara contra el fondo monótono de la lluvia de junio que envolvía como un capullo la noche entera, si bien Barco no sabía exactamente qué era lo que Leto estaba haciendo en la ciudad, dos o tres días más tarde, al leer los diarios, lo comprendería de un modo inmediato.

Y ahora Leto, en su segundo amanecer en lo de Tomatis, venía hacia el cuarto de estar desde la cocina, por el pasillo oscuro, con la taza blanca sobre el platito blanco que sostenía en la palma de la mano. Se sentó dejando previamente la taza sobre la mesa, y se puso a leer un original de Tomatis que estaba en una carpeta verde sobre la que Tomatis había escrito, con tinta roja, en letras de imprenta, una palabra cuyo significado Leto ignoraba: PARANATELLON. En la primera hoja, en el interior de la carpeta, había tres palabras escritas a máquina, con letras mayúsculas, una debajo de la otra, y separadas entre sí por varios espacios, con la disposición siguiente:

PARANATELLON

PARANATELLERS

O

PARANASO

y más abajo una inscripción en minúsculas:

antología comentada del litoral

Un poco más tarde, cuando el trago de café que quedaba en el fondo de la taza estaba ya frío, Leto alzó la vista de las hojas mecanografiadas, y apoyando la nuca en el respaldo del sillón y contemplando el cielorraso, se puso a pensar en el hombre que tenía que matar. Esa atención al objeto que era el blanco de todos sus actos desde hacía varios meses duró poco, porque sus asociaciones lo fueron llevando, lentamente, a pensar en la muerte en general. El primer pensamiento fue que, por más que acribillara a balazos a ese hombre, como pensaba hacerlo, *nunca lograría sacarlo por completo del mundo*. El hombre merecía la muerte: era un dirigente sindical que había traicionado a su clase y al que el grupo al que Leto pertenecía hacía responsable de varios asesinatos. Pero, pensaba Leto como si hubiese ido sacando sus ideas del vacío grisáceo que se extendía entre la lámpara y el cielorraso, matarlo era sacarlo de la acción inmediata, no de la realidad.

Y Leto recordó que, cuando tenía dieciocho años, un amigo de su edad había muerto después de una operación. Ahora que tenía treinta y tres, le parecía que después de quince años el tiempo había perdido su carácter temible, y que su amigo muerto seguía tan presente en el mundo como él mismo, independiente respecto de sus recuerdos y de sus representaciones. *Lo que entra al mundo, pensó Leto, ya no vuelve a salir*. La infinitud de estrellas seguirían, quieras que no, errabundeando con nosotros adentro. Y a medida que se desplegaba, como el pájaro que se come a sus huevos, el tiempo iba borrando los acontecimientos, sin dejar de la vida humana otra cosa que su presencia indeterminada, una especie de grumo solidario que iba reduciéndose y encostrándose en algún punto impreciso del infinito y del que todos los individuos, como consecuencia justamente de su condición mortal, formaban parte. Ese grumo, pensaba Leto, tenía una sola cualidad: era imborrable. Su presencia había producido una alteración irreversible, sacando al universo de su pura exterioridad; después de su aparición, nada seguiría como antes, y la muerte -la muerte de su amigo, la del hombre que iba a matar, su propia muerte— era un accidente insignificante.

No se mata, pensó Leto, más que a los amigos, pero ni aun a ellos se los mata, porque no se mata lo que es inmortal

Balnearios

Pero en el río las orillas destellan, lentas, como señales: cabrillean. El mar es único y el mismo, siempre. No se mueven más que sus límites, y en el lugar, y cuando avanza una orilla, es todo el mar el que avanza. Nos paramos frente al mar, que nos contempla. Pero estamos siempre al costado del río que pasa sin mirarnos, desdeñosamente. Los balnearios son una caravana inmóvil de toldos colorados, azules, anaranjados, con rayas blancas, verdes, con lunares. La arena amarilla se despliega frente al agua caramelo en un semicírculo débil. Pasan cuerpos quemados corriendo sobre el borde del agua, y en la orilla se forma la franja triple de un arco iris insólito: el borde amarillo de la arena, el agua leonada, y la franja transparente, entre las dos, del agua sacudida por el repiqueteo de los pies que convulsionan la orilla. Siguiendo con la mirada los pies que corren, sin tener en cuenta las sacudidas anteriores que ya se han borrado, manteniendo siempre la vista clavada en los pies que golpean el agua, se puede percibir la franja blancuzca, transparente, como una línea imaginaria de puntos, entre la arena y el río. Si esta descripción parece rebuscada, basta con recordar que franjas, por decirlo así, más estables, como las franjas blancas y coloradas de los toldos son también si se quiere, en el fondo, franjas imaginarias y discontinuas.

Ahora hemos vuelto del balneario y son las dos y media de la tarde. Estamos tirados sobre la cama, en una habitación blanca, fresca, protegida por cortinas oscuras; hay otro cuerpo, también desnudo, al lado del nuestro. En esa gruta vacía no nos visita, y únicamente por momentos, más que el recuerdo de orillas cabrilleantes, de caminos inmóviles, blancos y desiertos. Ahora vemos árboles con las hojas cubiertas por un polvo blanco que parece ceniza volcánica. Ahora no vemos más nada. Sentimos que el otro cuerpo está caliente, espeso, socarrado. Imaginamos que el nuestro ha de estar así, también. Nos trenzamos en una lucha intermitente, alternada con momentos de completa inmovilidad, en los que vemos nuestra pelambre, nuestras rodillas, nuestros genitales que se corresponden, que se complementan, los pies plácidos, nudosos, separados en el extremo de la cama; comparamos las partes quemadas de nuestro cuerpo con las partes blancas, en el lugar en que acostumbramos llevar el traje de baño. Después nos trenzamos en la lucha final. Habíamos tocado el punto extremo, el fondo barroso del río, pasado el lecho y llegado a una zona translúcida más allá del fondo convulsionado y enceguecedor, un punto lleno de luz como el centro mismo de un diamante. Esa luz era tan intensa que no dejaba ver nada, ni la misma luz. En la lucha subimos otra vez, compactos y en remolino, como el cuerpo de un ahogado, hacia la oscuridad confusa del fondo en la que nos debatimos. Más arriba está todavía la superficie del mundo con el balneario, los caminos, la muchedumbre, la ciudad, la cámara oscura en la que nuestros cuerpos, ahora, están tirados inmóviles sobre la cama, mirando el cielorraso. A mediodía nos habíamos parado en la orilla tratando de escuchar el rumor múltiple del agua, polirrítmico y polifónico en el corazón de su lenta monotonía. No distinguimos nada en ese rumor, salvo que era un rumor que sonaba inquietándonos un poco y que no distinguíamos nada en él. Al mismo tiempo,

del otro lado de la barrera, una raya, grumo de nervios y cartílagos, tendida a gozar cerca de la orilla el calor del agua menos profunda, cree de golpe percibir — en la gran confusión de sus sentidos subacuáticos — un rumor vago y monótono que manda el balneario, un rumor del que no sabe que está compuesto de muchas voces y es el canto del mundo.

El bar de Gandía

Que nadie se engañe: La noticia que salió en el diario la semana pasada, en «Policiales», si bien dice claramente que el propietario de un bar, llamado Gandía, fue detenido, nos da una imagen falsa del personaje en cuestión. Es verdad que, según parece, se jugaba a las cartas por dinero en la trastienda, y que en los cuartos del fondo alguna muchacha del barrio, uno de los más pobres de la ciudad, recibía a su clientela, lo que le valía a Gandía una pequeña comisión. Pero que nadie se engañe ni se indigne: Gandia no es el que muestran las noticias sino otro, diferente, que yo conocí.

Que lo hayan metido preso me hizo sonreír. No es, por otra parte, la primera vez que sucede. En esa barriada, el bar de Gandía es el centro de perdición, la vecinal del vicio. Es la parada obligada de todo proletario que se desvía. Y su dueño, Gandia, hijo de obrero o de campesino, no sé bien, tiene las manos ásperas, callosas, pesa unos cien kilos, y está siempre sucio y mal afeitado. Es de esos hombres cuya hosquedad es demasiado pueril como para ofender, dar miedo, o simplemente convencer. Se ve de lejos que Gandia está como enredado consigo mismo, en discordia interna perpetua, por razones que sin duda él mismo desconoce, y que lo que se manifiesta a los otros es la dureza que se desprende de ese desarreglo, como el hombre que encontramos tratando de enroscar infructuosamente, desde hace horas, un tornillo microscópico, y nos saluda con malhumor.

Gandia es un gran jugador de cartas. Pero es un jugador especial: hace trampas. De esta característica, todo el mundo está enterado, y sin embargo nadie se niega a jugar a las cartas con él. Porque Gandia, a diferencia de otros jugadores, tramposos o no, hace trampas *y a pesar de todo pierde*. Pierde: hecho incontestable que toda la clientela conoce. Más todavía: se han visto jugadores que en medio de una partida han tenido la previsión de considerar las trampas de Gandia como una coordenada racional del juego, lo que da una idea de la regularidad y del carácter definido y cognoscible de sus trampas. Se ha visto rara vez a Gandia ganar una partida. Con algún nuevo jugador a lo sumo, la primera vez, porque la segunda el nuevo jugador ya se ha adaptado a las reglas de juego que imperan en el bar de Gandia.

Yo creo que formular un juicio moral en el caso de Gandia no tiene ningún sentido. Una explicación es más pertinente y yo creo poder suministrarla: Gandia hace

trampas por cortesía. Destinado a perder, Gandia disimula sus tendencias profundas haciendo trampas. Cortesía para consigo mismo en primer término, ya que las trampas darían a su existencia, puramente lineal, que cae como una piedra del vacío al abismo, la ilusión de una agonía; para con los otros jugadores también, sacándoles, con la mediación de las trampas, los escrúpulos; y por último, cortesía sublime para con el mundo exterior, tan mudo y tenue, al suministrarle, a expensas de sí mismo, un espesor dramático.

Por eso la noticia de que lo habían metido preso la semana pasada me hizo sonreír. Y que nadie ponga el grito en el cielo.

Al rojo blanco

En esta familia, sabía decir mi hermano cuando había alguna discusión, el que no es loco es cantor. Murió la semana pasada en el hospital psiquiátrico. Había pasado adentro los últimos veinte años de su vida: me acuerdo de que cuando yo era chico, ya íbamos a verlo todos los domingos con un paquete en el que había bizcochos y naranjas, y que él no siempre se dignaba recibirnos. A veces un enfermero venía a avisar que mi hermano no estaba de ánimo para recibir visitas, y entonces empezábamos a caminar por la calle de tierra hacia la parada de tranvías, más confusos o humillados que entristecidos, en la siesta soleada de los domingos.

Según supe más tarde por mi madre, la enfermedad de mi hermano había empezado durante un verano de mucha sequía: la ciudad, el campo alrededor y los ríos se cocinaban despacio al sol blanco de enero. Apenas si se podía salir a la calle o mirar el sol de frente. La ciudad estaba como vacía; uno podía caminar horas por las calles sin cruzarse con nadie. Las hojas de los árboles estaban grises y achicharradas, y la luz daba fuerte, un poco cenicienta, contra los patios.

Un día de ese verano mi hermano, que tenía dieciocho años y estaba por empezar a trabajar en el ferrocarril como mi padre, se negó a salir durante dos días de su habitación, diciendo que afuera había un gran diamante que quemaba la mirada. Con gran afabilidad, como si hablara con una criatura, le explicó a mi padre desde detrás de su puerta trancada, que el día anterior había visto en la calle, en la avenida del Oeste, frente al Mercado de Abasto, una larga línea oblicua, que iba desde los ojos de un hombre hasta una de las caras del diamante, la línea de la mirada, arder como una mecha de una punta a la otra y de un modo instantáneo. Dijo que había visto alejarse al hombre con las pestañas chamuscadas. Cuando al segundo día mi padre y otros miembros de la familia decidieron por fin abrir la puerta a pechazos, encontraron a mi hermano tirado tranquilamente en la cama, una pierna plegada y la otra cruzada sobre la rodilla de la primera —detalle que, no sé por qué, hacía sonreír a mi madre cada vez que me contaba la historia.

Cuando lo encontraron sobre la cama, mi hermano tenía los ojos cerrados, bien cerrados, y nunca los volvió a abrir de verdad. Hubo que llevarlo a los médicos, a los tratamientos, y por fin al psiquiátrico, como si se tratara de un ciego, guiándolo a través de esa oscuridad voluntaria con la que protegía la integridad de su mirada. Y cuando, después de meses, de años de estar encerrado en el manicomio, abrió un día los ojos, tuvo la cortesía de explicarle a un médico, el que a su vez nos lo explicó a nosotros con una mueca irónica bajo el bigote bien recortado, que abría los ojos *metafóricamente*, en apariencia, que durante los años en que había tenido los ojos cerrados había estado construyéndose, un poco más atrás de los ojos mismos, una mirada férrea, inalterable, a prueba de fuego, para enfrentar la luz terrible. Con una terminología científica altamente compleja, nos dijo el médico, mi hermano le había explicado su modo de proceder. Los términos que subrayo pertenecen a su léxico científico: con los ojos cerrados había ido absorbiendo partículas de la luz exterior cuyo *choque de combustión* disminuía al penetrar filtrada por los párpados y que se acumulaban detrás de los ojos y acorazaban su nuevo *aparato visual*. Mi hermano había seguido, según su propia expresión, las leyes de esa *ciencia rigurosa*, la homeopatía.

Dejo al lector especializado formarse una opinión independiente sobre la capacidad técnica y científica de mi hermano. Lo único que yo puedo decir es que la semana pasada, horas después de haber pasado al otro mundo, seguía todavía con los ojos abiertos: así estuvo hasta que uno de mis tíos, molesto tal vez por un triunfo científico que saltaba a la vista, decidió ponerle una moneda de un peso en cada párpado para que se mantuvieran cerrados.

Cambio de domicilio

Hace un par de años, me cambié de casa y me cambié de nombre. La política favoreció un poco mi decisión; en Buenos Aires, la policía me había fichado durante una manifestación y como yo no tenía, a pesar de mis ideas avanzadas, ningún respaldo solidario por no pertenecer a ninguna organización clandestina, me pareció razonable cambiar de domicilio y desaparecer por un tiempo. Así que me tomé el ómnibus y me vine para esta ciudad, que en verano se cocina a la orilla del gran río.

Nada incentiva más la reflexión que los viajes. En la noche móvil y ruidosa del colectivo el ojo del viajero sigue abierto, insomne, o alerta más bien, a la música del mundo. Fue en el colectivo, en realidad, que la idea de suplantar un simple acto de autoprotección por un cambio radical de identidad, súbita, febril, se me ocurrió. Empezaría otra vida con otro nombre, otra profesión, otro aspecto físico, otro destino. Emergería, con cinco o seis brazadas vigorosas, del mar de mi pasado a una playa

virgen. Sin familia, sin amigos, sin trabajo, sin un *piccolo mondo antico* en cuyo vientre vegetar, el futuro se me presentaba liso y luminoso, y tierno sobre todo, como un recién nacido. Me instalé en una pensión, falsifiqué mis documentos, operé mi transformación física y me conseguí un empleo de vendedor de libros a domicilio. Los diarios me daban por muerto. La policía paralela, se decía, se había encargado de mí. Pero el terror que reinaba no dejaba pasar a la superficie más que alusiones ambiguas.

De esto hace ya más o menos dos años. Al segundo o tercer mes de mi nueva existencia, como me percaté de que mis hábitos no habían cambiado mucho, decidí modificar mis gustos y mis costumbres de un modo sistemático. Dejé de fumar; como siempre había detestado los porotos y la carne gorda, me puse a comerlos todos los días hasta que empezaron a ser mi alimento preferido; decidí escribir con la mano izquierda, e introduje variantes capitales en mis convicciones profundas. De modo que al año mi personalidad había cambiado por completo. Me parecía ser, como se dice, otro hombre.

Digo «me parecía ser», como puede verse, y no «era». Á la distancia, me doy cuenta de que fue un cierto empastamiento de mi vida, del que era apenas consciente, lo que me incitó a cambiar: la sensación de moverme en círculo, de no avanzar, de estar siempre un poco más allá o más acá de las cosas, de no encajar en ninguna definición, de no saber nunca de un modo preciso si soñaba o si estaba despierto, de no saber qué responder, a veces, a alternativas bien definidas que me presentaban los otros. Durante años me había parecido que esa inepticia era individual, subjetiva, que mi historia personal se había desenvuelto de tal modo que yo había quedado como preso dentro de ella, sin mucha capacidad de decisión, y que los otros, tal como yo los veía desde fuera no experimentaban, en este mundo, la menor incomodidad. En dos años, sin embargo, desaparecieron mi voz atabacada, mi acento porteño, pero el pantano antiguo que yace y a veces se sacude, pesado, más abajo, mandando señales de vida, deja entender que, o bien no he elegido la máscara conveniente o bien nosotros, los hombres, cualquiera sea el color de nuestro destino, no estaremos nunca a la altura de las circunstancias o, mejor dicho, del mundo.

Al abrigo

Un comerciante en muebles que acababa de comprar un sillón de segunda mano descubrió una vez que en un hueco del respaldo una de sus antiguas propietarias había ocultado su diario íntimo. Por alguna razón — muerte, olvido, fuga precipitada, embargo — el diario había quedado ahí, y el comerciante, experto en construcción de muebles, lo había encontrado por casualidad al palpar el respaldo para probar su solidez. Ese día se quedó hasta tarde en el negocio abarrotado de camas, sillas, mesas y roperos, leyendo en la trastienda el diario íntimo a la luz de la lámpara, inclinado sobre el escritorio. El diario revelaba, día a día, los problemas sentimentales de su

autora y el mueblero, que era un hombre inteligente y discreto, comprendió enseguida que la mujer había vivido disimulando su verdadera personalidad y que, por un azar inconcebible, él la conocía mucho mejor que las personas que habían vivido junto a ella y que aparecían mencionadas a menudo en el diario.

El mueblero se quedó pensativo. Durante un buen rato, la idea de que alguien pudiese tener en su casa, al abrigo del mundo, algo escondido — un diario o lo que fuese —, le pareció extraña, casi imposible, hasta que unos minutos después, en el momento en que se levantaba y empezaba a poner orden en su escritorio antes de irse para su casa, se percató, no sin estupor, de que *el mismo* tenía, en alguna parte, cosas ocultas de las que el mundo ignoraba la existencia. En su casa, por ejemplo, en el altillo, en una caja de lata disimulada entre revistas viejas y trastos inútiles, el mueblero tenía guardado un rollo de billetes, que iba engrosando de tanto en tanto, y cuya existencia hasta su mujer y sus hijos desconocían; el mueblero no podía decir de un modo preciso con qué objeto guardaba esos billetes, pero poco a poco lo fue ganando la desagradable certidumbre de que *su vida entera* se definía no por sus actividades cotidianas ejercidas a la luz del día, sino por ese rollo de billetes que se carcomía en el desván. Y que de todos sus actos, el fundamental era, sin duda, el de agregar de vez en cuando un billete al rollo carcomido.

Mientras encendía el letrero luminoso que llenaba de una luz violeta el aire negro por encima de la vereda, el mueblero fue asaltado por otro recuerdo: buscando un sacapuntas en la pieza de su hijo mayor, había encontrado por casualidad una serie de fotografías pornográficas que su hijo escondía en el cajón de la cómoda. El mueblero las había vuelto a dejar rápidamente en su lugar, menos por pudor que por el temor de que su hijo pensase que él tenía la costumbre de hurgar en sus cosas.

Durante la cena, el mueblero se puso a observar a su mujer: por primera vez después de treinta años le venía a la cabeza la idea de que también ella debía guardar algo oculto, algo tan propio y tan profundamente hundido que, aunque ella misma lo quisiese, ni siquiera la tortura podría hacérselo confesar. El mueblero sintió una especie de vértigo. No era el miedo banal a ser traicionado o estafado lo que le hacía dar vueltas la cabeza como un vino que sube, sino la certidumbre de que, justo cuando estaba en el umbral de la vejez, iba tal vez a verse obligado a modificar las nociones más elementales que constituían su vida. O lo que él había llamado su vida: porque su vida, su verdadera vida, según su nueva intuición, transcurría en alguna parte, en lo negro, al abrigo de los acontecimientos, y parecía más inalcanzable que el arrabal del universo.

El espejo

En la oficina, para los muchachos ya es completamente natural, y casi todos piensan que soy un buen compañero. Incluso me protegen, y hay una especie de

pacto tácito según el cual ellos me aceptan y yo guardo mi intimidad sin mezclarla con la oficina, aunque eso divide en dos mi vida. Me consideran culto, de buen gusto, delicado. Para una persona como yo alcanzar la cuarentena se hace difícil, me doy cuenta, y aunque ellos toleran mi singularidad, yo siento que el tiempo de las fiestas ya pasó y que la madurez es bastante dura.

Cuando llegan a la oficina vendedores de libros a domicilio, los muchachos me consultan antes de comprar alguna colección. Yo les aconsejo Hux[198]ley (Aldous), Mauriac, Shakespeare, primero porque a todo el mundo puede gustarle Shakespeare, y además porque Shakespeare es un escritor tan reconocido que alguien podría ofenderse si yo le dijese que se abstenga de comprar sus obras completas. Nunca recomiendo Oscar Wilde o André Gide para no despertar desconfianza, pero yo los leo con un sarcasmo entusiasta, los esgrimo en silencio como pruebas, solitario, contra nadie, en nuestra antigua casa del sur en la que mi madre y mi hermana, viejas y sordas, se mueven al atardecer, dando gritos y como nadando en la luz violeta que filtran las glicinas. Como mi cuarto es el último de la galería y soy el que sostiene la familia, cuando no salgo a tomar vino hasta que cierran los últimos bares, a la madrugada, recibo «visitas». A veces, en los últimos años, he debido pagar, o por lo menos hacer algún regalito.

Es que verse a sí mismo a una luz capital tiene un precio muy alto, que no se puede calcular en dinero o en objetos. Los otros se transforman en mí, y yo soy los otros, así que recibo lo que pude haber dado. Para poder hacer el mundo a mi imagen, he debido convertirme yo mismo en el mundo, y me tiendo como él, ofrecido, abierto. Paso por sobre el mundo con cada uno de los que pasan sobre mí. En el gran espejo del amor el mundo y yo nos contemplamos, sorprendidos, cada uno con la máscara del otro, tratando de leer en esa inversión multiplicada como en un palimpsesto imposible.

Me llamo Pichón Garay

Me llamo Pichón Garay. Vivo en París desde hace cinco años (Minerve Hotel, 13, rue des Ecoles, 5^{ème}). El año pasado, en el mes de julio, Carlos Tomatis pasó a visitarme. Estaba más gordo que nunca, ochenta y cinco kilos, calculo, fumaba cigarrillos, como viene haciéndolo desde hace siete u ocho años, y nos quedamos charlando en mi pieza, sentados frente a la ventana abierta con las luces apagadas, hasta que amaneció. Todavía recuerdo el ruido complejo y rítmico de su respiración que se entrecortaba en la penumbra cuando la temperatura del diálogo empezaba a subir.

Dos o tres días después se fue a Londres, dejándome inmerso en una atmósfera de recuerdos medios podridos, medios renacidos, medios muertos. Algo había en esa

telaraña de recuerdos que recordaba el organismo vivo, el cachorro moribundo que se sacude un poco, todavía caliente, cuando uno lo toca despacio, para ver qué pasa, con la punta de un palo o con el dedo. Después la cosa dejó de fluir y el animal quedó rígido, muerto, hecho exclusivamente de aristas y cartílagos.

Me llamo, digo, Pichón Garay. *Es un decir.*

Recuerdos

Aquí me tienen con la voz a medio extinguir y lleno de recuerdos. Han de regirse por alguna ley; eso es seguro. Pero para encontrarla es necesario vaciarse de ellos, darse vuelta, como un guante. La cronología, en todo caso, es sabido, no les incumbe. La cárcel filosófica que nos tiene a todos adentro, ha tomado por asalto hasta nuestros recuerdos, decretando para ellos la ficción de la cronología. Y sin embargo siguen siendo, obstinados, nuestra única libertad.

A menos que se vuelvan obsesión. Entonces obedecen a una especie de ley de excepción, rigurosa y perentoria. Alguien los llamó «martilleantes». Con una regularidad que les es propia, ciertos recuerdos de anécdota mínima, sin contenido narrativo aparente, vuelven una y otra vez a nuestra conciencia, neutros y monótonos, hasta que, de tanto volver, nuestra conciencia los viste de sentimientos y de categorías: como cuando a un perro vagabundo, que pasa a contemplarnos mudo, todos los días, ante nuestra puerta, terminamos por ponerle un nombre.

Una narración podría estructurarse mediante una simple yuxtaposición de recuerdos. Harían falta para eso lectores sin ilusión. Lectores que, de tanto leer narraciones realistas que les cuentan una historia del principio al fin como si sus autores poseyeran las leyes del recuerdo y de la existencia, aspirasen a un poco más de realidad. La nueva narración, hecha a base de puros recuerdos, no tendría principio ni fin. Se trataría más bien de una narración circular y la posición del narrador sería semejante a la del niño que, sobre el caballo de la calesita, trata de agarrar a cada vuelta los aros de acero de la sortija. Hacen falta suerte, pericia, continuas correcciones de posición, y todo eso no asegura, sin embargo, que no se vuelva la mayor parte de las veces con las manos vacías.

Hay muchas clases de recuerdos. Por ejemplo, recuerdos globales. En mi infancia, en las siestas de verano, mis tíos llegaban en auto del pueblo vecino y el radiador niquelado, que brillaba al sol, estaba lleno de mariposas amarillas, aplastadas entre los alvéolos de metal. La representación que me queda no corresponde a ningún acontecimiento preciso. Es un resumen, casi una abstracción de todas las veces que vi radiadores llenos de mariposas. Y sin embargo, es un recuerdo.

Hay también recuerdos inmediatos: estamos llevando a los labios una taza de té y

nos viene a la memoria, antes de que la taza llegue a su destino, la fracción de segundo previa en la que la hemos recogido, sin ruido, de la mesa. Y hasta me atrevería a decir que hay también una categoría que podríamos llamar recuerdos simultáneos, consistente en recordar el instante que vivimos mientras lo vamos viendo: es decir, que recordamos el gusto, de ese té y no de otro, en el momento mismo en que lo estamos tomando.

Hay recuerdos intermitentes, que titilan periódicos, como faros. Recuerdos ajenos, con los que recordamos, o creemos recordar, recuerdos de otros. Y también recuerdos de recuerdos, en los que recordamos recordar, o en los que la representación es el recuerdo de un momento en el que hemos recordado intensamente algo.

Como puede verse, el recuerdo es materia compleja. La memoria sola no basta para asirlo. Voluntaria o involuntaria, la memoria no reina sobre el recuerdo: es más bien su servidora. Nuestros recuerdos no son, como lo pretenden los empiristas, pura ilusión: pero un escándalo ontológico nos separa de ellos, constante y continuo y más poderoso que nuestro esfuerzo por construir nuestra vida como una narración. Es por eso que, desde otro punto de vista, podemos considerar nuestros recuerdos como una de las regiones más remotas de lo que nos es exterior.

El viajero

Rompió el reloj el vidrio que protegía el gran cuadrante en el que los números romanos terminaban en unas filigranas prolijas delicadas lo diseminó sobre el montón de ceniza húmeda que dos noches atrás había sido la hoguera temblorosa que él mismo había encendido

Estuvo acuclillado un momento entregado al trabajo pueril de espolvorear de vidrio la masa grisácea y pegoteada de la ceniza después se paró y miró a su alrededor

La llovizna seguía impalpable lenta adensándose pareciéndose más y más a la niebla a medida que se alejaba hacia el gran horizonte circular

Su cara permaneció más dura y más tranquila que si la hubiese alzado para mirar la hora en el Big Ben

Estaba tan acostumbrado a esa llanura que parecía retroceder a medida que él avanzaba que sentía por momentos la ilusión de no progresar se había familiarizado tanto con ella y al mismo tiempo se concebía a sí mismo como un hombre

tan resignado y gentil que el hecho de vagabundear por ella desde hacía cinco días su caballo había tropezado en un agujero se había quebrado la pata delantera el hecho de dar vueltas en redondo sin poder encontrar un punto de referencia un rancho un árbol ni la posibilidad de guiarse por las estrellas porque apenas si había dejado de lloviznar unas horas en cinco días y en todo caso en ningún momento el cielo se había despejado el hecho de estar perdido en la llanura sin nada con qué alimentarse sin hablar otra cosa que inglés sin haber visto nada viviente como no hubiesen sido unos pájaros negros rígidos altos en el cielo que emigraban no parecían producir en él ningún sentimiento la comprobación serena la desesperación fría la perplejidad

Un momento antes de romper el reloj la perplejidad creció un poco descubrir que después de caminar dos días parándose únicamente de tanto en tanto para jadear más cómodo se llegaba otra vez al punto en que la tregua de la llovizna había permitido encender una hoguera débil con la esperanza de que alguien divisase su resplandor la perplejidad creció un poco instalándose en su cara bajo la forma de una semisonrisa

Nadie había divisado nada ni la hoguera que había encendido ni las otras hogueras la cara rojiza las ojeras azuladas los cabellos color zanahoria rodeando la gran frente y la coronilla calva el agua implacable las hace relucir

Está otra vez en el punto de la hoguera sacó el reloj de su bolsillo lo rompió diseminó los pedacitos de vidrio sobre la ceniza acucillado

Se paró y miró el horizonte el pajonal no sabía que se llamaba así se extendía hasta el horizonte gris parejo monótono

Le llegaba a la altura de las caderas

A veces entre las matas había claros estrechos estrictos un hombre podía tenderse y desaparecer había que estar ahí para saber que existían

Cuando avanzaba las hojas filosas se abrían chasqueando se cerraban por detrás se paraba se daba vuelta ni rastro de su paso estaba dado vuelta no notaba ninguna diferencia ninguna su lengua su recuerdo decían me he dado vuelta me he dado vuelta no estuve todo el tiempo mirando en esta dirección

No se percibe la más mínima diferencia

Es exactamente igual la lluvia más transparente o más densa ya esté más lejos o más cerca del horizonte el cielo gris bajo el pajonal no sabía que se llamaba así hasta el horizonte gris parejo monótono

Razonable y gentil acepto me he dado vuelta estoy en otra dirección ahora giro otra vez estoy de nuevo en la antigua yo creo persevero Jeremy Blackwood en nombre de la Compañía establece los puntos

cardinales encontrará el saladero

Miró el montón de ceniza el reloj roto diseminado siguió caminando

Anduvo un tiempo incalculable negrura más pareja todavía que el pajonal más densa que la llovizna chasquido de las hojas flexibles se hundía hasta las caderas sonaba y resonaba en la mente en el recuerdo durante horas incluso y más si se paraba un momento no dejó grieta el silencio no se pudo colar

Un chasquido seco terminando en una especie de deslizamiento al volver hacia atrás las hojas desplegaban ese sonido y lo hacían cimbreado y resonante

Amaneció

Todo sigue ahí idéntico férreo implacable la llovizna el cielo el horizonte el pajonal

Sé que avancé la Compañía desde Londres sabe que caminé que avancé veo en el alba un punto idéntico a los otros un punto idéntico no el mismo estoy seguro es mi propia palabra contra los pajonales el cielo el horizonte la llovizna

Jadea

Está todo mojado el sacón de cuero retorcido pegoteado al cuerpo el agua chorrea por la cara los cabellos rojos color zanahoria oscurecidos llameantes

Caminó todo el día voy a parar cuando el agua pare parándose únicamente para jadear llegó la noche y la llovizna

Paró

Se dejó caer hacia adelante sobre los pajonales que se abrieron y se cerraron como un látigo

Quedó dormido inmóvil

Al alba únicamente el sueño se desplegó un abanico fosforescente vio Londres flotando iluminada como una catedral transparente Londres ladrillos rojos el ruido de los coches de los caballos resonando sobre el empedrado gritos de comadres de ventana a ventana mercados pirámides truncas de tomates pescados blandos blancos abiertos como mujeres cangrejos todavía vivos arrastrándose en los mostradores de las pescaderías reses rojas impúdicas descuartizadas prostitutas mostrando sus senos manchados

de pecas chicos corriendo entre los vendedores ambulantes la música de las tabernas y de los mendigos ciegos elevándose por encima de la muchedumbre

Se despertó inmóvil la cara aplastada contra los pajonales se movió un poco los ojos todavía cerrados la sonrisa deshecha por la posición y por el estremecimiento

Llegaré al saladero porque la Compañía me eligió digno honrado
predestinado Jeremy Blackwood pelirrojo y gentil con la razón y la
memoria de su parte para vencer la tentación de lo idéntico de lo inmóvil

Bendita sea Londres

Bendita sea la muchedumbre que camina por sus veredas benévolas

Bendita sea la luz que sale por las ventanas de sus casas

Benditos sean el ruido y el color de las ciudades

Jeremy se sentó despacio se quedó un momento con los ojos abiertos
orgullosos

Baja la cabeza y ve otra vez el montón de ceniza negruzco los fragmentos de
vidrio diseminados el reloj roto abierto el gran cuadrante circular
en que los números romanos terminan en unas filigranas prolijas delicadas

Gloria

A los viajeros ingleses y sobre todo

Gloria

A Jeremías Blackwood que no dejó ni rastro de su viaje

En el extranjero

La nada no ocupa mi pensamiento sino mi vida, me decía, hace unos días, en una carta, Pichón Garay. Durante las horas del día no le dedico el más mínimo pensamiento; y mis noches se llenan de sueños carnales. Ha de ser porque la nada es una certidumbre, y hay una raza de hombres a la que debo, presumiblemente, pertenecer, que no baila más que con la música de lo incierto.

Así me escribe a veces, desde el extranjero, Pichón Garay. O también: el extranjero no deja rastro, sino recuerdos. Los recuerdos nos son a menudo exteriores: una película en colores de la que somos la pantalla. Cuando la proyección se detiene, recommienza la oscuridad. Los rastros, en cambio, que vienen desde más lejos, son el signo que nos acompaña, que nos deforma y que moldea nuestra cara, como el puñetazo la nariz del boxeador. Se viaja siempre al extranjero. Los niños no viajan sino que ensanchan su país natal.

Otra de sus cartas traía la siguiente reflexión: el ajo y el verano, son dos rastros que me vienen siempre desde muy lejos. El extranjero es una maquinaria inútil, y compleja, que aleja de mí ajo y verano. Cuando reencuentro el ajo y el verano, el extranjero pone en evidencia su irrealdad. Estoy tratando de decirte que el extran-

jero —es decir, la vida para mí desde hace siete años— es un rodeo estúpido, y tal vez en espiral, que me hace pasar, una y otra vez, por la latitud del punto capital, pero un poco más lejos cada vez. Releyéndome, compruebo que, como de costumbre, lo esencial no se ha dejado decir.

O incluso: dichosos los que se quedan, Tomatis, dichosos los que se quedan. De tanto viajar las huellas se entrecruzan, los rastros se sumergen o se aniquilan y si se vuelve alguna vez, no va que viene con uno, inasible, el extranjero, y se instala en la casa natal.

La dispersión

La gente de mi generación se dispersa, en exilio. Del ramo vivo de nuestra juventud no quedan más que dos o tres pétalos empalidecidos. La muerte, la política, el matrimonio, los viajes, han ido separándonos con silencio, cárceles, posesiones, océanos. Años atrás, al comienzo, nos reuníamos en patios florecidos y charlábamos hasta el amanecer. Recorríamos la ciudad a paso lento, de las calles iluminadas del centro al río oscuro, al abrigo en el silencio de los barrios adormecidos, en las veredas frescas de los cafés, bajo los paraísos de la casa natal. Fumábamos tranquilos bajo la luna.

De esa vida pasada no nos quedan hoy más que noticias o recuerdos. Pero todo eso no es nada, si se compara con lo que le sucede a los que no se han separado. Entre ellos el exilio es más grande. Cada uno ha ido hundiéndose en su propio mar de lava endurecida: y cuando miman una conversación, nadie ignora que no se trata más que de ruidos, sin música ni significación. Todo el mundo tiene los ojos vueltos hacia adentro, pero esos ojos no miran más que un mar mineral, liso y grisáceo, refractario a toda determinación. Y si, por casualidad, uno logra contemplar sus pupilas, lo que sucede rara vez, alcanza a ver como el reflejo de un desierto desde el cual el Sahara ha de tener sin duda los atributos de la Tierra Prometida.

Cuerpo presente

El cuerpo manda avisos que dicen: «no se olviden, allá arriba». Palpita apagadamente. La muerte, salida elegante de tanta precariedad indecisa, viene viniendo desde el principio por un camino propio, hasta que llega, por decir así, a flor de piel. Subía contra todo obstáculo o interrupción.

El problema, continuaba diciéndose Barco, no consiste en tratar de no morir, sino en conservar un cierto equilibrio entre lo de abajo y lo de arriba, el azar y sus contrarios. El cuerpo es el azar. Sus contrarios varían históricamente – por no decir, en realidad, ideológicamente.

No, hoy no tengo fuerza, la verdad; ninguna fuerza. Ni siquiera esa fuerza alimenticia que llamamos fuerza de seducción. La inapetencia es el mal moral, se pretende, en este siglo de glotones. ¿Ven lo que quiero decir cuando digo que los contrarios del azar varían históricamente? Enfermedad, fatiga, desgano: ustedes prueban, sabiamente, la pertinencia del azar contra la dictadura del hambre irrazonable.

En la costra reseca

Al día siguiente de rendir el examen de geometría, Tomatis consiguió que el padre le renovara el carnet de socio del club de Regatas, así que pasó casi toda la tarde en la secretaría del club haciendo los trámites de la renovación. Mientras esperaba el carnet nuevo, sentado en una salita de la secretaría, concibió el plan del mensaje y cuando le entregaron el carnet pasó por el bar y llamó a Barco por teléfono. Barco estuvo de acuerdo con la idea. Dijo que él tenía lacre – porque había que lacrar el pico de la botella – y que era necesario reunirse esa misma noche para discutir el contenido del mensaje. Así que a eso de las nueve, cuando acababa de oscurecer, Tomatis oyó desde su cuarto la voz de Barco que hablaba con su padre en la cocina, y después sus pasos subiendo la escalera hacia la *terraza*.. La ventana de la pieza estaba abierta y después de entrar sin saludar Barco dijo algo sobre el cielo estrellado cuando se asomó por ella. Se desabrochó dos botones de la camisa y empezó a sacudírsela a la altura del pecho para secarse el sudor. Tomatis le gritó a su madre desde la ventana que le preparara una sangría, porque en su casa había inclinación a darle todos los gustos desde el día anterior, en que con el examen de geometría había terminado su bachillerato. Mientras esperaban la sangría Barco le ayudó a colgar en la pared amarillenta, sobre el sofá cama, al costado de la biblioteca, la reproducción del «Campo de trigo de los cuervos» que Tomatis había hecho enmarcar esa mañana en un taller de cuadros.

Discutieron el texto del mensaje durante más de dos horas, tomando la sangría que Barco revolvía con una cuchara para que el azúcar no se asentara en el fondo y el hielo que tintineaba en el interior de la jarra helada se fundiera más rápido. La idea de que el texto debía escribirse en verso, propuesta por Tomatis, fue descartada inmediatamente. «Pueden llegar a creer que hablábamos así», objetó Barco. En seguida comenzaron a barajar posibilidades: una reseña de la historia de la ciudad, o bien un catálogo de los inventos de la época, o mejor todavía una síntesis biográfica de Carlos

Tomatis y Horacio Barco, y hasta una descripción deliberadamente falsa del cuerpo humano para inducir en el futuro una teoría errónea de la evolución. Por un momento, esta última posibilidad los tentó y estuvieron riéndose un buen rato, a las carcajadas, tan fuertes que el padre de Tomatis, que se había acostado desde hacía rato, les chistó desde abajo, desde la oscuridad, para que bajaran la voz. Entonces Barco dijo que la inclinación al humor siempre echaba todo a perder y que, al fin de cuentas, el contenido del mensaje no importaba, que lo fundamental era el mensaje mismo, porque lo importante de un mensaje no era lo que decía sino su facultad de revelar que había hombres dispuestos a escribir mensajes. Dijo que si un mensaje le daba tanta importancia al contenido no era en realidad un mensaje sino una simple información. «Lo mejor que puede decir un mensaje», dijo Barco, «es justamente, *mensaje*. Por lo tanto, aun cuando todo pareciera indicar que debiéramos escribir ¡*Socorro!*», propongo que escribamos *Esto es un mensaje* o lisa y llanamente *mensaje*». Tomatis estuvo pensando un momento y por fin aceptó, y en seguida planteó la cuestión nueva, la de quién escribiría la palabra. «Teniendo en cuenta», dijo Barco, «de que la idea ha sido tuya y de que hay fuertes razones para pensar que con el tiempo te vas a convertir en escritor de profesión, propongo que la redacción del texto corra por tu cuenta». Así que Tomatis separó una hoja blanca, la colocó sobre la mesa bajo la luz de la lámpara, limpió la pluma de su lapicera, la probó en el margen de su cuaderno de geometría y después, lentamente, con gran cuidado, sintiendo la mirada de Barco, por encima de su hombro, fija en la mano firme que sostenía la lapicera, fue escribiendo en grandes letras de imprenta, negras, la palabra: MENSAJE; y a medida que la mano iba moviéndose, de izquierda a derecha, la hoja blanca, rectangular, salía de la blancura extrema, indiferenciada, del limbo, del horizonte plano y anónimo, sacada al azar por una mano ciega de entre el montón de hojas idénticas que yacían polvorientas y mudas en el cajón del escritorio, hasta que la palabra estuvo toda escrita, nítida y pareja, y la identidad de la hoja se borró otra vez, comida por la titilación oscura del mensaje. Al otro día se levantaron al amanecer. Tomatis telefonó a Barco diciéndole que en un minuto bajaba a tomar el tranvía, que esperara el próximo tranvía número dos porque en ése iba él y después vio, por la ventanilla, en la esquina de la casa de Barco, que éste traía la pala, la botella y la barra de lacre. El, por su parte, llevaba una lata de sardinas, tomates y duraznos, y una botella de vino que había sacado de la heladera. El mensaje lo llevaba doblado en cuatro, cuidadosamente, en el bolsillo derecho de la camisa. Llegaron al club, se pusieron los trajes de baño, guardaron todo en una bolsa de lona, salvo la pala, pusieron la pala y la bolsa en el fondo de la canoa, y después metieron la canoa en el río. Barco empezó a remar alejándose del muelle del club y del puente colgante, se metió por entre islas y riachos, bordeando orillas que por momentos se estrechaban, y cuando por fin fue maniobrando con pericia y aproximándose a la costa, eran más de las once. Barco tenía la cara roja y estaba cubierto de sudor. El sol estaba blanco, árido, y sus rayos perforaban la fronda de por sí porosa y abierta de los sauces lloroñes y proyectaban manchas de luz sobre el agua. Dejaron la canoa a la sombra —la canoa recibió las manchas de luz en el fondo— y se internaron en la isla con la pala y la bolsa de lona. Vagabundearon cerca de media hora. Barco descubrió una culebra y con el filo de la pala de punta le sacó la cabeza, limpia, de un solo golpe; después eligieron el lugar.

Era un claro rodeado por un círculo de árboles, pero tan chicos que sus ramas no se entreveraban en la altura para formar ninguna bóveda de sombra. El sol había resecaado el suelo y la hierba de alrededor era rala y amarillenta. Tomatis empezó a cavar: los primeros golpes de la pala sonaron secos y la pala rebotaba contra la tierra, descascarándola y haciendo saltar astillas de barro endurecido en todas direcciones, pero la capa superficial cedió en seguida y después vino la tierra profunda, blanda, fría y oscura cuyo peso tiraba suavemente hacia abajo los brazos de Tomatis cada vez que sacaba una palada y la dejaba caer sobre el montón que iba formándose al lado del pozo. Después de un rato siguió Barco y Tomatis se apoyó jadeando en uno de los árboles irrisorios y se dedicó a mirarlo trabajar. Cavaron un hoyo de casi dos metros, lo suficientemente ancho como para enterrar a un hombre en posición vertical. Después se sentaron a la sombra y Barco dobló cuidadosamente la hoja de papel, la introdujo por el pico de la botella, puso el corcho golpeándolo con la palma de la mano hasta hundirlo lo suficiente, y en seguida preparó el lacre y los fósforos y encendiendo uno comenzó a hacer girar la barra de lacre en la punta de la llama cuidando de que las gotas fuesen cayendo sobre el pico de la botella y la superficie redonda del corcho. Gastó muchos fósforos antes de terminar. Y la mirada de Tomatis iba alternativamente de la punta de la llama en la que la barra se fundía (a veces seguía la caída de las gotas rojas que destellaban diseminándose sobre el pico de la botella, gotas a las que Barco terminaba de empastar y distribuir con la punta fofa de la barra) al interior de la botella en el que podía ver, a través del vidrio verde, la hoja doblada muchas veces hasta adquirir la forma de una cinta rígida una de cuyas puntas se apoyaba en la base de la botella y la otra en la pared verde, en posición oblicua. Aun cuando Barco moviese la botella, la hoja de papel quedaba inmóvil. Y cuando terminó, Barco la recogió y la sostuvo con tanta delicadeza que Tomatis se preguntó si no se trataba de otra de las bufonadas de Barco, pero en seguida, viéndolo alejarse hacia el hoyo sosteniendo la botella con las dos manos, y arrodillarse después junto a la boca e inclinarse metiendo el brazo con la botella para depositarla lo más suavemente posible en el fondo, hasta casi tocar la tierra con la frente, Tomatis comprobó que Barco no bromeaba, y que si bien no estaba rebajándose hasta la solemnidad, se sentía lisa y llanamente dispuesto a llevar las cosas hasta el fin. Barco dejó caer la botella en el fondo, consideró el resultado de la caída, lo juzgó adecuado, y después se incorporó y empezó a echar tierra con la pala. Después le pasó la pala a Tomatis y cuando la tierra cubrió el hoyo hasta la superficie, volvió a tener la pala entre sus manos y empezó a emparejar la superficie tratando de no dejar rastros de la excavación. «Si esta noche llega a llover», dijo, cuando terminó, apoyándose en la pala y secándose el sudor, «mañana no va a quedar rastro de la tierra removida».

Y llovió. Tomatis oía la lluvia golpear contra el techo, en la oscuridad, acostado en su cuarto de la terraza. Después habían dejado otra vez la pala en la canoa, se habían dado un chapuzón, habían comido las sardinas y los duraznos y se habían tomado la botella de vino, habían dormitado un rato bajo los árboles y después habían vuelto remando lentamente, turnándose, río abajo, y llegaron tan tarde que cuando amarraron la canoa al muelle del club, enredados en una nube de mosquitos, ya era el anochecer, azul y lleno de ruidos y de voces que llegaban desde la playa y desde el

bar iluminado. Tomaron el tranvía y Barco bajó de un salto y desapareció por la puerta de su casa. Tomatis se dio una ducha fría, comió algo y se acostó. Casi en seguida estuvo dormido. Más que el rumor lo despertó el olor de la lluvia que hacía chisporrotear los techos caldeados, y después la frescura, como gruesa, del agua, entrando por la ventana abierta de par en par. Cuando estuvo lúcido, Tomatis pensó en la botella enterrada en la oscuridad de la tierra, como él mismo estaba enterrado en la oscuridad del mundo, y se preguntó cuál sería el destino del mensaje. Porque podía pasar que, o bien quienes lo encontraran hablasen ya un idioma diferente, o el mismo idioma conocido en el que, no obstante, la palabra mensaje tenía ya un significado diferente, incluso opuesto al que ellos le habían dado, incluso el sentido de «información» que Barco había querido eliminar, o bien que nadie encontrara jamás la botella, se borrara la raza de los hombres, y la botella continuase perpetuamente enterrada en el interior de un planeta vacío, reseco, girando en el espacio negro. Pero, finalmente, antes de dormirse, Tomatis consideró que aun cuando hombres capaces de comprenderlo encontraran el mensaje, ellos, Barco y Tomatis, no estarían en él, así como no estaban tampoco las orillas que cabrilleaban, los sacudones lentos de la canoa a cada golpe firme del remo, el bar iluminado que divisaron desde el muelle, engastado en la oscuridad azul, y el olor de la lluvia fría que entraba por la ventana, de a ráfagas, en ese mismo momento.

Carta a la vidente

En la gran tradición de iluminados ocupo, continuo, el último lugar. Y no hablo en sentido cronológico sino jerárquico: el sopor, la somnolencia, la miopía, llenan mi carta de presentación. Del maremágnun frenético de Petronio no he retenido más que una frase: «Un día no es nada: el tiempo justo de volverse uno mismo, y sobreviene la noche». En esas condiciones la pereza no es, por lo tanto, un vicio, sino un tema ontológico. Ahora bien, ¿qué ve un hombre entre dos sueños, cuando no ha terminado todavía de desembarazarse del primero para caer en seguida en el segundo? No ve nada. Porque ver, señora, no consiste en contemplar, inerte, el paso incansable de la apariencia sino en asir, de esa apariencia, un sentido. En una palabra, el trabajo vertical, como el del rayo, del iluminado, que usted conoce y emplea, o por el que usted es, más bien, empleada. Por eso le venía diciendo que en la gran tradición de iluminados yo ocupo, continuo, invisible, el último lugar.

El sopor, la somnolencia, la miopía: y la mano, también, que, en esa penumbra, se mueve, equívoca, cerrándose, abriéndose, mostrando abierta, lisa, que no ha afechado nada. Lo grande, la subespecie, en relación con el sopor y con la mano, es, usted ya lo adivina, la oscuridad. La gran masa magnética, negra, que tira hacia el

fondo, uno a uno, nuestros gestos. En esa negrura que es el mundo realizo mi trabajo desganado, torpe, a reglamento. Mi musa, por llamarla así, es, si se quiere, manual. La mecánica súbita del rayo, si a veces me toca, no es útil entre tanta oscuridad.

No le mando, por lo tanto, nada. Nada que someter a su videncia. El universo monótono, opaco, no difiere de los fragmentos monótonos, opacos, que quedan en mí. Y si hablo ahora, por esta vez, sin mediaciones, en primera persona, es para mostrar claramente que, a través de mí, ninguna alteridad se manifiesta, nada que no esté en los manchones fugaces, fugitivos, intermitentes, cuyos bordes están comidos por la oscuridad, y a los que llamamos el mundo. De esta carta de semiciego, no le pido que saque ninguna conclusión. Porque una conclusión está siempre detrás y es, en relación con las partes, un «otro». Ahora bien; para un ciego puede muy bien existir la alteridad, el conjunto, el todo. Un ciego goza del derecho a la imaginación. Un miope debe ser modesto: la mancha móvil ocupa todo su reducido campo visual y aniquila, sin malignidad, lo demás. El ciego, lejos como está del mundo, puede, con una intuición vertiginosa, aferrarlo. El miope está demasiado cerca de unos pocos fragmentos como para salir, de un salto, a la llanura.

De un hombre que cabecea, entonces, ¿qué se puede esperar? Nada como no sea una hilera de fragmentos, espesos, en bruto. Que el mundo resplandezca en ellos, si uno de los modos del mundo es el resplandor.

